

SUSCRICION

EN

MADRID.

UN MES. . . 8 RS.
TRES MESES. 20
SEIS MESES. 40
UN AÑO. . . 80

30 por 100 de indemnización a los suscritores.

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION

EN

PROVINCIAS.

UN MES. . . 40 RS.
TRES MESES. 24
SEIS MESES. 48
UN AÑO. . . 96

30 por 100 de indemnización a los suscritores.

SUMARIO.

HISTORIA DE LA SEMANA.—Revista de Madrid.—SEMANA HISTORICA; Observaciones históricas sobre la Rusia; Luis Felipe.—SEMANA JUDICIAL; Proceso de Daniel O'Connell, conclusion.—Luis XIV y su época.—SEMANA LITERARIA; Un matrimonio desigual; Tradiciones populares de la Gran Bretaña; El lago de Killarney; El castillo de Dunstan; La pascua de Resurrección; El duende de Madrid.—SEMANA MOSAICO; Delicias de un retratista; Sueños célebres; Gaceta devota, solución del logogrifo inserto en el número anterior.

Este número lleva doce grabados.

HISTORIA DE LA SEMANA.

Exterior. FRANCIA. Las medidas presentadas en la Asamblea para la represión de la prensa, y la actitud hostil que ha tomado la de todos los colores, hacen temer una gran divergencia entre la Asamblea y el gobierno. La comisión de aquella ha oído a los principales redactores de los periódicos de la capital y todavía no ha dado su dictamen.

Las sesiones de la Asamblea presentan entretanto poca animación é interés; pero en cambio hay grande agitación y zozobra en los ánimos.

Una proposición de una naturaleza particular se presentó en la sesión del 26 del pasado; proposición que calificó el presidente de inconstitucional en la forma y en el fondo, y que no se atrevió á leerla á la Asamblea antes de haberla consultado. El ministerio se oponía á su lectura, pero acordada esta se leyó dicha proposición firmada por Mr. de La Rochejaquelein, la cual está concebida en los términos siguientes: «El 1.º de junio de 1850 se consultará al pueblo por medio del sufragio universal sobre la cuestión de si quiere la república ó la monarquía: en el caso de que la república saliese triunfante de las urnas electorales, el presidente de la república proclamará á esta desde la tribuna; en el caso de que la monarquía obtuviese la mayoría, sería proclamada en la tribuna por el presidente de la Asamblea legislativa.

Grande sensación produjo la lectura de esta proposición, que no pudo ser defendida por su autor por no hallarse presente en aquel momento en la Asamblea. Esta en masa se levantó pidiendo que no se entrase en su discusión, y la montaña en coro prorumpió gritando: ¡Viva la república! ¡la república no perecerá!

En la sesión siguiente La Rochejaquelein pidió la palabra al terminarse la lectura del acta, y defendió su proposición desde la tribuna manifestando que el estado de incertidumbre que pesa en los espíritus, y la inquietud general que preocupa á todos los partidos paralizando todas las transacciones comerciales, eran los motivos poderosos que le habían determinado á venir á decir en alta voz desde la tribuna, lo que todos los franceses decían en voz baja en sus conversaciones particular es. La Asamblea acogió con deferencia y silencio las esplicaciones del orador; podía decirse que su presencia en la tribuna era una protesta necesaria contra la mala acogida que el día anterior había tenido su proposición.

El objeto de este diputado legitimista se había conseguido; así es que á pesar de no haber sido tomada en consideración su proposición, la prensa se ha apoderado de ella y la discute. El mismo Lamartine la ha impugnado en un largo artículo, defendiendo que el establecimiento de la república por el gobierno provisional no fué una conspiración, ni mucho menos la obra de unos pocos.

Esta cuestión, soltada en la Asamblea, producirá sus frutos; se habla en las calles; se diserta sobre ella en los salones. ¡Singular estado el de la sociedad francesa, que comprende llegará un día en que le sea preciso poner á votos la forma de gobierno á que haya de acomodarse! La moción de La Rochejaquelein es el intérprete de la preocupación general de los ánimos; llegará efectivamente el día en que se trate esta cuestión, tanto mas cuanto que ya antes se ha hablado de modificar la constitución hecha por la Asamblea consti-

tuyente en 1848. Es una cuestión diferida, porque ninguno de los dos lados estaba dispuesto, y ha reusado el combate; pero la cuestión queda pendiente y madurará; aun no ha llegado el momento de la solución.

El partido socialista continúa activamente sus trabajos. El gobierno por su parte prepara nuevos medios de represión, en el caso de que salga triunfante en los que ya ha presentado á la Asamblea.

El partido legitimista se ha reanimado también, y había abierto una suscripción para comprar unos caballos, un carruaje, y un buque al duque de Burdeos. La suscripción se había fijado á 5 céntimos, ó sea un cuarto; se había anunciado públicamente en los periódicos; y el gobierno había hablado en la comisión que entiende en el proyecto de ley represiva de la imprenta de prohibir dicha suscripción como peligrosa para la paz pública; empero en el momento mismo en que los ministros manifestaban esta voluntad, el duque de Burdeos dirigió una carta con fecha 10 de marzo desde Venecia, en que rehusando estas señales de recuerdo y simpatía de sus partidarios declara no aceptar estos dones, porque en presencia de los males que afligen á su patria deben destinarse todos los recursos á consolar el infortunio y á mejorar las clases laboriosas, ya que á él, ausente de su patria, no le es dado hacerlo; rogando por último á sus amigos que no hagan gasto alguno para proporcionarle goces superfluos.

Al mismo tiempo los socialistas han abierto otra suscripción para ofrecer una escribanía á Mr. Emilio Girardin, ese grande publicista cuya versatilidad en las opiniones políticas le ha hecho declararse por este partido.

El presidente de la república continuaba visitando los cuarteles, acompañado de un numeroso estado mayor, y distribuyendo cruces y condecoraciones á los oficiales y jefes del ejército.

Las fiestas de la Semana Santa han causado una especie de intermitencia en la política, y aun en los negocios financieros. La bolsa ha continuado en baja, en lo que influye en gran parte lo oscuros que se presentan los sucesos de la Alemania, y la grande oposición que encuentran en París las leyes presentadas contra la prensa, cuya discusión va á hacer sumamente animadas las sesiones de la Asamblea.

La mayor parte de los obispos de Cerdeña han dirigido al rey una esposición, ó mas bien una protesta contra el proyecto de ley sobre las inmunidades eclesiásticas y la supresión de los días festivos aprobado por la cámara de los diputados. Esta ley tiene que discutirse aun en el Senado, en donde parece que también cuenta mayoría; pero la protesta que el Papa ha dirigido contra estas medidas ha animado y exaltado el partido del clero, y podrá complicar la situación de la Cerdeña.

La vuelta del Papa á Roma, anunciada oficialmente al cuerpo diplomático para el domingo siguiente al de Pascua, parece que esta vez se llevará á cabo, no obstante haberse sabido ya en Pórtici el resultado de las elecciones del 10 de marzo. Los embajadores de las potencias católicas se disponían ya para ir á la ciudad eterna, donde se hacían grandes preparativos para recibir al augusto pontífice y soberano, á quien la revolución lanzó de allí en el mes de noviembre de 1848. Para el arribo de Su Santidad se anunciaba la publicación de un Estatuto ó constitución, y aun algunos hablaban de una gran amnistía. Las armas del Austria que habían sido arrancadas por el pueblo en el mes de mayo de 1848, y arrastradas públicamente por las calles, han sido colocadas nuevamente en el palacio de Venecia, residencia ordinaria del embajador austriaco, con toda pompa y solemnidad, asistiendo el gobierno pontificio y dos regimientos italianos; las tropas francesas permanecieron aquel día en sus cuarteles. El Papa había ofrecido al emperador de Austria, en desagravio de este desacato y violación del derecho de gentes, el castigo de varios de los autores de aquel atentado que habían sido presos; pero el gobierno austriaco ha suplicado al pontífice que echando un velo sobre aquellos lamentables sucesos perdonase á sus autores, y el pontífice ha mandado sobreseer en la causa y po-

ner en libertad á los reos. Tal vez en la próxima semana podamos anunciar á nuestros lectores el regreso del pontífice, y las grandes é importantes medidas políticas que deben seguir á su entrada en la capital de sus dominios temporales.

En Nápoles se hacían muchas prisiones de los que habían tomado parte en las escenas revolucionarias de 1848. Todo hacia temer una reacción, preparándose esposiciones, que firma con grande apresuramiento el pueblo, en las cuales se pide la revocación de la Constitución que las circunstancias políticas de la Italia en 1848 hicieron otorgar á aquel soberano para salvar su corona, y le ruegan que vuelva á constituirse en rey absoluto.

En Liorna habían entrado varios regimientos austriacos con objeto de poner en estado de defensa aquel importante puerto, por si la Inglaterra, para apoyar sus reclamaciones de indemnización á los súbditos ingleses que han sufrido perjuicios durante los movimientos revolucionarios de Liorna, quería hacer una demostración igual á la de Grecia.

Los sucesos de esta desgraciada nación aun no han terminado. Continúan en secuestro los buques apresados por la escuadra inglesa, habiendo sido poco eficaz hasta ahora la mediación de la Francia, por lo que el emperador de Rusia ha reclamado directamente á la Inglaterra, y su reclamación será ciertamente mas provechosa al desgraciado pueblo heleno.

En Londres se estaban haciendo grandes preparativos para la esposición de la industria general del mundo que ha de celebrarse en aquella capital. Este pensamiento colosal ha sido celebrado con un banquete en el que el lord Maire de Londres ha reunido á su mesa á todos los representantes de la industria de Inglaterra, á todo el cuerpo diplomático, y en el que se han pronunciado grandes discursos en favor de esta reunión, que debe atraer á aquella capital todas las industrias y todas las inteligencias del mundo. Se ha señalado para esta esposición el año 51.

Interior. Continúa la mayor tranquilidad en todas las provincias de la Península.

S. M. la reina sigue en el mejor estado de salud, habiendo entrado ya en el séptimo mes de su embarazo.

Ningun asunto político ha venido á escitar la atención pública durante el curso de esta semana. Un solo hecho próspero y feliz para el gobierno y para la nación española se ha anunciado como muy próximo á realizarse. Las agitaciones que conmovieron la Europa en 1848 tuvieron eco, aunque débil, en España: hubo conatos de sedición que fueron en breve reprimidos, y de resultados de aquellos lamentables sucesos una mala inteligencia entre la Inglaterra y la España había hecho cesar sus relaciones oficiales. Estas relaciones van á ser nuevamente anudadas, sin mengua ni desdoro de ninguna de las dos altas potencias; el rey de Bélgica ha sido el mediador, y en breve veremos en Madrid un embajador inglés, y en Londres un representante de la reina Isabel II.

La sequía que aflige algunas provincias de España, como Murcia, Almería y Alicante, ha llamado la atención del gobierno; se han nombrado comisiones que estudien los medios de mejorar el clima de estas hermosas provincias, y se han señalado premios para los autores de las mejores memorias en que se propongan los remedios. La reina ha dado 50,000 reales y su augusto esposo el rey 20,000, de su bolsillo particular, para el alivio de los labradores de aquellas infelices comarcas, en donde cada día la emigración es mayor, yendo á fecundar con el sudor de su frente y el trabajo de sus robustos brazos los campos de la colonia francesa de Argel.

El estado vario de la atmósfera en Madrid en esta semana, en que tan pronto ha hecho un frío grande como un estremado calor, ha sido causa de que se hayan notado varios casos de ataques de apoplejía fulminante.

Los fondos públicos han ofrecido en la semana una tendencia marcada á la alza.

REVISTA DE MADRID.

Otra vez lo hemos dicho. Las grandes capitales de los estados tienen, á la manera de los grandes hombres, cierto carácter notable, cierta posición marcada que las eleva y distingue sobre las demás ciudades y pueblos sujetos á su dominio. En ellas, á la superioridad de su poder se reúnen todas las superioridades físicas y morales del mundo: edificios suntuosos, grandes monumentos, magníficos paseos, amenos y bellísimos sitios por una parte; por otra las mas augustas y respetables personas del estado: los reyes, los cuerpos colegisladores, los altos dignatarios, los guerreros ilustres, los hombres eminentes en las ciencias y en las letras.

Considerado Madrid bajo este aspecto, estudiado en su magnífico conjunto como corte y asiento de nuestros augustos monarcas, como ciudad de primer rango donde la civilización se ha desarrollado rápidamente en estos últimos años; examinado en su importancia política y social, literaria y artística; y mas que todo, en su bulliciosa sociedad, en sus animados círculos y en sus elegantes salones, á que presta tanta vida el delicioso encanto de sus hermosas mugeres, Madrid ofrece siempre impresiones nuevas y agradables á sus numerosos y bienaventurados habitantes, que de esta suerte nos atrevemos á calificarlos, cuando una gran parte de ellos tiene á Madrid en el concepto de un verdadero paraíso.

Pero el cuadro que nos ofrece Madrid es muy distinto cuando queremos buscar en él la vida de la naturaleza con sus gratas impresiones. No sabemos si la preeminencia que disfruta Madrid sobre esta tierra la tiene adquirida á costa de sus prerogativas en el cielo. Lo cierto es que entre la vida de los habitantes de Madrid y la que la naturaleza concede á los hombres de los demás pueblos, existe un perpétuo y lamentable divorcio.

En todas las poblaciones de escasa importancia, en los lugares y en las aldeas (donde tambien se encuentran envidiables goces y una purísima felicidad, sin todas las cosas de que hemos hablado no hace mucho) es la llegada de la primavera la señal de la alegría y del regocijo, la época en que todo se reanima y viene á la vida. Con la calma del verano, con sus serenas y apacibles noches, con los abundantes frutos de las doradas espigas y la recolección de las cosechas, la vida del aldeano continúa alegre y risueña; pero la llegada del otoño, velando con turbios nubarrones el límpido azul del cielo, robando al tiempo su serenidad y despojando la naturaleza entera de su verde y vistoso follage, le anuncia la aproximación del periodo mas triste del año. Llega por fin el invierno, esa larga noche que roba al día seis horas de luz, que cubre los campos y las cabañas de escarchas y de nieves: y en esa época el hombre de la aldea, casi siempre refugiado en el hogar doméstico y encapotado junto al fuego de la cocina, no hace mas que esperar con ansia los claros días de marzo y las hermosas mañanas de abril.

La vida de Madrid lleva un giro enteramente opuesto al que acabamos de trazar. El otoño, donde la naturaleza comienza á morir, es para el madrileño la primavera de la vida. El invierno, durante el cual todo yace amortiguado por el frío y envuelto entre las sombras de la noche, es la continuación de ese periodo de animación y alegría, que se inauguró en el otoño. Cuando las brisas primaverales visten los árboles de verde follage y llenan los campos de flores, el madrileño comienza á carecer de vida propia y á llorar soledades para hoy donde solo encontraba delicias ayer. Del verano nada se diga. En este tiempo la corte no es mas que un vasto cementerio, y cada casa un nicho vacío. Los que tienen suficiente valor para arrostrar en Madrid los efectos caniculares y logran mantenerse sanos y gordos durante los meses de julio y agosto, son objeto de verdadera admiración, son seres dignos de ocupar un lugar en la historia natural á los ojos de los que llegan en setiembre desde las orillas del Guadalquivir, ó desde las playas de Biarritz, San Sebastian y Santander.

Todo esto no tiene á nuestro modo de ver nada de raro ni de extraño. Consiste en que la vida de Madrid es una vida artificial, y debe estar por consiguiente en contraposición abierta con el curso de una vida natural. La vida de Madrid se asemeja á la de un gran teatro, donde las representaciones se suceden unas á otras hasta que llega el fin de la temporada. Mientras dura la representación, que tambien tiene lugar de noche, como pasa la vida del madrileño durante la larga noche del invierno, el espectador cree en la realidad del espectáculo y vive en familia, bajo la fascinación comun que produce la fuerza de la apariencia. Una vez terminado este, la ilusión pasa como el humo, y la reunión se dispersa, las mas veces tristemente, desengañada de aquella fascinación momentánea.

De suerte que así como los teatros tienen lo que

se llama el año cómico, la vida de Madrid tiene lo que pudiéramos llamar el año madrileño. No será de mas pasar una revista de inspección á este año, cuya terminación está próxima. En ello no diremos nada nuevo ni desconocido; pero siempre podremos decir á nuestros lectores con el poeta latino: *indocti discant, ament meminisse periti*.

Las ferias de Madrid sirven generalmente de prólogo á las representaciones del año cómico. En ellas los actores se dan recíprocamente cuenta de su posición y estado, con la frase ordinaria de «aquí estoy porque he venido», y cada cual espone el papel que se propone representar mientras duren las farsas de la temporada. De paso sea dicho, la feria es otra pura farsa, es una de esas cosas que usurpan al vocabulario de la lengua castellana un nombre que no tienen.

Pasadas las ferias comienzan los espectáculos. Abre la marcha una magnífica corrida de caballos. Estas son derivaciones de las costumbres que nos han quedado después de extinguidos los frailes, de hacer preceder los espectáculos y procesiones por evoluciones de caballería.

Terminada la corrida, comienzan los grupos de actores sus trabajos. Porque es de advertir, que aquí no hay solo tres compañías como sucede en el teatro Español: aquí hay muchísimas mas, y cada cual ofrece representaciones de diversos géneros.

Los unos, en número de trescientos ó mas, se congregan en Oriente y se ocupan de cosas grandes y estupendas. Estos ofrecen siempre dramas de espectáculo; de cuando en cuando algunos sainetes, y comedias de malas costumbres. Para los dramas del género serio hay que concurrir al palacio de doña María de Aragon. La entrada es gratis para todas las localidades, aunque las hay de preferencia.

A la par, poco mas ó menos, con estos importantes trabajos, principian los suyos otras reuniones, ya científicas, ya literarias, ya artísticas; celebrando para solemnizar la entrada del año madrileño, sus correspondientes funciones inaugurales. Esta es tambien una ceremonia que se verifica por mera rutina, porque en las mas de estas sociedades no se distingue el tiempo en que están abiertas las sesiones del tiempo en que están cerradas. Sirva de ejemplo vivo una sociedad que se llama científica, y que aunque tiene cuatrocientos socios divididos en tres secciones consagradas al estudio de las ciencias, no ha podido celebrar mas de dos discusiones en toda la presente temporada. Añadamos el de otra sociedad que se llama literaria y artística, que en todo el invierno de 1849 á 50 solo ha tenido dos ó tres sesiones de gran concurrencia, y que hace dos meses duerme tranquilamente en el sueño de la paz.—Si quisiéramos citar ahora nombres propios, los ejemplos pudieran variarse y multiplicarse hasta lo infinito.

Representanse en este gran teatro otra multitud de espectáculos, bajo la denominación de *escenas de salones*. Y en efecto, magníficos y lujosos salones, profusamente iluminados, reciben por algunas horas á las hermosas mugeres de nuestra corte, á lo mas selecto entre los hombres notables por su posición, y á toda la juventud cortesana. Estos salones forman las delicias de la vida madrileña. De ellos siempre se sacan gratas impresiones, dulces recuerdos, lisonjeras esperanzas. Sus aventuras tienen para las imaginaciones jóvenes el encanto de los cuentos de hadas.

Este bello episodio de la vida madrileña suele quedar comprendido entre dos bulliciosas y alegres festividades, la pascua y el carnaval. El carnaval, sobre todo, es el punto donde termina, con gran ruido y estrépito, esa animación siempre creciente, que lleva por do quiera al madrileño de festín en festín y de baile en baile. Pero nos hemos espresado mal al decir que termina. La cuaresma, que sigue al carnaval, no es mas que la continuación de la vida de los salones, y la Semana Santa es para la generalidad un carnaval religioso, cuyas brillantes solemnidades se dan la mano con los regocijos de la Pascua.

Llegados á este tiempo, los madrileños ven disiparse poco á poco los encantos que poco antes les ofrecía esta agradable vida. Los salones comienzan á cerrarse, las sociedades científicas y literarias suspenden sus sesiones, y la mayor parte de los círculos se disuelven. Los calores suelen entonces dejarse sentir con fuerza en la coronada villa. El madrileño se muestra ya inquieto y desasosegado dentro de sus muros: su recinto le parece estrecho: sus auras vitales no bastan á mantenerlo: recuerda á cada instante que hay lejos de la corte lindísimos pueblos de sierra, de situación pintoresca, de puras y cristalinas aguas, de aires frescos y saludables. Cree, en fin, que la felicidad puede hallarse en todas partes menos en la ciudad que poco antes era el objeto de sus encantos.

Otra corrida de caballos viene entonces á poner término á esta temporada. Es verdad que durante algu-

nos días se nota aun grande animación en los sitios públicos y gran concurrencia en los paseos; que el bullicio y la algazara parecen haberse aumentado en lugar de haberse disminuido; pero estos no son ya mas que los últimos resplandores de una luz que se apaga. Nunca es mas sensible la agitación de la multitud, que cuando, terminado un gran espectáculo, se disuelve la reunión y se dirige cada cual en busca del hogar doméstico; pero esta agitación es siempre precursora de la quietud y del silencio.

En medio de todo, no negaremos que la última semana ha sido uno de los periodos mas animados de Madrid durante la temporada actual. Muchas y muy notables causas han contribuido á hacer gratos en este año, á prolongar quizá mas que de ordinario, los últimos momentos de vida que disfruta la buena sociedad de la corte después de comenzada la primavera.

Por una parte se conservan todavia abiertos algunos salones, donde las reuniones son siempre brillantes, la sociedad siempre elegante y escogida, y las noches de primavera pasan tan agradablemente como han pasado las del invierno. Los nombres de la señora condesa de Velle, de la de Miranda y de la de Page, son la mejor garantía que puede darse al que no las conozca, del buen gusto que reina en estas francas y amables reuniones.

Por otra parte, los teatros han adquirido un extraordinario aumento de vida, y en todos se han hecho, con la venida del nuevo año cómico, grandes é importantes mejoras. El Circo cuenta ya en su compañía de baile á las señoras Fuoco y Laborerie, de las cuales la segunda, tan simpática para el público madrileño, habrá hecho su salida en el baile fantástico *Gisela*, cuando vea la luz pública esta revista. El Instituto nos presenta hoy una compañía cómica compuesta de muy buenos actores. Los señores Alba y Pastrana y las señoritas Burgos y Gutierrez, han merecido desde su aparición todas las simpatías del público. Otro tanto ha sucedido á la señora Llorens, que se presentó por primera vez en escena el viernes anterior, en la comedia del señor Rubí, *Fortuna contra fortuna*.

Pero de estas novedades y de otras muchas de su género que la semana anterior nos ha ofrecido, nos ocuparemos con mas detención en la revista de teatros de nuestro próximo número.

Entretanto no queremos dejar de hacer honorífica mención de la *Academia Dramática*, donde se ha representado por dos veces don Juan Tenorio, bajo la dirección del joven don Pedro Delgado, que ha tomado á su cargo el papel de protagonista. En otra ocasión tuvimos el gusto de tributar al señor Delgado los elogios que merece por sus brillantes dotes escénicas; en esta no hemos hecho mas que confirmarnos en la opinión que entonces emitimos: no se los negaremos sin embargo, á los señores Huici y Peñalosa, que han contribuido muy particularmente al buen éxito del drama.

Pero la gran solemnidad de la semana, la primera en el orden de los sucesos y en su inmensa popularidad, ha sido la reaparición del maestro en las corridas de toros del domingo y lunes de la presente semana. Nunca recordamos haber visto en Madrid un entusiasmo igual al que inspiraba en aquellos días el nombre de Montes, ni un deseo mas ardiente por ver y admirar al antiguo y celebrado jefe de los toreros españoles. El maestro ha escedido á las esperanzas de sus admiradores. Su habilidad siempre creciente á pesar de sus años, y su profunda inteligencia en el arte, hacen resaltar cada día mas el mérito de esta eminente notabilidad tauromáquica.

J. M. ANTEQUERA.

SEMANA HISTORICA.

OBSERVACIONES HISTORICAS SOBRE LA RUSIA.

(Continuacion).

XXVI.

La vida de Catalina estuvo en peligro. Pedro, que tanto se dejaba llevar de sus violentos arrebatos, quiso mas de una vez atentar contra la existencia de su esposa. Arrepentíase luego y lo sentía.

Pasábale otro tanto después de ejercer aquellos accesos de bárbara crueldad á que se entregaba y habíase ensangrentado las bellas páginas de su glorioso reinado. Así se le oía esclamar muchas veces: *He sabido ci-*

vilizar al imperio, y no me he civilizado á mi mismo.

Aunque muchos escritores nos presentan á Pedro con un corazón feroz y salvaje; debe concedérseles tanto crédito como al apologista Voltaire. Al contrario, la ternura del alma de Pedro le llevó al sepulcro. Herido en lo más íntimo de sus afecciones ó creyendo al menos que lo estaba, fué socavando el dolor su vida. Aquella alma que no se doblegaba ante los mayores peligros, empezó á abatirse por la infidelidad verdadera ó supuesta de Catalina. La amaba con pasión, con delirio, y aquel hombre á quien tantas glorias habian halagado, se creía con sobrado derecho á ser feliz con aquel amor que dulcificaba su genio, refinaba sus costumbres y constituía su felicidad.

Abismado en su desgracia, faltóle el genio para soportarla; esto podía hacer creer que carecía de él, y justificar el dicho del ciudadano de Ginebra, el ilustre rival de Voltaire: «Pedro, decía, tiene genio imitativo; pero no el verdadero genio que crea y lo hace todo de la nada.»

En fin, á las cuatro de la mañana del 8 de febrero de 1724, y sosteniéndole su hija Ana, es acometido de un ataque de parálisis, y exhala su último suspiro sin poder pronunciar más que las palabras *entregad todo....*

Así acabó la vida de Pedro el Grande; del fundador del ejército y de la marina rusa; de San Petersburgo; el que introdujo las ciencias, las artes y la imprenta; el que cambió el nombre de esclavos por el de súbditos; el que destruyó las rudas y arraigadas preocupaciones del pueblo; los abusos hasta del clero; el que ensanchó prodigiosamente los límites del imperio, el que asentó los cimientos de la civilización rusa, y el que hizo en fin que tomara este coloso del Norte un asiento en el congreso europeo.

Pedro, pues, debe ser juzgado según su época, y conforme al estado en que se hallaba la Rusia.

Ya veremos si las semillas sembradas por Pedro dieron los frutos que eran de esperar, ó si fueron arrojadas en un terreno tan estéril como ingrato.

XXVII.

Los que han negado las previsiones de Pedro han podido conocer su error á la vista de posteriores sucesos. Quién dejará de conceder un gran talento político al que prescribe á sus sucesores: que se haga todo lo posible para dar á los rusos las formas y costumbres europeas.

—Sostenerse constantemente en pie de guerra.

—Estenderse por todos los medios posibles hacia el mar Negro y el Báltico.

—Comprometer á la casa de Austria á arrojar á los turcos de Europa; y con pretexto de sostener un ejército permanente, establecer almacenes y astilleros en el mar Negro y adelantarse hasta Constantinopla.

—Estar muy unido á la Inglaterra que favorecería los adelantos de la marina rusa y la ayudaría á dominar en el Báltico y en el Euxino.

—Persuadirse que el comercio de la India es el del mundo, y que el que le tiene en su mano es dueño de la Europa.

—Mezclarse en las cuestiones de esta misma Europa, y sobre todo en las de Alemania.

—Fomentar los celos de la Inglaterra, de la Dinamarca, del Brandeburgo contra la Suecia y la anarquía en Polonia, hasta que una ú otra se vean subyugadas.

—Sacar partido del sentimiento religioso de los griegos cismáticos diseminados por la Hungría, la Turquía y la Polonia meridional.

—E irritar entre sí á las cortes de Francia y Viena, y aprovecharse de su mutua debilidad para ganar lo todo...

Examinense los resultados que han tenido estas ideas; la situación actual de la Rusia, y se comprenderá su importancia.

La Rusia ha ganado desde Pedro el Grande hasta nuestros días.

1.º Varias provincias arrebatadas por él á la Turquía á lo largo del mar Negro hasta el Danubio y Pruth, que comprenden 1.902,000 habitantes divididos en cinco gobiernos.

2.º Los países de los antiguos mongoles, tártaros y cosacos que forman tres gobiernos con 3.289,000 almas.

3.º En Asia una porción de la Armenia; la Georgia

arrebatada á la Persia en 1801 y 1813, además de las provincias al Oeste del mar Caspio. En el Kour y el Aras, el Este de aquel mar, el territorio que se extiende hasta el golfo de Balkan; orillas del Aras, los kanatos de Grivan y Nakchitchewan, cedidos por el tratado de 1817: en todo 13.000,000 de almas. (1)

4.º La Livonia, la Curlandia, la Estonia, la Finlandia.

5.º Cuando la primera partición de la Polonia, 1772, la Rusia obtuvo los *Palatinados*, reunidos después bajo el nombre de Rusia blanca.

6.º La segunda y tercera partición de la Polonia le

gobiernadores que las traten con la suavidad que no se había acostumbrado hasta entonces.

No se distinguió en efecto su reinado con ningún hecho glorioso de armas; poco afecta á la guerra, deseaba permanecer en paz con sus vecinos; así que en vez de ganar batallas, se procuró el afecto de las cortes extranjeras, y en hacer alianzas, concluyendo con los gabinetes de Viena, Berlin y Madrid, un tratado contra la Francia, la Dinamarca y la Inglaterra.

Cumplía apenas treinta y ocho años, cuando la arrebató la muerte. En su testamento confiere la corona al hijo de Alejo, á quien algunos la acusaban de haber sido causa de su fin. No podía darse mejor mérito á tales imposturas, cuando le prefería á sus hijos.

Establecióse un consejo de estado hasta la mayoría del joven emperador, compuesto de Ana, Isabel, el duque de Holstein, Mentzikof y cinco senadores, todos los cuales habían recibido sabios consejos para la conservación del imperio y del orden.

El reinado de Catalina fué un intervalo de descanso para la trabajada Rusia, conmovida toda por el czar. Necesitábale para arraigar las reformas introducidas; para asegurar sus nuevas é importantes adquisiciones, y para continuar su engrandecimiento.

XXIX.

La historia de Rusia se señala ahora con uno de esos horribles espectáculos que han afligido á la humanidad. Ambiciones, ingratiitudes, suplicios, vicios y crímenes por todas partes, y sumido el pueblo en un estúpido marasmo, del que le sacó Catalina II, la grande Catalina, que se apodera del trono haciendo asesinar á su marido, ó consintiéndolo al menos.

A la muerte de Catalina I, Mentzikof, en cuyas manos estaba el poder, reunía una ambición desmesurada á la mas insaciable codicia. Bajo el reinado de Pedro, las exacciones de este favorito habían sublevado los clamores del pueblo; y aunque el senado le había condenado á muerte, triunfa de sus acusadores, gracias á la amistad que le concedía el czar. Pierde luego el favor de este; pero vuelve á adquirirle en el reinado de Catalina, y á tanto se eleva su ambición, que aspira á la corona imperial enlazando á su familia con la de los czares. Este propósito le hizo aumentar sus excesos y su crueldad; y como soberano señor de la Rusia, sacrificó á una gran parte de la nobleza, que por oponérsele, fué diezmada. Los suplicios se reproducían diariamente, y hubiera terminado con todos sus enemigos si estos no se anticiparan á ganar el afecto de Pedro II Alejowitch, que derribó al favorito ministro de la cumbre del poder relegándolo á la Siberia pobre y desnudo de títulos y honores.

Supo, sin embargo, Mentzikof hacerse mas grande siendo pobre que opulento; pues privándose de las cosas mas necesarias, ahorró lo bastante para erigir un templo donde se entregó completamente á Dios, hallando en las oraciones religiosas la dulce paz del alma que le había negado su inmensa grandeza.

Pedro II disfrutó bien poco del trono y de la vida, que dejó uno y otra á los quince años de edad, sucediéndole Ana Ivanowna, que acepta la corona que la proponen á la par de una especie de constitución que habían formado los grandes señores y dignidades del imperio para poner algunos límites al despotismo imperial. Acuerdo inútil en un pueblo que desconocía sus propios derechos. Así se vió en breve destruida esta obra y entronizado Biren, favorito de Ana, que desplegó una crueldad inusitada.

XXX.

El verdadero soberano de la Rusia era Biren, este ambicioso extranjero cuya entrada en el imperio le fué negada cuando ascendió Ana al trono.

Hecho conde y cargado de honores y condecoraciones, se le deja el imperio á su discreción; consigue, aunque á cara costa, ser duque de la Curlandia, y llegando así al mas alto grado de la fortuna, se baña gozoso en la sangre de los nobles rusos, haciendo espirar en el suplicio á veinte y cinco mil. En vano la emperatriz Ana implora por las víctimas, le suplica, se arroja á sus pies, él la rechaza impulsado por una rabia feroz. Bastaba haber nacido en Rusia para estar incapacitado de obtener cualquier empleo ó dignidad. Los rusos, decía, no deben ser gobernados mas que por el látigo y por el hacha.

Ana, cuyo corazón era naturalmente bueno, estaba también subyugada, y solo podía llorar la desolación del imperio, cuya corona llevaba tan indignamente.

Para hacer mas crítica la situación de la Rusia se renuevan las hostilidades con la Puerta, y después de tres años de una guerra casi infructuosa donde se vió el estado de postración á que había llegado el ejército ruso, al que tenían que hacer andar á cañonazos, se firmó en 1739 la paz de Belgrado.

Al año siguiente muere Ana, responsable á los ojos de la posteridad de la sangre con que manchó los diez años de su reinado, ó mas bien del de su amante Biren.

XXI.

Si grande había sido el poderío de Biren durante la vida de Ana, no lo fué menos á su muerte. Nombrado regente del Estado durante la minoría de Ivan VI; continuó siendo tan soberano de su pequeño príncipe, como de la Rusia. Su orgullo, su ambición y tiranía no conocían límites; y si bien su calidad de extranjero le



Arco de triunfo en Moscou.

dieron las provincias de que se componen los gobiernos de Minsk, Kiev, Padolia, Wolhynia, y Grodno, con mas de cinco millones de habitantes.

7.º El ducado de Varsovia, erigido en reino en 1815, con un simulacro de nacionalidad y constitución que ha desaparecido desde 1832.

Todo lo cual forma un total de 340,281 millas cuadradas, y 24.871,000 habitantes.

¿Qué nación en el mundo ha obtenido en tan poco tiempo tan prodigioso aumento conservándolo?

Verdad es que abriga eternos enemigos en estos mismos territorios en que domina; ¿pero pueden hacer valer su sagrado derecho para emanciparse de sus señores? ¿Puede la Polonia, por si sola, conquistar su independencia? Creemos que no, desgraciadamente. Y la Rusia está bien interesada en que no se desprendan de su corona imperial esta rica piedra de que se ha apoderado para aumentar su grandeza.

XXVIII.

Nadie mas dignamente que Catalina podía reemplazar á Pedro, porque ella continuaba en la grande obra emprendida por su esposo, y á la cual no habían sido indiferentes sus consejos.

En los pueblos sometidos al despotismo, parten generalmente las reformas del palacio; él impulsa al movimiento que siguen los súbditos. Si en estos se abriga alguna idea de libertad, y está socavada la odiedencia, la revolución es el resultado. La misión entonces de un buen monarca es anticiparse á los deseos de su pueblo, si son justos, ó precaver las fatales consecuencias que podrían originar, si no lo fueran, y les opusiera una resistencia imprudente.

Pedro quería prosiguiera su obra, y por eso hizo Emperatriz á Catalina, con el fin de que si le sobreviviera mejorara lo hecho por su esposo.

Catalina era graciosa, de bonita fisonomía, y de muy buen sentido. Alegre siempre, se confundía su jovialidad con esa viveza de imaginación que la han atribuido en tan alto grado algunos escritores. Estas circunstancias que la adornaban, imprimieron á su corto reinado, que solo duró dos años, cierto carácter de dulzura, que contrastaba notablemente con el largo y feroz de su esposo.

Ella modificó el bárbaro rigor de las leyes criminales; aminó los insupportables impuestos que desesperaban á las clases pobres, y velando también por las provincias recientemente conquistadas, envía á ellas

(1) El tratado de Turkend-Tchai, en 1827 ha hecho á la Rusia dueña única de la navegación en el mar Caspio, donde la Persia no tiene ya marina militar ni mercante.

incapacitaba para usurpar el trono; trataba de contraer alianza con la familia reinante á fin de poder asegurar su dominación.

Biren sin embargo era incapaz de resistir él solo el peso de los negocios. Munich, valiente general del ejército ruso, el cual sostenía á Biren, y había prestado además señalados servicios, solicita el título de generalísimo de los ejércitos de mar y tierra. La negativa de Biren despierta los celos de Munich que de amigo se convierte en rival; y buscando un apoyo en los padres del emperador, les propone romper el humillante yugo que les abrumaba con su peso.

Ligados por un mismo interés, pueden tener confianza mutuamente; y sin descanso comienzan á obrar encargándose Munich de las últimas disposiciones.

Preparado así todo solo falta el golpe y se da este con el mayor acierto apoderándose de Biren en el lecho donde reposaba con su muger. Defiéndose como un león, pero cede al fin al mayor número, y le llevan á un cuerpo de guardia con las manos atadas y una mordaza, y le arrojan por piedad un capote de soldado para cubrir su desnudez.

Encerrado en un castillo, es procesado y condenado á muerte; pero la princesa Ana de Brunswick le concede la vida y se le destierra perpetuamente á Siberia.

Munich había triunfado venciendo á su enemigo; y no satisfecho con esto su venganza, traza en diseño la casa en que había de ser encerrado Biren, para que no pudiera escaparse. Mas por una de esas lecciones que da la providencia, esta fortaleza servirá un día de prisión al mismo Munich.

Declarada regente la duquesa de Brunswick, es su marido el generalísimo de las tropas, y queda burlada así la ambición del que había hecho la revolución por la negativa de este título. Es colocado sin embargo á la cabeza de los negocios públicos; y en este puesto solo aspira al poder absoluto. La arrogancia de sus maneras, y esa dureza de quien está mas acostumbrado á gobernar un ejército que una nación, fueron las primeras causas de su ruina; que viéndose desposeído poco á poco de sus mayores poderes, dimite la administración de la guerra de que estaba solamente encargado, y váse á habitar un palacio vecino de la residencia imperial.

A. P.

ADVERTENCIA.

Aunque ofrecimos en el núm. 3, que á la biografía del emperador Nicolás seguiría la de Luis Felipe, la abundancia de materiales, y el deseo de ir dando cabida á otras biografías interesantes, nos hacen anticiparnos, y comenzar hoy la publicación de la vida del ex-rey de los franceses, sin que por esto interrumpamos las *observaciones históricas sobre la Rusia*, que forman un verdadero compendio razonado de la historia de esa notable y desconocida region de la Europa.

Bien quisiéramos presentar una detenida historia de la importante vida de Luis Felipe, y de su no menos interesante reinado; pero no atreviéndonos á llenar por mucho tiempo tantas columnas de la *Semana*, trazaremos una biografía donde sin omitir el menor hecho que tenga relacion con nuestro personaje, sea la mas completa y exacta de las publicadas hasta el día.

LUIS FELIPE.

PRIMERA ÉPOCA.

El monarca Luis Felipe I, hijo de tantos príncipes de la casa de Borbon, descendiente directo de Enrique IV y nieto de Luis XIV, tiene la gran ventaja de pertenecer á la vez al antiguo mundo por su raza, al nuevo por su nacimiento, por sus estudios, por sus desgracias, por las inesperadas grandezas de su casa.

La vida de este hombre célebre por tantos títulos es de una grande enseñanza para los pueblos y para los reyes; y es tambien árdua empresa el escribirla estando recientes los sucesos que ocasionaron su elevación y su caída.

No ha mucho que decia uno de los biógrafos de Luis Felipe (1): Una sola palabra servirá para señalar en el porvenir al rey de la revolucion de julio; se le llamará: *Luis Felipe el conservador*, y en su tumba se leerá por toda alabanza: *supo reinar y gobernar*.

En efecto, pocos soberanos prometian mayores felicidades á sus pueblos, pocos vislumbraban un porvenir mas venturoso, no contando con la fragilidad de las cosas humanas. El número de sus hijos, la envidiable juventud que rodeaba el glorioso nombre de estos, los servicios prestados á su patria, los que se esperaban aun de sus talentos, el esplendor de las alianzas que habían contraído, la fecundidad de sus matrimonios, y la misma grandeza de la Francia, contribuía todo á que se considerara Luis Felipe como el monarca mas feliz del universo; y lo era sin duda.

Primogénito del duque de Orleans, nació el 6 de octubre de 1773, llevando ya el título de duque de Valois.

El siglo XVIII estaba próximo á sepultar en el abismo las tradiciones, las creencias, la religion, el trono; todo lo mas sagrado que había para la sociedad humana; esos venerandos dogmas combatidos por una filo-

(1) Julio Janin.

sófia positiva, incrédula, exagerada, porque abundaba mas en pasiones que en verdad.

Los clamores ó mas bien los gritos de los filósofos enciclopedistas, arrullaron los infantiles años de Luis, que á los primeros de su edad tomó el título de duque de Chartres; cuando se aproximaba la época en que esta vana ostentación era un crimen de muerte, en que bastaba haber poseído un título de nobleza para ser indigno del de ciudadano francés.

Tres años tenia cuando recibió los despachos de gobernador de Poitú; y aunque solo sabia entonces empezar á jugar, iba desenvolviéndose el genio del joven príncipe con una precocidad maravillosa. La corte entonces seductora con su esplendor, pero cuyos peligros eran inminentes, porque era una sociedad escéptica, no podía ser la mejor escuela para el joven Luis: tampoco se la diera su padre que á su ternura añadia la severidad del maestro. Dióle, pues, un preceptor, y este fué el caballero Bonnard, uno de estos genios políticos, delicados, llenos de honor, de entusiasmo y de amor por todo lo bello y lo sublime; á pesar de negarle algunas de estas dotes Mad. de Genlis.

A Bonnard se agregó esta célebre escritora que, poseyendo esa celestial ternura de que está dotada la muger, y esa inquieta vivacidad del genio, nada descuidó para formar el corazón y embellecer el talento de su discípulo, que lo eran tambien sus jóvenes hermanos Montpensier y Beaujolais. Mad. de Genlis parecia que adivinaba el futuro destino de su educando, al haber tenido ocasion de decir esta historiadora: «Muchas veces despues de sus desgracias me he felicitado por la educación que le di. ¡Cuanto he celebrado el haberle hecho aprender desde niño las principales lenguas modernas; el haberle acostumbrado á servirse por sí mismo; á desear toda especie de pereza, á acostarse con frecuencia en lecho de madera; á arrostrar el sol, la lluvia, el frío, á familiarizarse con la fatiga por medio de ejercicios violentos y haciéndole andar diariamente cuatro ó cinco leguas; y á haberle, en fin, proporcionado la instrucción y el gusto por los viajes! Con una educación semejante, nada debía importar al joven príncipe cuanto debía á la casualidad de su nacimiento y á la fortuna; pues siempre le quedaria lo necesario para ser un hombre útil á la sociedad y á sí mismo.»

Estas líneas dan la mas exacta idea de la excelente educación que recibió: magnífica enseñanza que hace aprender al príncipe á bastarse á sí propio; á no necesitar de su fortuna, perecedera para quien menos lo podía esperar. ¡Cuántas veces bendeciría Luis Felipe en su desgracia á su sabia preceptora! ¡Cuántas utilizó sus importantes lecciones! En vez de mendigar el sustento del orgullo de un poderoso, lo debió el príncipe proscripto á su inteligencia desarrollada y cultivada por madama Genlis: esta muger que pulsaba diestramente la lira, cantando romances é historias, poemas y comedias, y escribia excelentes tratados de educación, que parecían el arrepentimiento de su atolondrada juventud.

Ambos preceptores, celándose mutuamente rivalizaban en obsequio de su discípulo. Sin duda que se escedían algunas veces en su animosidad; pero debe atribuirse esta mas bien á la contradicción que existía en los genios de Genlis y Bonnard: aquella, inquieta, afuente de palabras y oradora de sociedad; este, sosegado, silencioso y ocupando siempre el sitio de espectador: por esto decia en sus versos que

«Era el silencio el alma de los necios
y una de las virtudes de los sabios.»

A lo que contestaba su rival: «El silencio no es una virtud ni un vicio, porque puede ser criminal ó virtuoso segun las circunstancias.»

Mr. Bonnard tenia verdadero genio capaz de grandes concepciones; pero no mostraba en público ni el ardor de su alma, ni el brillo de su inteligencia. Mad. Genlis poseía un mérito real; delicadeza de sentimientos, moral pura, fina observación. Dotes que sobresalían en sus escritos, faltos en cuanto al estilo, de corrección y ligereza, sobresaliendo en la crítica, en la cual empleaba bastante rigor.

Las lecciones de estos profesores conquistaron las simpatías y el cariño de su noble discípulo, siendo tanta la afición que les mostraba, que aun viviendo en aquel retiro donde se leía en letras de oro esta máxima de Abdison: *Es en la soledad donde se encuentra la verdadera ventura, y no en medio de las grandezas del ruido del mundo*; se consideraba dichoso sin anhelar otra cosa que la presencia de sus maestros amigos.

Aunque gratos al padre de Luis Felipe estos principios de educación, comprendía bien que necesitaban mas sus hijos en una época que se presentaba trastornando la sociedad; vislumbrándose muy bien que el reinado de la inteligencia no tardaria en prevalecer sobre el lustre de la cuna. Ya tuviese la prevision de lo que despues sucedió, ó acertara por casualidad, se propuso hacer mas útil la instrucción de sus hijos, á cuyo fin les dió por director de ella á Mad. Genlis, despues de haberla consultado sobre la persona en quien recaeria tan honorífica empresa.

El 5 de enero de 1782 quedan bajo la dirección de Mad. Genlis, Luis Felipe y su hermano el duque de Montpensier, y al año siguiente el otro hermano conde de Beaujolais.

En moda entonces en la sociedad francesa los principios de educación de Rousseau, en cada familia se queria tener un *Emilio*, y Mad. de Genlis, entusiasta

por todo lo que conmovia la imaginación, se decidió á aplicar el sistema creado por el ciudadano de Ginebra, y le siguió con perseverancia, estableciendo así el programa de su enseñanza: lenguas muertas y vivas, mitología, física, geografía, ciencias exactas, leyes, dibujo, arquitectura, cirugía, farmacia, agricultura y artes mecánicas.

Preciso es declarar que Mad. de Genlis supo con su buen talento llevar á efecto tan vasto plan de educación; vencer la repugnancia al estudio que mostraba su mayor discípulo, y hacer el móvil de una emulación escésiva las cualidades que sobresalían en Luis Felipe; talento, amor propio, y buen corazón.

A las lecciones teóricas se añadia la práctica, que es la verdadera enseñanza: estudiaban la agricultura y la botánica, cultivando un pequeño cuadro de un jardín: aprendían la arquitectura haciendo edificios de cartón, y para que nada faltara de lo que Rousseau y nuestro compatriota Montengon prescriben; dedicaba Luis ciertas horas, á trabajar de carpintero como *Emilio* y á hacer cestas como *Eusebio*; saliendo de sus manos algunas obras perfectamente concluidas, que iban á parar al pobre albergue de algun infeliz de la comarca en quien practicaban los régios alumnos las obras de caridad que les enseñaba su directora.

Sin duda que este seductor método de educación es mas aceptable que el hacer aprender de memoria á un niño el mentiroso language de los animales, y aglomerar en su imaginación multitud de preceptos de moralidad y virtud, de difícil enseñanza y de fácil olvido.

A. P.

SEMANA JUDICIAL

PROCESO DE DANIEL O'CONNEL.

(Conclusion.)

Ni por esta injuriosa desconfianza salieron de su habitual mesura que les hacia inatacables los gefes de la asociación. Predicando la paz y la agitación á la vez, se limitaron á dar mas solemnidad y mas eco á sus manifestaciones, y convocaron un meeting en Tara, lugar famoso en la historia de Irlanda, como monumento de su antigua gloria, y de sus recientes desventuras. En las colinas de Tara se celebraron las asambleas nacionales que precedían á la elección de los antiguos reyes de Irlanda, y en el mismo sitio una sangrienta catástrofe puso término á sus esperanzas. Consagrada la montaña por el triunfo de las elecciones de soberano y por el martirio de los soldados del pueblo, no podía haberse hecho mejor elección para escitar en el mas alto grado el sentimiento nacional. Así es que acudió cerca de un millon de personas. Difícil seria pintar los incidentes de este día memorable. O'Connell, Steele, Gray, todos los encausados despues, presidían la reunion, anunciándose la llegada de los grupos por sus banderas y alegres tocatas. Segun tomaban posicion, se hincaban de rodillas y cogían religiosamente una planta natural que cubría el terreno; especie de geranio, cuyas hojas rojas parecían salpicadas de sangre, y que en su ingenua superstición creía el pueblo que aquel color procedía de la sangre de las víctimas de 1798, cuyo sepulcro pisaban. Preciso seria citar todos los discursos pronunciados para elevarse á la altura de los sentimientos que aquel día dominaron; copiaremos algunas palabras de Gray. «Eterna será en la memoria de nuestra patria la reunion de Tara porque es el presagio de próxima libertad; el anuncio de la caída del Sajon, y del fin de la dominación oligárquica. ¿No es esta una verdadera asamblea nacional en el sentido mas lato de la palabra? ¿No está presente el monarca del corazón de los irlandeses? No lo están los pares espirituales y temporales del reino, esto es, el clero y los diputados? ¿No lo está todo el pueblo haciendo resonar su poderosa voz en el mismo sitio de la sala antigua de elecciones de Tara, gritando, nada de concesiones? Al recorrer hoy esta colina inmortalizada por los recuerdos de nuestras glorias, al hollar las cenizas de los mártires de 1798, me he sentido inspirado de que en breve conquistará la Irlanda el rango y dignidad de una nación libre.»

Contemplaba O'Connell con orgullo aquella inmensa multitud tan obediente á su voz, y no pudo menos de esclamar: «No hay general que haya tenido un ejército tan sometido á sus órdenes como lo está el pueblo de Irlanda á los deseos de un simple particular, del último de sus conciudadanos. ¿Me seguireis cuando os llame?—Todos, todos, respondieron, y cuanto antes.» Estas palabras de O'Connell sirvieron de texto á su acusación.

Otro meeting tuvo lugar en Mullaghmast. A este sitio fueron invitados á una conferencia por el conde de Sussex los principales guerreros de las tribus de O'Morre y O'Connor, asesinados por los ingleses al fin del banquete. No desaprovechó O'Connell tradición tan deplorable. «No ha sido casual, dijo, vernos reunidos en esta montaña; siempre os convoco á los lugares que son testigos de la perfidia de nuestros enemigos. Aquí, aquí mismo donde os hablo y me escuchais con tan profundo silencio, aquí resonaron un día gritos de desesperación, gemidos de agonía,

ánimas de la muerte. Aquí sucumbieron al puñal asesino del sajón cuatrocientos convidados inermes. Aquí perecieron sin defensa cuatrocientos guerreros escogidos, por haberse fiado de la palabra del inglés. Uno solo pudo escapar cubierto de heridas para contar á sus compatriotas la horrible degollación del banquete. ¡Infames sajones! ¡Como no creer que faltareis otra vez mas á vuestras promesas! ¡que estareis dispuestos á semejantes proezas!

«¡Oh Inglaterra, Inglaterra! decía poco despues, han colmado tus crímenes la copa de amargura, y no tardará en sonar para tí la hora de la venganza del cielo. Y tú, Irlanda, que has sufrido por tantos siglos, debes esperar mejores dias, porque no has sido traidora. Yo desafío al inglés, á que, á pesar de sus calumnias y de su rabia, me señale un tratado que hayas violado, un contrato que hayas roto, una promesa á que hayas faltado.»

Las formidables demostraciones de los meetings alarmaban al gobierno. Era imponente el movimiento popular. A la voz de sus gefes, acudia el pueblo en masa. La llegada de numerosas tropas, y las fortificaciones del castillo de Dublin, acreditaban el temor de los opresores. Decidido á obrar el gobierno, envió á los meetings taquígrafos, por cuyas notas pudiese castigar á los patriotas.

Convocóse, á pesar de todo, un meeting en Clontarf para el 8 de octubre. Grandes fueron los preparativos. En camino millares de irlandeses, publicó el virey en Dublin el bando siguiente:

«En vista de haberse anunciado al público la celebración de un meeting en las cercanías de Clontarf el domingo 8 del actual á pretexto de una petición al parlamento para que se revoque la union legislativa entre la Gran Bretaña é Irlanda: de haberse fijado y repartido con profusion anuncios advirtiéndole á los que hubiesen de venir á caballo se reuniesen para formar y marchar en orden: de que con igual fin se han celebrado en otras partes meetings, y que en estas asambleas numerosas se han pronunciado discursos sediciosos é incendiarios con el reprobado intento de que aborrezca el pueblo al gobierno y á la constitucion: de que las personas que han escitado á la desafección han prometido asistir á la reunion de mañana: de que es de temer con sobrado fundamento que el motivo de este meeting no sea el ejercicio legal del derecho de reunion, sino el arriba indicado, y el de alterar la constitucion y las leyes por intimidacion, y haciendo alarde de fuerza:

«Nos, el virey, de acuerdo con el consejo privado de S. M. en la conviccion de que el meeting convocado en Clontarf tiene de solo á favorecer personales y facciosas ambiciones, y á turbar el orden, hacemos saber, y mandamos á todos, de cualquier clase y condicion que sean, se abstengan de asistir al citado meeting, pena de ser perseguidos con arreglo á las leyes.

«Y prevenimos á todos los magistrados y encargados de la conservacion de la tranquilidad pública, hagan cuanto esté de su parte por el cumplimiento de esta disposicion, impidiendo dicho meeting, dispersándolo, y persiguiendo y arrestando á los contraventores.»

Enterado de esta determinacion, citó O'Connell al comité á la sala de sesiones públicas, y se sentó en medio de estrepitosos aplausos.

Mr. O'Connell. «He venido á este sitio para felicitar á nuestros amigos de Liverpool y Manchester, que han querido honrarnos asistiendo á la gran demostracion de mañana. Os diré en pocas palabras, si me lo permitis, el estado de nuestros negocios, y lo que pienso hacer. Quizá no sabeis todos que se acaba de publicar un bando. Por ilegal que sea, debemos evitar la victoria que desean nuestros contrarios, y vale mas dilatar la asamblea en su daño, que dar lugar á sensibles violencias.

«Ese bando ilegal se ha fijado hoy á última hora (ya adivinareis la intencion), y la mitad de los que se proponen asistir al meeting le ignoran: por esto me ha parecido conveniente publicar un aviso invitando al pueblo á que no concurra. Y no creais detenida por esto nuestra marcha. No. Si nos reuniésemos mañana, surgirían conflictos, y vos los sabeis, mi mision es el bien del pueblo. Por esto he creído de mi deber imprimir un anuncio, que remitiré al momento, invitando á los curas y habitantes de las cercanías no se muevan. «No habrá meeting, y si alguien hacia cuenta de derramar nuestra sangre, chasco se lleva. Torpe ha es-

tado el gobierno, pues que este debía ser de los últimos meetings, y no nos impide otros. Estoy en la firme seguridad de que la causa de la revocacion, lejos de perjudicarse con este acto, vá á recibir mayor impulso, y que todos abogarán por nuestra empresa.»

He aquí el anuncio que dirigió O'Connell para impedir el meeting.

Asociacion legal y nacional de la revocacion.

Habiendo publicado el virey un bando concebido en términos ambiguos, y en oposicion á la verdad de los hechos, á fin de impedir el meeting convocado para el 8 del actual en Clontarf, y en atencion á que por lo avanzado de la hora en que hoy se ha fijado no puede comunicarse á tiempo á los que se hayan propuesto ir á Clontarf, donde á pretexto de dicho bando podrían los mal intencionados maltratar á ciudadanos pacíficos al hacer uso legal de su derecho; el comité de la asociacion ruega á todos los buenos irlandeses no abandonen, ó regresen á sus hogares, evitando así el choque funesto que se provoca, toda vez que en bien de la humanidad y de la causa, se ha creído prudente no tenga lugar el meeting.»

Sin pérdida de tiempo se adelantaron los gefes principales de la asociacion por los caminos que conducian á Clontarf, y á su insinuacion se volvieron resignados á sus hogares un millon de irlandeses que venian con tanta prisa como entusiasmo. ¡Prueba admirable de la influencia de aquellos, y de la confianza de estos! Acusado de cobarde por sus enemigos, y admirado algunos de sus amigos de la facilidad con que se habia sometido á un bando que él mismo tenia por ilegal, fué comprendido O'Connell por los que conocian las tendencias del gobierno. Un bando prohibiendo horas antes de su constitucion un meeting preparado tanto hacia, no dejaba lugar á la duda; era el deseo y la esperanza de una sangrienta colision, si se consideraba que parecia imposible detener en su marcha á tantos irlandeses como de todas partes fluían, y que bastaban unos cuantos obstinados, ó desprevénidos, para que se entregase el poder á las violencias que premeditaba. La sagacidad de O'Connell desbarató esta pérdida trama, y no vió el gobierno otro medio de atajar su poder que perseguirle por sus arengas en los meetings.

A este propósito Mr. Burton, uno de los jueces del

9.º De haberse procurado para todo fondos en el reino y fuera de él.

10 De haber celebrado meetings, compuestos de personas mal intencionadas.

11 De haber invitado á que otros celebren iguales reuniones sediciosas é ilegales.

12 De haber publicado libelos sediciosos contra el gobierno y la constitucion, y de otros hechos que sentará el fiscal general.

Os requiero, en nombre de la reina, detengais y conduzcáis á mi presencia, ó á la de cualquier otro de los jueces del tribunal supremo á N.... para que responda á la acusacion que se le hace.

Comprendia el mandamiento de arresto á Daniel, y á su hijo John O'Connell; á los reverendos Mr. Tyrrel, Tierney, y Tomás Estele, apellidado *el Pacificador*; á Mr. Ray, tesorero de la asociacion; Ricard Barret director del *Piloto*; Carlos Duffy director de la *Nacion*, y al doctor Grey, del *Diario de los hombres libres*.

El 14 se presentó O'Connell. Una inmensa multitud estaba situada y silenciosa delante de la casa en que habitaba.

En la tarde anterior, Mr. Kremnis, procurador del rey, le habia participado haberse presentado contra él una acusacion de conspiracion y traicion, suplicándole le señalase el dia en que tuviese á bien responder ante el tribunal. No se detuvo O'Connell. Al dia siguiente se presentó á Mr. Burton con sus hijos Daniel y John, seguido de innumerables amigos. Alargóle aquel la mano, que tomó, y prestó y su hijo John, el juramento de costumbre, prometiendo con testar á la acusacion, prestando ademas una fianza de cien mil reales; hecho lo cual se retiró con igual muestras de atencion de parte del juez, acompañado de la multitud con locas aclamaciones.

En el mismo dia publicó esta manifestacion al pueblo irlandés.

MERRION-SQUARE, 14 de octubre de 1843.

«Sabed, queridos conciudadanos, que acabo de dar caucion de defenderme de los crímenes de conspiracion y traicion que se me imputan. Calma, amigos míos; desastrosa seria y punible cualquier tentativa que tuviese por objeto turbar el orden. No os dejéis seducir: respetad la ley; no os entreguéis al menor desorden. La mas ligera conmocion podría dar un golpe de muerte á nues-

tra hermosa causa cuyo triunfo espero. Si durante esta crisis os conducis como siempre con legalidad, no está lejos, yo os lo aseguro, el dia en que nuestra graciosa soberana abrirá en College-Green el parlamento de Irlanda. Todas las tentativas de nuestros enemigos por que no llegue tan venturoso dia han producido el efecto contrario; esta tambien le tendrá si el pueblo con la mejor intencion no la apoya con algun acto ilegal. Estad, pues, tranquilos, y el triunfo es nuestro.»

Esta persecucion causó una sensacion profunda, porque puso en evidencia la decidida oposicion del gobierno y su resolucion á valerse de cualquier medio antes que transigir; pero gracias á la prudencia de los gefes de la asociacion, se tranquilizaron los espíritus, y

pudo seguir sus trabajos con igual éxito, aunque con menos aparato.

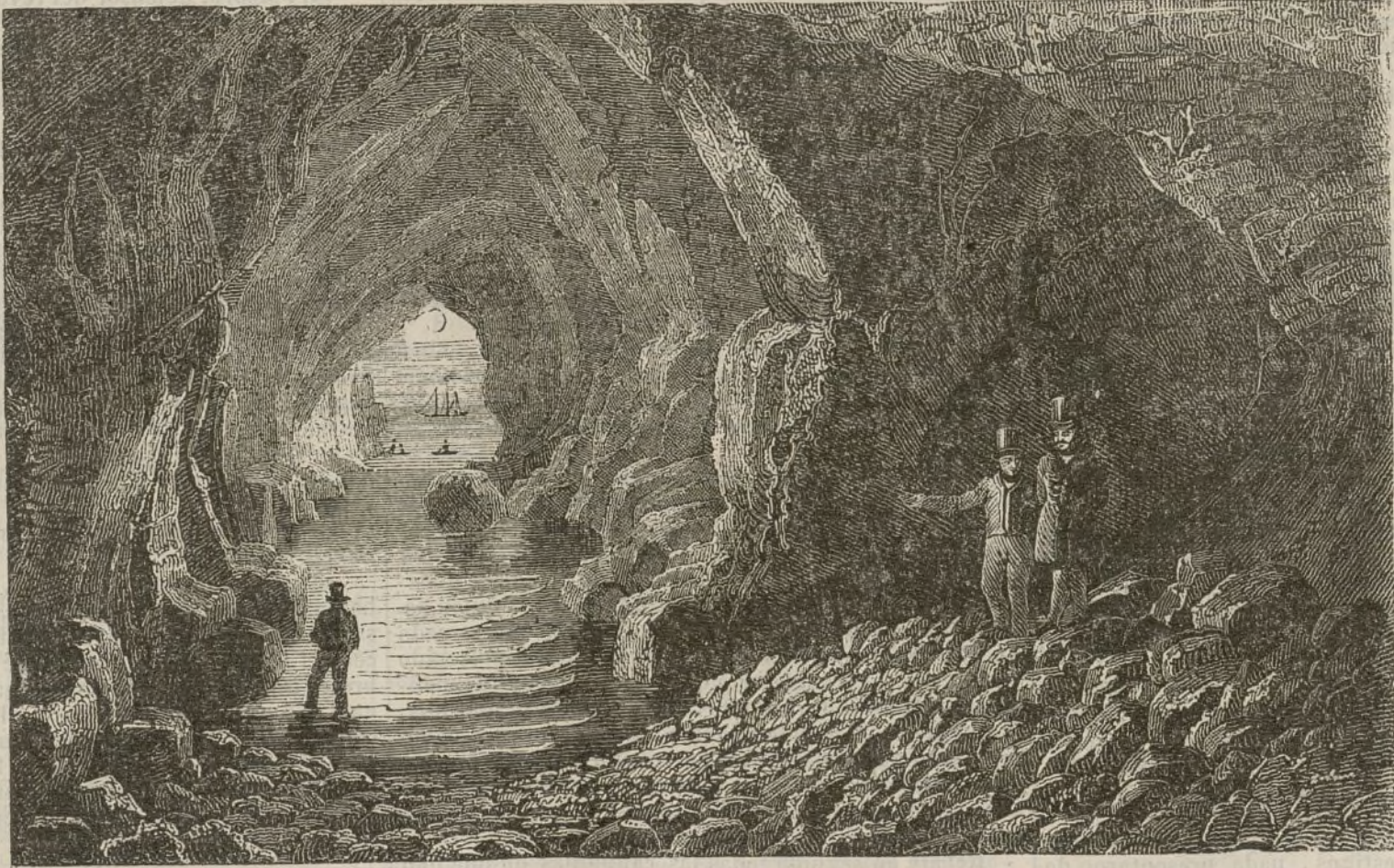
Debates de la causa (1).

El 2 de noviembre abrió sus sesiones el jurado de acusacion compuesto de orangistas, por elegido entre los mas antiguos funcionarios públicos.

Despues de cuatro audiencias consumidas en fórmulas de escaso interés, se reunió el 8 el tribunal supremo para oír la relacion del gran jurado. Lleno el salon, aguardábase con interés é impaciencia la lectura del veredicto. Hecha por el presidente, declaró el jurado haber lugar á la acusacion, debiendo por consiguiente los acusados comparecer ante el tribunal.

El 14 pidió O'Connell al tribunal supremo la nulidad de los procedimientos por falta de juramento de los testigos ante el mismo tribunal con arreglo á un

(1) Reducidos, y las defensas de los abogados á reproducir con mas ó menos detalles los hechos reseñados, nos limitaremos á extraerlos.



Gruta de los Gigantes, en Irlanda.

tribunal supremo, espidió en 13 de setiembre el mandamiento del tenor siguiente:

Considerando que N.... (el nombre del acusado) ha sido acusado ante mí bajo juramento:

1.º De conspirar con otros escitando el descontento y desafección en los súbditos de S. M. inspirándoles odio y desprecio al gobierno y á la constitucion, y aun la resistencia.

2.º De haber inducido á reunirse multitud de personas para variar la constitucion por medio de la intimidacion y desplegando fuerzas.

3.º De introducir la division entre las clases.

4.º De tentativa de seducccion entre el ejército y marina.

5.º De haber menoscabado los derechos de algunos ciudadanos.

6.º De haber amenguado el prestigio de los tribunales.

7.º De haber usurpado, estableciendo tribunales, las prerogativas de la corona.

8.º De haber pronunciado discursos sediciosos, y publicado folletos, dirigidos á los fines indicados.

estatuto de Jorge III. Admitida, y vista, fué desecharla, señalando para comenzar los debates el 13 de enero de 1844.

Audiencia del 13 de enero.

Abrese, y llena el salón la parte menor del público que desde muy temprano esperaba, distinguiéndose muchas señoras.

Fué O'Connell en el carruaje del lord-corregidor, por primera vez iba con tanto decoro al tribunal un acusado.

A poco, llama el uger á Tirell.

Mr. Cantwell: Yo debía defender al reverendo Tirell. Pero acaba de ser llamado ante otro tribunal, y no puede el presente ocuparse de él.

Responden los demás acusados según se les llama, y se sientan cerca, y mas abajo de la tribuna de los taquígrafos, menos O'Connell. que por su calidad de abogado se sienta con la toga y peluca de tal, en el banco de los jueces.

El presidente: Se va á recibir á los jurados el juramento.

Sir Colman O'Loughlin, defensor de O'Connell. En nombre de O'Connell recuso á todo el jurado por haber omitido el adjunto poner en lista el nombre de todos.

Por igual razon le recusan igualmente los defensores de los demás acusados.

El fiscal: No hay ejemplo de tan estraña recusacion, por lo que suplico al tribunal me conceda un momento para examinarla.

El presidente: El tribunal os concede el tiempo que necesiteis para examinar la recusacion.

Retírase el fiscal, y vuelve despues de dos horas.

El fiscal: Me opongo á que la recusacion se admita, pues que ni se ha indicado que al omitir el adjunto poner en lista á varios jurados, haya procedido premeditadamente. Seria por otra parte absurdo anular toda una lista de jurados por la omision de alguno.

Replicó O'Loughlin, y el tribunal declaró á poco de quedarse deliberando que no habia lugar á la recusacion. Perrin, único juez católico, votó en contra. Es de notar que casi todos los jurados no incluidos eran católicos. Por esto produjo el fallo una emocion desagradable.

Audiencia del 16.

Lee el fiscal la primera parte de su acusacion, sosteniendo que una confederacion entre dos ó mas personas es criminal desde el punto en que es ilegal su objeto, y que aun siendo legal, se sirven para obtenerla de medios ilegales. Ni es necesario, dijo, que el acto ilegal se haya puesto por obra, basta la intencion de ejecutarle. La revocation que se pretende es un acto con todos los caracteres de ilegalidad, porque nada menos tiende que á la desmembracion del estado; y los numerosos meetings, con tanta publicidad convocados; celebrados con tanto ruido y un aparato tan amenazador; enardecidos con discursos sediciosos, no pueden ser medios mas ilegales. Hizo despues la historia de todos los meetings, analizó los discursos en ellos pronunciados, viendo en todo manejos sediciosos, y un vasto complot contra la constitucion.

Audiencias del 17, 18, 19 y 20.

Ocupada la primera con la lectura de la segunda parte de la acusacion fiscal, lo fueron las demás con la declaracion de testigos de los meetings. Fueron los primeros los taquígrafos que envió el gobierno. Los abogados, á fuerza de astucia, les hicieron incurrir en varias contradicciones con sus preguntas y repreguntas.

Durante la audiencia del 22, O'Connell, y algunos de sus coacusados, se retiran para asistir á la sesion semanal de la asociacion, y el fiscal declara que no puede consentir tal ausencia, y que se verá obligado á tomar medidas fuertes para impedir otra. Dáse noticia de esta novedad á O'Connell, y vuelve al punto.

Las audiencias de los dias posteriores, destinadas todavía al examen de testigos, nada presentaron de notable. El público aguardaba impaciente que los abogados sustituyesen á la monotonía de la causa la brillantez de sus improvisaciones.

Al fin en la audiencia del 27 tocó hablar á Mr. Shiel. Habia pedido la víspera el término que necesitaba su salud. Su palidez confirmaba su malestar, pero animóse de repente su fisonomía; dominó su energía moral á su debilidad física, y en medio de una mal reprimida admiracion de su simpático auditorio, pronunció uno de los informes mas interesantes que se habian oido en aquel sitio.

Mucho sentimos no poder reproducir íntegramente esta defensa, que duró cerca de siete horas. Siempre elocuente, estuvo muchas veces sublime. Encargado de defender á Juan O'Connell, defendió en él la causa de la Irlanda entera. Recordando con orgullo todos los nombres gloriosos que habian luchado por la independencia nacional, enumerando los grandes triunfos que Swift habia conseguido con solo el poder de su pluma, y con su arrebatadora elocuencia Flood y Grattam; y continuando la historia de esta conspiracion santa, transmitida y continuada de siglo en siglo, llega á la gran lucha del año 82.

«Entonces no se halló un promotor general que osa-

se acusar á Flood y á Grattam!... ¡Cuál no habria sido el desprecio con que el último irlandés no habria rechazado al acusador, cuya temeridad le llevase á semejante empresa! Los irlandeses amaban á su patria; palpitaba su alma á los nobles instintos de nacionalidad que el Creador ha infundido en el corazon del hombre, lo mismo que los sentimientos de familia. Eramos un pueblo, un pueblo unido, y no fraccionado por discusiones que nos debilitan y degradan!

¡Ah! Si fuéramos ocho millones de protestantes, como somos de católicos, no se nos trataria de este modo! ¿Veríamos entonces todos los cargos, todos los empleos y dignidades de nuestro pais ocupados por estrangeros? ¿Se nos rehusarian los mas justos y mas preciosos socorros, no para aumentar nuestra prosperidad, sino para disminuir nuestra miseria? ¿Veríamos embellecer los cuarteles de Londres, ó el castillo de Windsor con el sudor de nuestra frente? ¿Nos someteríamos á esa distincion tan humillante que se marca en todas las actas del parlamento? ¿Sufriríamos el bill de armas atentatorio de nuestros derechos? ¿Llevaríamos con paciencia se dispusiese de nuestros bienes sin consultarnos? ¿Aceptaríamos esa representacion incompleta é ilegal, concedida como de limosna y por burla?

Pero nada podemos, y nos sacrificamos, y nuestra dignidad é intereses, siendo la causa de todos nuestros males nuestra division religiosa. ¡Division fatal y desastrosa, que sustituye al espíritu paternal del cristiano una antipatia rencorosa! Division execrable, que reduce nuestro pais á la suerte humillante de una colonia; que hace de la Union un nombre vano, un vasallaje de nuestra nacionalidad, de todos nuestros derechos la tarima de un ministro, de todos nosotros, en fin, el desprecio de la Inglaterra y la compasion del Universo!

«La Irlanda es la única parte del mundo donde la distincion entre católicos y protestantes provoca violencias, y hace implacables los odios. En Alemania donde ha traducido Lutero la Escritura; en Francia donde Calvino ha escrito la Instituta; en ese pais de las Dragonadas (1) y de los San Bartolomé, en ese pais de donde han sido bárbaramente espulsados dos de los mas altos funcionarios de este tribunal, si, en Francia mismo se han concluido para siempre las guerras entre protestantes y católicos, guerras que por tanto tiempo han enrojecido su suelo, y de que hoy unos y otros se avergüenzan. ¡Y en tanto nosotros, insensatos, arrastrados por ese odioso fanatismo que arrojado de Europa ha venido á refugiarse á nuestro pais, nos precipitamos los unos contra los otros con una ferocidad salvaje, y en nuestra rabia abominable entregamos atada de pies y manos, miserable y destrozada á nuestra afligida patria! Esta Irlanda que debía ser tan feliz, es por nuestra causa el pais de mas desventuras; nos rebelamos contra la providencia, y nos esforzamos en arrebatarnos fraticidas los unos á los otros los beneficios que ha esparcido el Criador sobre este hermoso suelo!»

Estallan frenéticos aplausos, y declara el presidente que, si se repiten, hará despejar el salón.

Mr. Shiel. Siento una interrupcion que no autoriza el mérito del orador, si bien escusa lo verdadero del sentimiento que la produce.

Tomando el hilo de su discurso, muestra Mr. Shiel los rápidos progresos de la Irlanda cuando la protegió una mano bienhechora, traza la historia desde 1782 hasta la Union y muestra su decadencia desde su opresion.

«¡Si, conciudadanos, la Union nos ha robado nuestra independencia! ¡Eterno es nuestro dolor, eterno nuestro llanto! ¿Y por qué la hemos perdido? ¿Ha sido á consecuencia de una derrota? ¿de una traicion á nuestra patria? ¡No! la Inglaterra, que debía ser nuestra hermana y nuestra amiga; la Inglaterra, á quien hemos dado nuestros brazos y por quien hemos derramado nuestra sangre, la Inglaterra, á quien hemos protegido y protegemos; la Inglaterra que en el momento del peligro cuenta 70 mil irlandeses en sus 100 mil marinos; la Inglaterra se ha introducido en nuestro pais como un ladrón nocturno, y nos ha robado nuestro tesoro, nuestra libertad preciosa, nuestra nacionalidad, último diamante que coronaba nuestra frente, gozosa de habernos empobrecido sin enriquecerse.»

Rebate en seguida todas las calumnias de que han sido víctimas. Pero personificada en este punto en un hombre la historia de Irlanda, reseña ligeramente la biografía de O'Connell, y de quien dice se ha elevado tan alto que se le distingue desde los mas apartados lugares de Irlanda.

Despues de haber mencionado todos los servicios que ha hecho el agitador á su pais, pinta en pocas palabras su carácter, y cita algunos rasgos honrosos de su vida privada, leyendo con emocion la carta de uno de sus mayores enemigos á quien conservó la fortuna y la vida en una situacion difícil, y que dirigia á su salvador la sentida expresion de su inmensa gratitud, y por último, recuerda el hecho reciente de haber calmado al pueblo amotinado contra la salida del correo.

«Podeis encerrar á O'Connell, podeis sumergirle en un triste y oscuro calabozo donde jamás penetre un rayo de ese sol bienhechor, pero no le privareis de la conciencia de sus grandes y nobles acciones; no le impedireis arrojarse tranquilo y enviar al Eterno en alas de sus oraciones la porcion mas divina de su ser. Cualquiera que sea vuestra sentencia, la espera tran-

(1) Persecucion en tiempo de Luis XIV á los protestantes de Cevenes para la cual se emplearon los dragones.

quilo, vedle; sin inquietud por su suerte, solo se ocupa de la de sus enemigos. Está sereno, ¡yo no! ¡Yo no; pensando en estos cambios inesperados de la fortuna política de que he sido testigo! ¡Yo no, pensando en la posibilidad del peligro que nos amenaza! ¡Pues qué! estaré condenado á decir al fijar mis ojos en la mansion del crimen y del dolor. ¡Allí están presos el libertador de la Irlanda y su hijo! ¡No, no será! Cuando haya pasado el triste invierno, y la primavera se acerque, no contemplarán al través de las rejas de un encierro, esas verdes colinas á que dirigen los presos su vista desesperada, irán á escuchar el ruido de las olas del Atlántico sobre la montaña inmediata á la casa paterna; irán á respirar el aire libre y fresco de la mañana; y si los años acortan el andar del padre, se apoyará amoroso en los brazos de ese hijo cuya madre vela sobre ambos desde el cielo, y ambos hallarán en todas partes para su descanso sitios llenos de su nombre y de su gloria! ¡Tengo confianza en vosotros, jurados irlandeses, por que vosotros amais la justicia, porque amais la patria, el honor, y el genio! Yo os pido la absolucion, no solamente en honra del pais, sino de vosotros mismos, porque cuando á una acusacion tan grave digais: «No culpable!» ¡con qué trasportes de alegría no será saludado por todo un pueblo vuestro justo veredicto! ¡cuánto no sereis bendecidos! Y cuando ya esteis en vuestro hogar, en el seno de vuestra familia, descansando de ovaciones entusiastas; ¡con qué tranquilidad, con qué contento acariciareis vuestros hijos!—Entonces les habreis asegurado el mas envidiable patrimonio, la paz; y al mismo tiempo dareis al gobierno inglés la provechosa leccion de que no se remedian los males de Irlanda con las persecuciones.

Audiencia del 29.

Mr. Juan O'Connell pide permiso para hacer algunas observaciones al discurso de su defensor. Obtenido, dice:

«Deseo se comprenda bien, que insignificante como soy, deseo la restauracion completa de la independencia legislativa de Irlanda. Sentiria se me tuviese por uno de los que ha dicho mi abogado se contentarian con que la reina visitase anualmente á Dublin, ofreciendo el parlamento. Perjudíqueme; ó no, mis esplicaciones jamás consentiré en transigir en esta gran cuestion, y siempre sostendré el derecho imprescriptible que la Irlanda tiene á una representacion especial.»

Mr. Moore, defensor del reverendo doctor Tierney, toma en seguida la palabra, y comienza diciendo, que las persecuciones judiciales á que se arroja el gobierno, están muy lejos de producir los resultados que se propone, si se propone calmar la agitacion. No impedirán, por cierto, la discusion de la revocation, de esta cuestion tan vital para la Irlanda. Nunca han abogado las persecuciones judiciales el grito de la opinion pública. Si se ha conspirado en estos meetings, ¿por qué se ha permitido? Cómplice se ha hecho el gobierno tolerándolo. Pero aunque se haya conspirado, ¿es una consecuencia necesaria que Mr. Tierney, que no se ha separado de su iglesia, haya de ser conspirador? ¿De que opine que puede y debe ser revocada el acta de Union, se sigue que sea criminal? El cargo que se hace á mi defendido se funda principalmente en una supuesta conversacion con un agente de policia, conversacion que no se prueba. Nada de lo que ha ocurrido en Clontibret es justiciable, y no es de esperar, porque no es de creer, que un jurado pueda condenar á un inocente.

El abogado de Mr. Ray, tesorero de la asociacion, concluye así:

«Señores jurados: ya lo veis, y ya no os cuesta trabajo creerlo: se acusa á Mr. Ray, no por sus discursos, sino por su asistencia material á los meetings. Si procede el cargo, falta un millon de acusados. Este hombre es uno de los agentes de una sociedad pública legal. ¿En qué está de su parte el delito de conspiracion? Cuando ha asistido á los meetings, lo ha hecho, no con la actitud, no con la intencion de conspirar. Por eso el jurado, apreciando la posicion de mi cliente, y su conducta en todo tiempo pacífica, se apresurará á absolverle.

Audiencia del 30.

Mr. Fitz-Gibbon ataca con energía la acusacion. Examinando las nulidades del proceso, la encuentra tan destituida de fundamento, tan contradictoria en sus medios, tan vejatoria en su fin, que no puede concebir como ha sido autorizada y sostenida por el fiscal, que tiene dadas pruebas de buen juicio.

Aprovechándose este de un momento de suspension, escribió, é hizo pasar á manos de aquel, un billete concebido en estos términos: «Si Mr. Fitz-Gibbon no se retracta, me dará una satisfaccion.»

No contesta el abogado á este reto, y comunica el papel á sus compañeros y acusados.

Vuelven á ocupar los jueces su asiento, y Mr. Fitz-Gibbon les presenta el cartel de desafio que acababa de recibir, preguntando si á juicio del tribunal la conducta del fiscal es propia y digna de su ministerio. «La retractacion que me pide el fiscal con pistola en mano, no se la daré, se la niego.»

Ni el fiscal acierta á contestar, ni los jueces á decidir tan estraño caso. Al fin, el presidente dice tartamudeando: «El tribunal carece de precedente para ocuparse del billete del señor fiscal... el tribunal no

puede comprender....» Viendo su turbación, Mr. Moore, otro de los defensores, le saca del mal paso pronunciando algunas palabras de conciliación, poniendo término á la escena con una satisfacción que da el fiscal.

Audiencia del 1.º de febrero.

En ella defendió Mr. Whiteside al editor de la *Nación*, combatiendo la idea de una conspiración, cuya existencia se habría manifestado en los meetings. En Inglaterra se han celebrado y celebran innumerables meetings, y ni sospecha el gobierno que allí se conspire. Recuerda con este motivo la solemne procesion de doscientos mil hombres, que recorrió en 1834 las calles de Londres, arreglada por clases y en formación militar, con banderas desplegadas, que presentó á lord Melbourne una petición monstruosa contra la condena impuesta á los obreros de Dornshire. «Respetóse este alarde de tantas voluntades, ¿y por qué razón ha de ser criminal en Irlanda, lo mismo que es en Londres inocente? Por desear el restablecimiento de su representación, por conservar en su corazón el culto á su patria, y el recuerdo de los que la han inmortalizado, se condenará á los acusados. ¿Creeis que perece por una sentencia de su tribunal obra tan grande? Homero ha atravesado tres mil años, sin que tantos siglos se hayan atrevido á tocar una sola letra de su poema, cuando en ese tiempo han desaparecido los mas firmes monumentos y pueblos enteros; y nosotros, hijos de Irlanda, ¿podríamos ser indiferentes al recuerdo de palabras inspiradas que nos dirigieron nuestros padres al morir en defensa de la libertad? Siempre despertará en nuestros corazones el amor de la patria y de la libertad la elocuencia inmortal de Flood, Grattan, Burke, Plunkett, Curran, héroes de las libertades irlandesas. ¡Y qué, habrán perdido su imperio el saber, el genio y la elocuencia! Si estos hombres han pasado, su memoria es imperecedera; sus nombres vivirán entre nosotros mientras se anide la gratitud en el corazón del hombre; mientras sean honrados en la tierra el patriotismo y el genio!

«No se nos comprende; vicios son para otros nuestros defectos, y nuestros errores criminales, desconociéndose de todo punto cuanto hay de noble y generoso en nosotros. En la agitación del país hemos mostrado el apasionamiento de nuestra alma. Se acrimina este ardimiento de nuestro corazón, debiendo á él tanta gloria la Inglaterra! Por defender sus libertades, hemos mostrado tantas veces nuestro valor en el campo de batalla, y se olvida tan pronto nuestro franco carácter! ¡No se ha comprendido todavía que el genio de nuestra raza es un genio guerrero, siempre amante de la lid! ¡No le veis valiente, pero tranquilo, sostener la Irlanda que apenas puede con su miseria, y beber la copa amarga que le presenta el destino!

«Milores: hijos del entusiasmo han sido siempre los mayores hechos. Alguna vez fermentan sordamente las pasiones en el fondo de los corazones, dispuestas á ser el instrumento de vastos designios; la mano de Dios las inflama; Dios, cuya voluntad suprema ha hecho salir esta isla del fondo de las olas; Dios, cuya misericordia aviva nuestro entusiasmo por la regeneración de Irlanda....»

Fatigado con seis horas de perorar, termina al otro día su defensa.

Audiencia del 5 de febrero.

El deseo de oír á O'Connell había escitado en el mayor grado la curiosidad pública. Desde muy temprano aguardaba una escogida concurrencia, á que no pudo dar cabida el salón, ya ocupado en parte por altos personajes.

«Señores jurados, dijo O'Connell, tengo necesidad de reclamar vuestra prolija atención para hacer valer ante vosotros el derecho que me asiste de pedir os veredicto favorable. Os le pido sin adulación ni orgullo, os le pido en nombre de la ley y de la razón. Al invocar estos títulos, me siento completamente justificado. Podría, á la verdad, dispensarme de molestaros después de los informes elocuentes que habeis oído; pero no se trata únicamente de mi defensa, tengo que defender á clientes de mas importancia. Mis clientes en esta causa son todos los ciudadanos de Irlanda; el país entero; ved, pues, en mí el defensor de los derechos, de las libertades, y de los privilegios constitucionales del pueblo. Una sola cosa me inquieta en medio de tanta satisfacción; el temor de comprometer su causa sagrada, su derecho á un parlamento nacional por alguna falta voluntaria.

«Por lo que á mí hace, tengo la conciencia de la pureza de mis intenciones, la revocación de la unión. Os lo confieso, sí; he combatido la unión, y la combatiré mientras viva, porque es el producto de la corrupción, el fruto de la desigualdad, la señal mas patente del desprecio con que se mira á una nación grande. Yo no he venido á negar nada de lo que he hecho, á desfigurar una palabra de cuantas he dicho; porque todo cuanto he dicho y hecho ha sido en cumplimiento de un deber sagrado, á fin de alcanzar un objeto porque constantemente clamaré, el restablecimiento del parlamento irlandés.

«A falta de argumentos incontestables contra la unión, me bastaría examinar la época en que tuvo lugar. Bien lo sabeis, fué en lo mas recio del vendaval revolucionario. Estaban dominadas las naciones por el poder militar, á que tuvieron necesidad de entregarse para combatir las doctrinas de la Francia. Casi to-

dos los reinos estaban entonces privados de sus legítimos soberanos, y hechos trizas los imperios. Vino la restauración, y todos los pueblos experimentaron su influjo, excepto Irlanda. Solo Irlanda siguió bajo la fatal influencia de las tempestades de aquella época; ¿impedireis, señores jurados, que se haga á Irlanda la justicia hecha á los demás pueblos?

«Ciertamente, cuando considero mi posición y la vuestra, vuestras opiniones y las mías, menester es que tenga gran confianza en la bondad de mi causa para aceptar una lucha tan desventajosa para mí. Y no son de poca importancia nuestras diferencias, pues que no solo discutimos en la cuestión de la revocación, sino en materias religiosas; y si así no fuera, habríais sido recusados por el fiscal, como lo han sido los que en uno ú otro punto, ó en ambos, profesaban conocidamente mis sentimientos. Poderosos son estos obstáculos, pero ni me asustan, ni me harán transigir con mi pasado. Tan lejos estoy de arrepentirme en lo mas mínimo, que me glorio de cuanto he hecho, que me envanezco de recordar todos mis actos. Sé, señores jurados, que estoy en vuestro poder; pero tambien sé que puedo contar con vuestra honradez é imparcialidad.

«Ceso, señores, de ocuparme de vosotros, para ocuparme del proceso, extraño en verdad, el mas extraño que se ha presentado á los tribunales. En efecto, no es uno, ni dos, ni tres hechos los que vais á juzgar. No, y parece haberse olvidado en este proceso el principal mérito de nuestros procedimientos criminales, la separación de todo hecho fuera del que se persigue, para apreciarle y juzgarle mejor. Aquí, por el contrario, se os presenta una larga historia; se hacinan materiales, como si de propósito se tratase de rendir vuestra memoria y de confundiros. Al rechazar esta manera insólita de proceder, no lo hago por espíritu de animosidad y de cólera, sino por contraria á los principios constitucionales, porque coloca al jurado en la imposibilidad de separar en esa multitud de hechos, con los cuales se quiere oscurecer su razón, la verdadera cuestión á cuyo fallo es llamado. Forzoso será, por tanto, que yo le ayude y disipe las densas nubes que oscurecen este monstruoso proceso.

«Toda la causa tiene por fundamento una sola palabra cabalística, *conspiración*. Busco en el diccionario su significado, le busco en el sentido comun, y en ambos hallo uno mismo: conspiración es un concierto secreto entre muchas personas para cometer un crimen. Ahora bien, la acusación reconoce que nada ha habido entre nosotros de secreto, nada de misterioso, nada de oculto: público ha sido todo; todo lo que se ha dicho y hecho, á presencia ha sido de las autoridades.

Increíble parece se dé el nombre de conspiración á una serie de hechos conocidos de todo el mundo, y en que ha tomado parte todo el mundo. Y sin embargo, el fiscal ha presentado su dictamen con mucha destreza y habilidad. Ha hablado once horas, y al comenzar ha rogado al jurado fije su atención en el fin de su discurso para apreciar bien los hechos de esta horrible conspiración; y al concluir le ha recordado el principio de su peroración, donde pone de manifiesto el crimen.»

«Entra en los detalles de la acusación, y prueba que no tiene fundamento. Recuerda los esfuerzos que ha hecho constantemente para mantener la paz en las poblaciones irritadas, demostrando que, lejos de conspirador, ha sido siempre pacificador, cuyo dictado, y no aquel, merece.

Enumera en seguida las ventajas que á ambos países deben resultar de la revocación de la Unión, y se felicita de la ocasión de tratar de este asunto á presencia del tribunal.

Audiencia del 6.

Abordando de lleno la cuestión de la revocación, sostiene O'Connell que es indispensable para la prosperidad de ambas naciones. «Es mi convicción, y jamás dejaré de sostenerla, pero jamás la sostendré no con la violencia, ni con auxilio extranjero. El fiscal, citando una relación del comité secreto de la cámara de los Comunes de Irlanda en 1797, ha dicho que es el mismo nuestro plan. Ningun hecho ni consideración ha aducido en pró de su aserto, y me bastaría negarle; pero haré mas, declararé, y no por la vez primera, que si ha de ser el triunfo de la revocación á costa de la verdadera independencia de mi patria, sin su solo esfuerzo, no la quiero. La amo bastante para que mendigue el apoyo de otra nación. País que no se da á sí mismo la libertad, no es digno de ella.»

Termina, por fin, O'Connell protestando su ardiente deseo de conservar el orden, y de no alcanzar la revocación sino por medios legales y pacíficos.

Audiencias del 7 y 8.

Replica el fiscal, haciendo la segunda edición de su acusación, y escapándosele esta confesión. «Los acusados se jactan de no haber turbado la paz; lo creo, la paz es necesaria al buen éxito de sus proyectos.»

Audiencias del 9 y 10.

Reasume el presidente los debates, y delibera el jurado, declarando á los acusados culpables de los seis primeros cargos, y que no está de acuerdo en los demás. En su virtud, el tribunal da al jurado el término de dos días para fallar sobre estos.

En la audiencia del 12, completa el jurado su veredicto declarando á los acusados comprendidos en todos los cargos, menos á Tierney, que le declara en dos. El jurado, en su respuesta á los cargos, modificó los términos de la acusación.

El presidente da gracias por el celo y atención de que han dado prueba en el curso de tan dilatados debates, y se declara que el tribunal no volverá á reunirse hasta la época de costumbre, el 15 de abril, y que en su primera audiencia pronunciará el fallo.

El mismo día asiste O'Connell á un meeting, y dirige á los irlandeses la siguiente alocución.

Al pueblo de Irlanda.

Conciudadanos, os doy de nuevo gracias por la tranquilidad, calma y buen orden que habeis observado, y os conjuro por la patria que amais, y el nombre de Dios que adorais, á que perseveréis en ese espíritu de paz.

«Vuestros enemigos, que son los de Irlanda, desean mas y mas cada día la mas ligera conmoción. Si estimais á vuestros amigos, y quereis desesperar á vuestros enemigos, seguid tranquilos; absteneos de toda violencia. El jurado me ha declarado culpable; yo pediré la nulidad de su veredicto, y recurriré á los doce jueces de Irlanda, y á la Cámara de los Lores, caso necesario. Así, pues, tranquilizaos, y absteneos de toda manifestación violenta. Nada me perjudicaría tanto. No creais que la gran cuestión de la revocación se ha decidido por ese veredicto, no; lejos de eso, ese veredicto la favorecerá extraordinariamente si el pueblo continúa como hasta aquí. Medio, ó un año á lo mas, de orden, y os hallareis con vuestro parlamento.»

Necesario fué á O'Connell, apelar á la cámara de los Lores, preso ya por la confirmación de los doce jueces de Irlanda, y tan incómoda le pareció la sentencia, que á pesar de su enemistad, no titubeó en anularla, volviendo á Irlanda su campeón, su padre al pueblo. Como si afligiese al país una calamidad pública, toda Irlanda guardó luto. En todas las casas é iglesias se oraba por la libertad de O'Connell. Todos los habitantes, precedidos de su obispo y párrocos, visitaron en procesion al preso ilustre, cuya cárcel se tornó en mansión real. Ningun monarca sentado en su trono recibió tantos homenajes como O'Connell en su calabozo, ni fué recibido con el júbilo que este cuando salió, el último día precisamente de una novena general á la Virgen!

Afanoso en doblar el cuello ante Pio IX, y presintiendo su próximo fin, quiso entregar su cuerpo á los pies de ese digno representante de Dios; la muerte, empero, le salió en Génova al camino cuando marchaba á Roma, impidiéndole cumplir su voto de peregrinación á la ciudad santa.

«Mi cuerpo, para Irlanda; mi corazón, para Roma; mi alma, para el cielo;» fueron sus últimas palabras, su postrer disposición.

Poco mas de vida, y el personaje mas obedecido de Irlanda y mas temido de Inglaterra, el hombre mas grande del Reino Unido, el Simon de la nueva ley, el nuevo David, el sosten y gloria del catolicismo, el defensor sin igual de su patria, el padre de los pobres, apoyo de los desgraciados y consuelo de los tristes, genio de la paz, rey de hecho de Irlanda, arbitro del corazón y de los brazos de ocho millones de católicos, habria visto realizado por completo su pensamiento, alcanzando para su patria el parlamento, como alcanzó en su persona la admisión del catolicismo, expulsado del de Inglaterra tres siglos hacia, y la emancipación civil y religiosa de sus conciudadanos, dueños ya de dedicarse al tráfico, exentos de diezmar para la iglesia protestante, admitidos al gobierno de su pueblo.

Pero no puede tardar el triunfo que preparó de un modo tan admirable; sus compañeros, y su hijo Juan siguen sus huellas, y van obteniendo concesiones hasta completar la obra que comenzó el famoso O'Connell (1).

F. NARD.

LUIS XIV Y SU ÉPOCA.

Mugeres célebres contemporáneas de Luis XIV.—Maria Teresa de Austria.—Ana de Austria.—Madama de Maintenon.—Madama de Grignan.—Enriqueta Maria de Inglaterra.—Cristina de Suecia.

Antes que nos ocupemos particularmente de cada una de las femeninas celebridades contemporáneas de Luis XIV, cuyos retratos acompañamos, nos parece oportuno decir alguna cosa relativamente al monarca francés, apellidado Luis el Grande.

Luis XIV contaba solamente cinco años de edad cuando sucedió á Luis XIII, su padre. La minoría de este príncipe fué tan turbulenta y agitada como la del rey precedente; pero estas turbulencias, aun cuando mejor combinadas y sostenidas con mayor destreza por los hombres ilustres que se hicieron gefes de ellas, no presentan ya el carácter peligroso de una guerra

(1) Recomendamos la lectura de la famosa oración fúnebre, que en su loor pronunció en la basílica de San Pedro de Roma los días 28 y 30 de junio de 1847 el padre Ventura, perfectamente traducida por el hijo del conde de Peñalver, y lujosamente impresa en este año.

de religion; no es mas que una cuestion de hombres, una conmocion para lograr la caída de un ministro, un trastorno popular que dura algunos años, que cuenta entre sus corifeos principes de la sangre real y una gran parte de la nobleza, rebelion que obliga al rey y á su madre á dejar transitoriamente la corte de Paris, pero que no toca á las instituciones fundamentales de la monarquía, y que no acarrea ninguna concesion perniciosa. Nada de importante hubo en la guerra de la Fronda mas que la parte que tomaron en ella los parlamentos. El cardenal Mazarino, atacado personalmente con tanto furor, y teniendo por otra parte que defender las prerogativas de la corona, supo conducirse con cierta laudable destreza, sino siempre con dignidad; no combatia con armas iguales; su cualidad de extranjero, la de ser criatura del cardenal de Richelieu, contribuia á que su posicion fuese una de las mas difíciles.

Declaróse la guerra contra el Austria, pues Mazarino habia roto las negociaciones que Richelieu entablara con esta potencia; esperó que las victorias de Rocroy, de Friburgo, de Nordlingen, de Lens, ganadas por el duque de Enghien, y los triunfos menos brillantes, pero mas positivos, del vizconde de Turenna, pondrian á la Francia en disposicion de dictar condiciones, y con efecto, hasta cierto punto consiguió poner un freno á las invasiones de la casa de Austria. Mazarino antes de morir, dió á Luis XIV el consejo de que gobernase él mismo, y le dejó, no un ministro para dirigir el Estado, sino secretarios de Estado para la administracion de los negocios. El rey se puso luto por la muerte del cardenal, y ya vemos á Luis XIV reinando, siendo preciso dirigirse á él, como lo dijo el dia despues del fallecimiento del cardenal.

Si la energía y la capacidad que desplegó este príncipe desde esta época, en la que solo contaba la edad de veinte y tres años, muestra que la naturaleza

habia contribuido mucho para echarle de Paris; mas esta turbulencia no podia mas que ser sofocada, y durante su reinado no le faltaron ocasiones para verificarlo.



Maria Teresa de Austria.

La revocation del edicto de Nantes es un hecho que pertenece enteramente á Luis XIV: todos los historiadores han vituperado esta medida; han deplorado las escenas de violencia que señalaron la ejecucion y la pérdida que experimentó la Francia, de sesenta mil ciudadanos que llevaron su industria á otras naciones.

La guerra comenzó poco tiempo despues, y la Europa entera se sublevó contra Luis XIV, que le hizo frente por mar y tierra. Esta segunda época militar del reinado de Luis XIV, donde no domina ya el gran pensamiento y la alta sabiduría que precedieron á la primera, fué sin embargo gloriosa para la Francia; pero las victorias no conquistaron nada, y las derrotas fueron fatales para la hacienda.

Nuestro rey Carlos II murió el 1.º de noviembre de 1700; su testamento llamaba al trono español al duque de Anjou, segundo hijo del delfin de Francia. Luis XIV aceptó el testamento, y cierto de tener á todas las potencias por rivales, y juzgando que se armarian para neutralizar este proyecto, buscó aliados, pues se sentia con fuerzas débiles para combatir, y hé aqui la tercera época del gran reinado, época fecunda en desastres de toda especie, donde fueron perdidas grandes batallas por los generales inhábiles que sucedieron á Turenna y Condé, donde las fronteras con las cuales Luis XIV habia ceñido la Francia fueron invadidas, época en fin en que Luis XIV pidió la paz. Por otra parte, este príncipe en su adversidad quedó siempre digno del título de Grande que la historia le ha conservado.

Su vejez, digna y austera, corona bien su brillante juventud y las magnificencias de su edad madura. Re-

de su rey; le ganó batallas, le tomó ciudades, aseguró la España á su nieto, y desplegó una energía que domó la insolencia de sus enemigos, siendo la paz de Utrecht el resultado de estos esfuerzos generosos.

Luis XIV murió sin haber tenido el dolor de ver á la Francia descender del rango á que se habia elevado, y bajó al sepulcro tranquilo, pero triste. El 1.º de setiembre de 1715 falleció Luis XIV, que habia visto morir á su hijo y á todos sus nietos, sintiendo estas pérdidas, no solo como padre, sino como rey. Su mas grande vicio fué el de no saber hacerse respetar. Fué tan galante con las mugeres de su época como protector de las letras y de las bellas artes; el establecimiento de los Inválidos es uno de los títulos mas gloriosos y brillantes de Luis XIV.

Hecho este sencillo bosquejo de Luis XIV y su época, no será á nuestro entender fuera de propósito consignar aqui por via de apéndice algunas indicaciones respecto á las señoras cuyos retratos acompañamos, señoras unidas á nuestro héroe unas por los vínculos de la sangre, y otras por los de la amistad.

Ana de Austria: la fisonomía histórica de esta reina es muy distinta de como la han retratado la mayor parte de los historiadores. Luis XIII, su esposo, no la amó bastante, y si la amaron mucho sus dos ministros Richelieu y Mazarino, en términos, que el primero de estos dos ministros vió recompensada su pasión con la ridiculez y la burla, que vengó por medios atroces; y el segundo con su afecto se grangeó una confianza ciega, cuyo abuso le hizo cometer graves errores.

Son muchas é importantes las acusaciones que se hacen á la hija de Felipe III, pero tal vez sean originarias de las causas que acabamos de mencionar. Solo el rencor de Richelieu fuera capaz de confundir á la reina con los cómplices de Calais. A la imputacion que se le hizo de querer destronar á Luis XIII y enlazarse luego con su hermano Gaston de Orleans, contestó pocas palabras, pero enérgicas y



Madama de Maintenon.

convincientes: «Muy poco hubiera ganado en el cambio.» En cuanto á las sospechas respecto á su galantería, las justificaban la incomprensible frialdad del rey, la belleza de la reina y sus infinitos adoradores. La Francia esperó en vano por espacio de veinte y tres años el nacimiento de un príncipe, y fué preciso que la casualidad ó el consejo de una concubina condujese otra vez al monarca al lecho conyugal. Las memorias de aquel tiempo abundan en conjeturas relativas al nacimiento de este príncipe, al que precedió, segun dicen, otro hijo de no tan noble sangre, en quien creian ver la *Máscara de hierro*.

Si los favores de la reina labraron la felicidad de unos, sus desdenes crearon un número infinitamente mayor de descontentos, entre los cuales se ha querido incluir al famoso cardenal de Retz, cuyo amor propio ofendido se trasluce en cada una de las páginas de sus *Memorias*. «La reina, dice, tenia mas que cualquiera otra muger, aquella especie de talento que consistia en no dejar conocer su necesidad á los que no la examinaban profundamente: era mas áspera que altiva, mas altiva que grande, mas aparente que misera, mas afecta al dinero que liberal, mas liberal que interesada, y mas interesada que desprendida; mas afecta que apasionada, mas dura que soberbia, mas sensible á las injurias que á los beneficios, mas deseosa de devocion que de vota, mas obstinada que firme, y mas que todo lo indicado inepta.» A semejante retrato, célebre por el mal gusto y profusion de sus antitesias, se opone el juicio aventajado que hacen de los talentos, prendas y nobleza de alma de que estuvo dotada la madre de Luis XIV: las memorias no hace mucho publicadas citan de esta reina unas espresiones muy notables: Mazarino trataba de penetrar sus intenciones relativamente al amor del joven Luis á la señorita de Mancini, sobrina de Mazarino, manifestándole el temor de que se empeñase fuertemente en casarse con ella, á lo que contestó Ana:



Ana de Austria, reina de Francia.

le habia dotado de felices disposiciones para ser rey; por otro lado, su aplicacion al trabajo y la manera con que trataba los negocios justifican plenamente que el cardenal es digno de reconvenccion por haber un tanto descuidado la educacion del monarca, y aun se le atribuye el designio de haberlo verificado con intencion. Luis poseia verdaderamente la instruccion de un rey, sin practicar las letras ni las bellas artes, pero las sentia y las apreciaba, y nada le faltaba de aquello que podia contribuir á la grandeza y al esplendor de su monarquía. En sus primeros años conoció la adversidad y la desgracia, y á esta circunstancia debió sin duda aquella perspicacia, aquella ciencia de los hombres, que le distinguieron casi constantemente, cualidades preciosas y que sirven hasta cierto punto para multiplicar las demas cualidades necesarias á un gran monarca.

Por lo tanto entramos ahora en aquella prodigiosa serie de conquistas, de batallas, de sitios, de combates, de acciones brillantes, que constituyen el periodo de cuarenta años del reinado de Luis XIV, y cuya enumeracion no es posible dar en el corto espacio de que podemos disponer para el presente artículo.

Vemos con sentimiento á Luis XIV, ayudado por ministros salidos de la clase de los nobles, proseguir con obstinacion y perseverancia, no ya por la violencia, sino por la estratagemas, la obra comenzada por Richelieu: el abatimiento y la dislocacion del cuerpo de la nobleza: atrajo á los grandes señores á la corte y supo deslumbrarlos, como nuestro Felipe II á los suyos, con los halagos de la etiqueta palaciega, dándoles para satisfacer su loca ambicion, en otro tiempo tan orgullosa, varias distinciones y un favor verdaderamente estéril. Luis XIV tenia ciertamente poderosos motivos para temer el espíritu altanero y se-



Enriqueta Maria, reina de Inglaterra.

chazó las condiciones humillantes que querian imponerle, y declaró que mas bien se sepultaria bajo las ruinas de la monarquía que deshonrar su corona. La Francia quedó reconocida á los grandes sentimientos

—Si el rey fuese capaz de tamaña bajeza, me pondría con mi hijo segundo al frente de la nación contra el rey y contra vos, ya sabéis cual es mi opinion con respecto á ese enlace.

Ana de Austria, fundadora de iglesias y hospitales, era tan apasionada al teatro y demas diversiones, que concurrió á este género de espectáculos aun durando el luto del rey su esposo, ocultándose detrás de una camarista. Murió víctima de un cáncer á los sesenta y un años de edad, el 20 de enero de 1666.

Maria Teresa de Austria. El himeneo del joven Luis XIV con la hija de Felipe IV, rey de España, formó una de las bases del célebre tratado de los Pirineos, concluido el 3 de junio de 1660, habiéndose verificado este casamiento enteramente político, el 26 del siguiente agosto. Para dar una idea del talento y carácter de la esposa de Luis XIV, bastará recordar su respuesta á una carmelita á quien habia suplicado que la ayudase á hacer el examen de conciencia. Habiéndole preguntado la religiosa si cuando joven habia tenido deseos de agradar á algun caballero de la corte de su padre.

—No, dijo, entre ellos no habia ningun rey.

Al saber Luis XIV la muerte de Maria Teresa, exclamó:

—Este es el primer pesar que me ha dado.

Pero á pesar de estas espresiones al parecer sentidas, es notorio que antes de cumplirse el primer año de matrimonio, ya el voluble esposo adoraba públicamente á la señorita La Valliere; y la infeliz reina entregaba al llanto y de la desesperacion las horas del dia y de la noche que el infiel esposo consagraba á los placeres. A La Valliere sucedió madama Montespan. Madama Maintenon era la única que daba algun consuelo á la reina, cuyos pesares sin embargo terminaron con la vida. Murió Maria Teresa de Austria el 30 de julio de 1683.

Mad. de Maintenon. ¿Quién puede negar su estimacion, dice un escritor moderno, á la fundadora de San Cyr? muger que despues de haber sido esposa de Luis XIV por espacio de treinta años, á la muerte de este monarca no le quedó mas hacienda que un reducido terreno de 9,000 libras de renta, y aun esta la poseía ya antes de su elevacion como aya de sus hijos; con todo Mad. de Maintenon no tuvo la suerte de ser amada.

que se habia hecho justamente acreedora: como bien hechora de la nobleza pobre de Francia, era el ídolo de

te modo sus cartas abundan en idénticos rasgos. Se ha supuesto que Mad. Maintenon hizo al rey de-

voto con el único designio de ser esposa suya; imputacion absurda, que se desvaneció solo al saber, que la reina vivia, y vivió todavia mucho tiempo cuando Mad. de Maintenon se valió de todo su influjo con el rey para inspirarle sentimientos de religion; y mas aun al ver que apenas lo hubo logrado lo reconcilió con la reina y estableció entre estos esposos la mas íntima union.

Voltaire dijo acerca de ella: «El mismo carácter que la hacia incapaz de hacer servicio alguno, la ponía en la imposibilidad de causar á nadie el menor daño.» Jamás causó daño á nadie, es cierto, ni aun á sus mas encarnizados enemigos, ni al mismo Louvois, pero, ¿cuántos servicios no prestó á los parientes, á los amigos y á los literatos! ¡cuántas gracias, cuántas pensiones no obtuvo siempre para otros! Dicen que abandonó á Fenelon y al arzobispo de Paris en la desgracia pero ¿cómo una esposa y súbdita podría conservar íntimas relaciones con los mismos que eran objeto de la cólera de un esposo y soberano? La esposa hizo mas de lo posible, empuñó sus ruegos con tan profunda afliccion, que el rey la dijo:

—¿Os moriréis por eso, señora?

Aseguran que desde la época del favor de Mad. Maintenon empezó á decaer el esplendor de aquel gran reinado; pero no fué así; la influencia de aquella señora duró el periodo de treinta y cinco años; vió quince de glorias y felicidades, y si al fin de tan largo reinado fué declinando de su elevacion, se debió á que ya no existia Luvois, Turenna y el gran Condé; á que Luis XIV iba envejeciendo; pero por su afecto á madama Maintenon nada perdió de su grandeza de alma, y nadie le niega una admirable magnanimidad en las contrariedades del destino; y no es posible recordar sin admiracion sus espresiones al mariscal de Villars en ocasion que este se dirigia á Flandes para reparar las desgracias de una guerra que sostenia la Francia sola contra todo el resto de la Europa.

—Ya veis á qué punto nos hallamos, dijo el rey al mariscal; marchad en busca del enemigo y dadle la batalla.

—Pero, señor, respondió el mariscal, este es vuestro último ejército.

—No importa, repuso el rey, no exijo que le derroteis, si solo que deis el ataque. Si la accion se pierde, me lo escribireis solamente á mí, dando órdenes al correo para que no se deje ver mas que de Blouin, quien me remitirá vuestra carta. Entonces monto á caballo, me paseo por en medio de Paris con la carta en la mano, y conozco al pueblo francés, os traeré doscientos mil hombres.

Se ha dicho que persiguió á los protestantes, cuando todas sus cartas y memorias prueban precisamente lo contrario, y hasta en favor de ellos habló un dia al rey con tal firmeza que no pudo éste menos de contestar:

—Señora, vuestras palabras son para mí muy sensibles: ¿serán tal vez algun vestigio de las simpatías hacia vuestros antiguos principios religiosos?

En las cartas dirigidas á su hermano, gobernador en provincia, decia: «Os recomiendo á los católicos y ruego no seais inhumano para con los hugonotes,» y en otra carta: «Compadeced á hombres mas desgraciados que culpables.... Enriquo profesó la misma religion, y con él varios grandes soberanos; no inquieteis, pues, á esa gente. Los hombres han de atraerse por medio de la blandura y la caridad; tenemos



Cristina de Suecia.

Pero añaden que Mad. Maintenon hizo nombrar ministro á Chamillard; gustaba personalmente al rey,



Madama de Grignan

las provincias, y ademas los viejos cortesanos consagraban mil elogios á su memoria; pero pronto se desencadenó la prensa contra ella en libros modernos que se multiplicaron y convirtieron en la lectura general de la Francia, y al cabo de unos treinta ó cuarenta años, Mad. de Maintenon, puesta en ridículo por unos, y calumniada por otros, fué conocida en todo el mundo.



Capilla subterránea del castillo de madama de Grignan.

Al empezar el moderno reinado de los filósofos, el ejemplo en Jesucristo, y tal es la voluntad del nombre de esta señora goza de toda la veneracion á rey: debemos convertir, no perseguir....» Y de es-

quien espontáneamente se propuso elevarle al ministerio, y siendo persona inteligente y de grande probidad, y apreciándole Mad. Maintenon por estas cualidades sería decoroso perjudicarle?

Mucho se ha declamado acerca del testamento de Luis XIV, asegurándose que le dictó madama Maintenon, cuando hay pruebas que dicen lo contrario.

La última esposa de Luis XIV murió el año de 1719 en el noble retiro de San Cyr.

No terminaremos sin contar la anécdota que ha dado á luz un académico francés en estos últimos días en un periódico de París, cuyo pasaje se refiere al casamiento de Mad. Maintenon con Scarron, el poeta bufon de la corte de Luis XIV, y autor de la célebre *Novela cómica*.

Dicen que una noche que había una grande reunión en su chirimía (pues la buena sociedad lo visitaba para escuchar sus agudezas), le presentaron una joven bonita y graciosa, de un talento elevado, y casi tan pobre como él, hija de un obstinado calvinista, combatido desde su infancia entre la desesperación, el hambre y la cárcel; abandonada de sus protectores después de su conversión al catolicismo, no conocía de la vida mas que los tormentos y las humillaciones. La última amiga que le prestaba asilo acababa de espulsarla; delante de esta desgraciada, Scarron sintió por la primera vez de su vida que sus párpados se humedecían, y sentándose al lado de esta joven la dijo:

—Vos no teneis mas recurso que el convento ó el consorcio. ¿Queréis ser religiosa? Yo rimaré para daros un dote. ¿Queréis mejor un marido? No puedo ofrecer os mas que la mitad de mi pan, y la cara mas fea del universo (1).

Francisca de Aubigné (así se llamaba Mad. Maintenon) se estremeció en un principio; pero prefirió el matrimonio al convento, y algunas semanas después se casó con Scarron del cual fué ángel tutelar hasta el último instante de su vida.

Scarron estableció francamente su dote en el contrato.

—Escribid, dijo al notario; cuatro luises de oro, dos ojos muy chiquitines, una soberbia estatura, dos hermosas manos, mucho talento y mucho corazón. —¿Qué viudedad? preguntaron riéndose los testigos. —La inmortalidad, respondió el poeta. El nombre de las mujeres muere con ellas; el de Mad. Scarron vivirá eternamente.

No creía decir verdad. Después de nueve años de matrimonio sin inquietudes domésticas, Mad. Scarron cerró piadosamente los ojos del pobre rimador cuyas últimas palabras fueron:

—¡Maldito hipo! Si no muero de esta, he de escribir una sátira contra el hipo.

Luego viendo á su muger que lloraba la dijo:

—Os permito que os volváis á casar, pues no quiero haceros llorar tanto como os he hecho reír.

«Mad. Scarron, viuda á los veinte y cinco años tuvo una vida ejemplar; rechazó los mas ilustres homenajes; pero circunstancias particulares la hicieron esposa de Luis XIV tomando desde entonces el nombre de madama Maintenon.»

Scarron no se había equivocado al predestinar la inmortalidad del nombre de su muger.

Mad. de Grignan. Mad. de Sevigné, llegaba apenas á sus veinte y cinco años, cuando perdió á su marido en un duelo, y quedó con un hijo y una hija, la que debía llamarse en cierto día Mad. Grignan.

Mad. de Sevigné educó á su hija del mismo modo que ella lo había sido, inspirándola sentimientos religiosos junto con un gran deseo de saber; profunda adhesión á sus deberes, añadiendo cierto respeto á los privilegios de su alcurnia; pero de manera alguna podía comunicarle ese amable abandono, esa gracia enteramente femenil, esa viveza de penetración que madama de Sevigné unía á su profundo juicio, se desconsolaba esta al notar la glacial frialdad de su hija, y apenas se atrevía á lamentarla en alta voz. Esta frialdad de Mad. Grignan grabada en su correspondencia, debía formar notable contraste al lado de la espresión de sentimientos de su madre.

Lo poco que nos queda de Mad. Grignan, nos basta para formar un exacto concepto, así de su carácter como de sus ideas: el sutil raciocinio, y las abstracciones de la metafísica agradaban mas á su carácter serio que las obras de imaginación. Compuso un resumen del sistema de Fenelon, sobre el amor de Dios, el cual muchos editores han unido á las cartas de Sevigné.

Después de haber brillado en la corte de Luis XIV y haber sido varias veces cantada por Benserade, se casó muy joven con Mr. de Grignan, separándose de la madre al cabo de poco tiempo, para acompañar á su esposo á Provenza donde tenía el mando de lugarteniente general en ausencia de Mr. de Vandoma, desde entonces madre é hija solo se reunieron momentáneamente.

El pesar que recibió Mad. de Grignan por la muerte de su hijo, brigadier de las armas reales y embajador de Francia en la costa de Lorena, la condujo al sepulcro á la edad de 57 años. Tuvo dos hijas, y una de ellas fué con el tiempo la célebre marquesa de Simiane.

Enriqueta María de Francia, reina de Inglaterra. Enriqueta María, hija de un rey de Francia que murió asesinado, esposa de un rey de Inglaterra que llevó su cabeza al cadalso, dió la vida á dos hijos que ocuparon

alternativamente el trono: una restauración elevó al primero, y una revolución derribó al segundo.

Esta princesa nació en París el 23 de noviembre de 1609, de Enrique V y María de Médicis, y el 11 de mayo de 1623 casó con Carlos Estuardo, á la sazón príncipe de Gales.

Cierto historiador francés hizo el siguiente retrato de Enriqueta en la época de su casamiento: «Tenía apenas 16 años, era de estatura mediana, pero bien proporcionada, era bellísimo su colorido, su cara larga, los ojos grandes y negros, dulces, vivos y brillantes, los cabellos negros, blanquísimo el esmalte de su dentadura, la frente y nariz bien conformadas aunque algo grandes y en toda su persona se traslucía algo de noble y magestuoso.»

Carlos la amaba apasionadamente, y aunque el afecto de Enriqueta no pareciese muy entrañable, no obstante, en los infortunios, desgracias y peligros de que fué víctima su esposo, dió pruebas de la mas sublime y tierna abnegación. La rebelión de Inglaterra cobraba cada vez mas bríos, y Carlos I se vió en la necesidad de salir de Londres y separarse de su esposa; y Enriqueta bajo el pretexto de conducir á Holanda á su hija primogénita recién casada con el príncipe de Orange, iba á buscar socorros de armas y dinero, y entonces segun espresion de Bossuet, se vió á una reina fugitiva no hallar refugio en tres reinos, y para quien su propia patria no era mas que un triste lugar de destierro. De regreso de su viaje á Holanda, arrebatóle dos navíos una deshecha tempestad arrojándola á las costas del mismo país que acababa de abandonar; y entonces fué cuando dijo para animar á la tripulación, *que las reinas no se ahogaban*. De regreso á Inglaterra sus enemigos la recibieron á cañonazos, y huyendo de una casa que ya no podía servirle de asilo, pasó la noche en un foso donde las balas la cubrían de polvo. Finalmente se reunió al rey, y nunca se separó hasta que dió á luz á su hija Enriqueta, después duquesa de Orleans. Apenas salió del alumbramiento tuvo que huir de nuevo, dejando en Exter á su hija recién nacida y prisionera á los diez y siete días de ver la luz del mundo. Escondida en una desierta choza á la entrada de un bosque oyó desde allí desfilar las tropas del conde de Essex que trataban de llevar á Londres la cabeza de la reina puesta á precio por la cantidad de 6,000 libras esterlinas.

Enriqueta en medio de mil riesgos, regresó á Francia para sufrir aun nuevos infortunios. Sola en el Louvre, separada de la reina madre y de Luis XIV, espulsado de aquel sitio por las asonadas de la Fronde, falta de todo, no solo temia los insultos del pueblo, sino la dureza de los acreedores. El cardenal de Retz refiere en sus memorias, que cinco ó seis días antes de la fuga de la corte habiendo ido á visitar á la reina de Inglaterra, la halló en la estancia de su hija y dirigiéndose á él le dijo:

—Ya lo veis; vengo á hacer compañía á Enriqueta: la pobre criatura no ha podido hoy levantarse por falta de lumbré.

La posteridad apenas podrá creer que la nieta de Enrique el Grande haya tenido que quedarse en la cama en el mes de enero por falta de lumbré en el Louvre y á vista de la corte de Francia.

Cuando Enriqueta supo la horrorosa catástrofe, esto es, la decapitación de Carlos I, su esposo, cayó accidentada, y desde este acontecimiento se apellidó con el sobrenombre de *reina desgraciada*, y vistió luto por toda su vida.

Cuando sobrevino la restauración de Carlos II Enriqueta María volvió á ver la Inglaterra pero no pudo resolverse á vivir en ella. En 1663 hizo su último viaje á Londres y volvió pronto á su patria; cayó enferma en Santa Colomba y habiendo tomado un grano de opio se vió atacada de un sueño tan profundo que vino á ser eterno, y Bossuet encargado de predicar la oración fúnebre de esta princesa derramó sobre aquellos despojos de una ilustre rama la inmortalidad de su genio.

Cristina, reina de Suecia, hija de Gustavo Adolfo y de Maria Eleonora, princesa de Brandeburgo; nació el 8 de diciembre de 1626. Adolfo partió para Alemania, y recomendó su hija encarecidamente al canceller Oxenstiern, pero el rey terminó su carrera en Lutzen, en 1632, y fué proclamada Cristina reina de Suecia, cuando solo contaba seis años de edad. Su educación se continuó segun las disposiciones dadas por su difunto padre, y la joven princesa, dotada de una imaginación viva, de una memoria muy feliz, y de una inteligencia poco común, hizo progresos maravillosos. Los estados reunidos en 1642, la empeñaron á tomar las riendas del gobierno, mas ella lo rehusó alegando su corta edad, de modo que hasta pasados dos años, no se encargó de gobernar el estado; pero señalando sus primeros pasos en esta espinosa carrera con una firmeza imperturbable, terminó primeramente la guerra con Dinamarca, empezada en 1644, y por el tratado que hizo celebrar en 1645, consiguió la cesión de muchas provincias. Espidió muchos edictos ventajosos al comercio, y perfeccionó las instituciones sábias y literarias creadas en los reinados precedentes. Entre los príncipes que aspiraban á su mano, su primo Carlos Gustavo se distinguía por su carácter noble, unos conocimientos estensos, y una gran prudencia; pero á pesar de todo, Cristina desechó su solicitud; mas en 1649 empuñó los estados á que le designasen por sucesor al trono. Las intrigas y los manejos de las miserables pasiones sucedieron á los trabajos importantes, á las miras nobles y útiles; cerca-

da la reina de embarazos y de dificultades, metida en un laberinto del cual no podía salir, declaró que iba á abdicar el gobierno, pero merced á los consejos de algunos de sus ministros, desistió de su propósito. Las ciencias, las letras y las artes, fijaron particularmente su atención, privándose frecuentemente del sueño para entregarse al estudio. Muchos agentes diplomáticos merecieron la confianza de esta reina, siendo uno de ellos nuestro enviado Pimentel, con quien tenía frecuentes conferencias sobre materias teológicas, lo que dió motivo para creer que este español fué quien la sugirió el proyecto de mudar de religion.

Resolvió nuevamente renunciar al trono y lo verificó; luego hizo una solemne abjuración y reconoció públicamente la religion católica en Inspruck en la catedral de aquella ciudad. Viajó por Roma y luego pasó á Francia donde fué muy bien recibida y agasajada por Luis XIV. Durante su reinado se había declarado tan pronto á favor de la Francia como á favor de la España, y mientras permaneció en París fué mediadora entre estas dos potencias, aunque Mazarino no perdona medio para apartar esta mediación. Dicen que se interesó tambien en las relaciones de Luis XIV con la sobrina del cardenal, y aun se supone que quiso comprometer al rey á que se casara con ella. De París pasó á Roma donde recibió noticias poco satisfactorias de Suecia, donde quiso regresar con visibles intentos de volverse á coronar lo cual no consiguió, volviendo después á Italia donde fijó su residencia. El 19 de abril de 1689 terminó sus días: su cuerpo fué depositado en la iglesia de San Pedro y el papa dispuso que le erigiesen un monumento á su memoria.

Hemos presentado, aunque en bosquejo, las indicaciones que ofrecimos relativas á la época de Luis XIV, y las noticias acerca de algunas de las personas que han tenido mas punto de contacto con este monarca memorable, con lo cual pensamos haber cumplido nuestra tarea.

I. A. B.

SEMANA LITERARIA.

UN MATRIMONIO DESIGUAL.

I.

Una noche del mes de agosto de 1723, se hallaban en una modesta habitación de Wisemburgo, en Alsacia, tres personas: un anciano con largos cabellos blancos, presentando en su noble cabeza todos los signos de la inteligencia; una joven, hermosa como las virgenes que pintaba Rafael, y un oficial, que apenas contaba veinte y cinco años de edad. El primero manifestaba en sus facciones atrevimiento y altivez, pero dulcificadas por una espresión de indefinible sufrimiento, y se hallaba sentado delante de una mesa, apoyada la cabeza en una de sus manos, jugando maquinalmente con la otra sobre los papeles que había encima de ella. A pesar de la especie de distracción en que se hallaba, escuchaba con interés lo que le decía el joven oficial, quien con un ademán respetuoso se mantenía de pie detrás de su silla. La hermosa joven, sentada en el hueco de una ventana, arrojaba frecuentemente furtivas miradas sobre los dos hombres, fijándose tan pronto en el anciano con una espresión de inefable ternura, tan pronto en el oficial con un interés que no podía reprimir, haciendo en vano todos los esfuerzos para comprender la conversacion que tenían entre sí, en voz baja y en idioma inglés. El anciano se llamaba Estanislao Lek... rey de Polonia, destronado por Pedro el Grande, y que vivía en Alsacia á espensas de una módica pensión con que le socorría la corona de Francia. La joven era su hija. El oficial era el conde d'Estrees, capitán en el regimiento que la corona de Francia había destinado como guardia de honor al destronado rey. El joven conde, á quien Estanislao honraba con una benevolencia particular, asistía todos los días á su casa, y había sabido dar al monarca y á su hija una alta idea de la Francia, de la que él era uno de los mas brillantes señores.

Parecía que en esta noche del mes de agosto de 1723, tenia alguna cosa muy importante que comunicar al noble anciano, á juzgar por su exterior inquieto, y por el cuidado que ponía en que la princesa no comprendiese nada. Llegado al punto de su situación, que parecia temer tanto como esperar, se detuvo, tartamudeó, y no pudo pronunciar sino algunas palabras en que parecia solicitar un favor.

—¿Un favor? exclamó Estanislao con alegre admiración. ¿Teneis un favor que pedirme, amigo mio? Bendito seas mil veces, si está en mi poder concedérselo.... Hace tanto tiempo que no he tenido esa felicidad, ese privilegio de los grandes de la tierra. Habladme sin temor, mi querido conde, al menos seré rey algunos instantes para poder hacer feliz á un hombre.

—Señor, respondió d'Estrees, dominado con pena su profunda emoción, en lugar de pensar en vuestro rango augusto, olvidadlo mas bien; es preciso que yo tambien me olvide de él, y que no me acuerde sino de vuestras inagotables bondades, para atreverme á hacer la confesion que voy á haceros. Amo á vuestra hija, señor, y vengo á pedir os su mano.

Cuando Estanislao oyó estas palabras, retiró viva-

(1) Scarron era extraordinariamente feo.

mente su mano, que apretaba la del joven, y con la dignidad de un rey que se levanta sobre las gradas del trono, le dijo:

—¿Amas á la princesa, señor conde?

Esta pregunta hecha con un tono desdeñoso, acompañado de una severa mirada, recordó al pobre capitán toda la distancia que le separaba de María Lek.

—Es verdad, señor, respondió, que mi ambición es insensata é increíble, si no tenéis la bondad de hacer desaparecer la desigualdad de nuestras clases. Cuando yo vine á Wisemburgo, y os vi por la vez primera, encontré un monarca que nada había perdido de su magestad, y en vuestra hija, una princesa digna de todos mis respetos; pero en este día, os pregunto, señor: ¿no habéis sido siempre para mí, bueno, sencillo y afectuoso? ¿No me habéis tendido la mano como á vuestro amigo?... Vuestro amigo... ¡Ah! En esta palabra está toda mi defensa como toda mi culpa. ¿Podía yo acordarme que fuésteis rey, mientras vos mismo no queríais pensar en ello, mientras me tratábais como un padre trata á su hijo? Y vuestra hija, á quien yo adoro como una diosa, como una obra maestra de la creación, ¿podía yo no amarla, cuando he aprendido á conocerla como la mejor, como la mas noble y modesta de las doncellas? Si os he ofendido, señor, escusad mi temeridad á favor de estas causas, y si yo soñaba dulcemente, por Dios no me despertéis.

La franqueza, la pasión que animaba la voz del joven, escitaba aun mas la atención de la princesa. Estanislao, que á pesar suyo se había conmovido, volvieron sus facciones á calmarse y tomaron la expresión benévola que le era habitual; echó una mirada sobre el capitán, que con los ojos bajos estaba en pie delante de él; tomó su mano, y le hizo sentar á su lado.

—Si, continuó el capitán, la amo; ella inspira el mas noble y divino sentimiento que podemos jamas experimentar.

—Sois un valiente y digno joven, d'Estrees; merecéis el amor de una reina, como mi hija merece el amor de un rey; pero yo ya no soy rey; hacia mal ahora mismo en imaginarme que lo fuese aun; no quiero dejar de ser para vos un amigo, mas que un amigo, un buen padre. Estas son las solas dignidades á que aspiro aun; ellas son las mas santas para mi corazón, que quiere cumplir con todos los deberes que imponen.

La voz del príncipe temblaba al pronunciar estas palabras: apenas podía contener sus lágrimas.

—Hablad, señor, exclamó d'Estrees, cuyo corazón palpitaba violentamente.

Estanislao arrojó sobre María una larga mirada, como para sacar de la vista de esta hija querida el valor de que tenia necesidad; y despues dijo al capitán con voz lenta y solemne:

—¿Amas á mi hija con un verdadero y sincero amor?

—La amo, exclamó el joven con un acento apasionado que hizo sonreír al rey; la amo con un amor noble y eterno.

—Pues bien, repuso Estanislao, como mi hija, lo mismo que yo, está obligada á renunciar á todos los honores del trono, no debo pensar sino en la felicidad de su vida; y nadie mejor que vos, mi querido, conde, puede ayudarme á hacerla feliz. Yo no puedo sin embargo, realizar vuestros votos sin una condicion; aunque la princesa, mi hija, está obligada á renunciar á los honores de la dignidad real, no puede á pesar de eso renunciar á un cierto rango que la asegure á ella y á sus descendientes una posicion digna de su nacimiento; procuraos el título de duque, y es vuestra; ya veis que no os pido un imposible.

—¡Ah, señor! ¿Qué no haría yo por obtener la felicidad que ambiciono? ¡Antes de un año seré duque, ó no viviré! El regente de Francia está lleno de benevolencia para mi familia, y me dará ocasiones de merecer el título de duque; para obtenerle me dirigire además incesantemente al rey.

El conde se levantó para ir á pedir una licencia á su coronel.

Hubiera querido arrojarle á los pies de la hermosa joven, y hablarla de su amor repitiéndola sus ardientes juramentos; pero Estanislao, que había adivinado lo que pasaba en el alma del joven, le dijo:

—Aun hay otra condicion, amigo mio: si mi hija no os ama, no temais que ame á otro, os respondo de ello. Sabéis que habéis logrado hacerla amar vuestro país; orgullosa de pasar sus dias de destierro en Francia, se encontrará feliz con ser la esposa de un francés. Pero no precipitemos nada; abandonad estos sitios como un amigo, y no volvamos á vernos hasta el día en que ninguna cosa en el mundo impida la realizacion de vuestros deseos.

Pocos dias despues el conde d'Estrees salia de Wisemburgo sin haber vuelto á ver la hija del desterrado rey.

II.

Llegado á París el joven capitán, marchó inmediatamente al palacio del regente de Francia, quien le acogió muy bien, y le prometió disponer al rey en su favor para la audiencia que solicitaba. A los pocos dias fué admitido en la cámara del rey, que le recibió en presencia del duque de Orleans.

—Señor, dijo el conde d'Estrees, vengo á solicitar de vuestra real bondad una gracia, de que depende la felicidad de mi vida; una gracia á que no me dan derecho ni mis servicios, ni mi nombre. Seré siempre, señor, uno de vuestros mas fieles servidores; mi san-

gre, mi vida pertenece á V. M. y á la patria; sabré en fin elevarme á la altura del puesto que ambiciono.

—¡Justo cielo! exclamó el regente con esa ironía acre y fria que le era tan familiar, ¿qué enorme favor venis á pedir, señor conde?

El título de duque, respondió d'Estrees.

El rey y el regente quedaron de tal suerte admirados que temieron un momento haberse equivocado, é hicieron repetir al conde lo que acababa de decir. El rey permaneció petrificado de sorpresa en su dorado sillón; el duque de Orleans se levantó, riéndose con su risa clara é insultante, y mirando al joven con aire burlon le dijo:

—Vuestra permanencia en la Alsacia os ha trastornado los cascos. ¿Cómo venis á pedir el título de duque despues de una campaña hecha al lado de la chimenea? Mucho me agradais, joven; tenéis grandísima imaginacion; ¿haceis versos, por ventura?

Luis XV puso tregua á las burlas de su tío, preguntando al conde qué motivo le obligaba á solicitar el título de duque.

—Verdaderamente señor, que el motivo solo es el que puede justificar mi temeridad. El amor ha hecho nacer mi ambición.

A estas palabras el regente sonrió desdeñosamente y levantó las espaldas; el rey al contrario manifestó la mayor atención, é hizo señas al conde de que continuase.

—Si, señor: yo me dirijo á V. M. en nombre del amor mas puro y mas ardiente. La que yo adoro merece una corona, tanto por sus cualidades como por su nacimiento.

—¿Con que es tan bella y de tan buena nobleza? dijo el príncipe con visible interés.

El joven oficial que notó que tenia por oyente á un rey joven, capaz de sentir como él una pasión, pintó con los colores mas brillantes y mas ricos el objeto de su amor.

—Lo repito, señor, dijo al terminar; una union con la que yo amo haria honor al primer soberano del mundo; y sin embargo, su padre tiene á bien concedérmela si obtengo el título de duque.

—En verdad, dijo el regente, que ese buen padre no es muy ambicioso.

—No, señor duque, porque ese buen padre se llama Estanislao, rey de Polonia.

—¿Y os ama su hija? exclamó Luis XV con asombro.

—No lo sé aun, señor; no conoce mis intenciones, mas espero que me amará, y de V. M. depende la felicidad de mi vida.

El rey permaneció mudo: fijó los ojos con una mirada investigadora sobre el joven, casi en su mirada se leía el odio; inclinó su cabeza meditabundo, y una débil sonrisa se pintó en su semblante; tal vez tuvo un momento de generosa bondad en que hubiese llenado los deseos del conde, si las palabras burlonas del regente no hubiesen distraído bruscamente su atención.

—Os suplico, señor, dijo, que no os dejéis llevar por lo que acaba de decir ese joven, y debéis mirarlo como una locura.

—¿Una locura? exclamó d'Estrees con una cólera mal contenida.

—¿Si una locura, replicó el duque de Orleans; una locura que me hace temer por vuestra razon. ¿Un gentil-hombre de antigua casa como vos casarse con la hija de un rey desterrado, arrojado de su trono, y que moriria de hambre si no la socorriésemos de limosna? No podríais hacer seguramente en toda Europa un matrimonio mas desventajoso; pensad que no tendreis ni un escudo de dote; y que os será preciso alimentar á vuestro suegro. Sed razonable, pobre joven; podeis ser infeliz de otra manera. A propósito, yo sé justamente un partido que os sentaria muy bien: la hija de un intendente general se me ha presentado por su padre hace algunos dias; un ángel de bondad, diez y seis años apenas y tres millones de francos de dote. Vamos, ¿olvidareis vuestra polonesa? ¿Os casereis con la señorita de Castagneres? Sereis millonario, el título de duque no se hará aguardar entonces. ¿No es eso, señor?

El rey no pudo dejar de sonreírse, aunque consideraba la petición del joven bajo otro punto de vista que la miraba su tío el regente.

La audiencia se hallaba terminada. El regente se levantó para acompañar á Luis XV; pero antes de que se marchara, dirigiéndose al conde, le dijo:

—Y bien, ¿cuándo os permitiré que seais infiel?

—Jamás, exclamó d'Estrees.

—Mañana; mañana por la noche venis á cenar conmigo al palacio del rey. Es una provocacion, señor conde.

—La acepto, replicó altivamente el joven; V. M. será el juez, añadió saludando profundamente al rey.

Luis XV quedó triste y pensativo, y salió sin responder.

III.

En el mes de agosto de 1724, un año despues de la noche en que comienza nuestra narracion, Estanislao y su hija se encontraban en su pequeña estancia de Wisemburgo. Comenzaban á caer las sombras de la noche, y oscura como ella estaba la frente del anciano, un pensamiento amargo y doloroso le ocupaba.

—Un ingrato mas, decia suspirando y andando á grandes pasos por la sala; ¡jamás lo perdonaré!... Empero olvidemos esto, añadió, adelantándose hácia su hija, á quien se puso á mirar con ternura.

—¿De quién hablais, padre mio, le preguntó esta con la mayor dulzura.

De un joven á quien yo amaba; del conde d'Estrees, que probablemente me ha olvidado ya.

—¿Lo creéis, padre mio? ¿No os escribe ya? Jamás habéis permitido que yo leyese sus cartas.

—No me ha dado noticias suyas hace seis meses; así, te digo que es un ingrato. Olvidale como yo le olvidaré, y no volvamos á pronunciar mas su nombre.

Habia pronunciado apenas estas palabras, cuando un criado entró y le entregó dos cartas, la una habia venido por el correo ordinario, la otra por un posta. Estanislao abrió desde luego la primera, y apenas fijó sus ojos en ella, exclamó con alegría:

—Le habia condenado demasiado pronto; perdon, mi querido d'Estrees; perdonale tú tambien, hija mia. Tal vez una enfermedad, una campaña, quizá una desgracia, le habrán impedido escribirme antes. Veamos pues.

Acabada de leer rápidamente la carta, palideció y la arrojó sobre la mesa dando un doloroso suspiro. El conde le escribia que renunciaba á la mano de su hija, y que le devolvía su real palabra; le decia que en vano habia procurado alcanzar el título de duque, y terminaba su carta hablando de su dolor, de sus pesares, de una manera tan fria, que en vano intentaba ocultar su inconstancia.

El regente, duque de Orleans, con sus palabras persuasivas, don que poseia en alto grado, habia logrado hacer aparecer ridiculos al conde todos sus sueños de amor; habia llegado á hacerle creer que la hija del rey destronado, Estanislao, era indigna de él, mientras que un matrimonio con la hija del intendente general, le proporcionaria el mas grande honor, y seria el escalon de su fortuna.

En vano intentó María calmar el dolor de su padre. —Infame, infiel, murmuró el príncipe, si tú supieses, hija mia... si supieses... é iba á contarla todo... Pero no, repuso de pronto volviendo en sí; un secreto tan vil no debe manchar tu alma purísima y casta; prométeme no hablar mas de la Francia sino para maldecirla.

—Pero, padre mio, exclamó la princesa con dolor; calmaos, y leed esa segunda carta que trae un sello con las armas del rey, y tal vez contenga mas felices nuevas.

—Será sin duda, dijo Estanislao obedeciendo maquinalmente á su hija, el pago de mi pension por un trimestre. Es preciso, Dios mio, que acepte aun durante algun tiempo esta limosna de los reyes, pero esto no durará eternamente; yo sabré procurarme por mi mismo los medios de mi existencia y la de mi hija.

Hablando así abrió la carta, y fijó con distraccion sus ojos en ella; despues se puso á leerla atentamente, y á medida que adelantaba en su lectura, una rápida mudanza se notaba en su semblante. Bien pronto experimentó una emocion enteramente opuesta á la que acababa de sentir, á la emocion que causa una felicidad inmensa, una alegría delirante, su rostro se cubrió sucesivamente de un encarnado vivo y ardiente, de una palidez livida, estremada; sus fuerzas le abandonaron, y cayó desmayado. Cuando volvió en sí, alargó la carta á su hija.

Esta carta venia de la corte de Francia, y solicitaba del rey Estanislao la mano de su hija María para Luis de Francia y de Navarra.

La audiencia concedida por el rey al conde d'Estrees habia hecho una profunda impresion sobre el joven y sensible monarca. Involuntariamente, á pesar suyo, sus pensamientos se ocuparon desde entonces de la princesa, de aquella que le habian pintado de una manera tan tierna, tan apasionada. Ella veia bella, pura, y se encontraba feliz cuando en sus sueños sonreia el dulce nombre de María, la amó sin conocerla como un corazón noble ama lo que es bello, lo que es puro, y cuando el duque de Borbon, sucesor del duque de Orleans, nombró á su rey y amó todas las princesas dignas de la corona de Francia, se encontró con que Luis XV pronunciaba un nombre que el duque no hubiera osado jamás pronunciar, un nombre sencillo, modesto, aunque augusto, el de María Lekzinska.

El rey de Polonia y su hija no podian ser vengados mas brillantemente de la inconstancia del conde d'Estrees. Ocho dias despues del matrimonio del conde con la heredera del intendente general de Normandia, tuvo lugar en la catedral de Estrasburgo el de María Lekzinska con el duque de Orleans, hizo del regente, enviado con poderes y en nombre y lugar de su augusto amo. María Lekzinska, desdeñada por un simple conde, encontró un poderoso rey que colocara sobre su frente la mas bella corona del mundo.

TRADICIONES POPULARES DE LA GRAN BRETAÑA.

EL LAGO DE KILLARNEY.

TRADICION IRLANDESA.

El lago de Killarney está situado en los confines del Oeste de Irlanda.

En el mismo sitio que ahora ocupa el pintoresco lago, habia hace muchos siglos un ameno y delicioso valle que yace hoy dia sepultado en el fondo de las aguas. Véase por que raro prodigio se verificó esta singular transformacion.

Altas y frondosas montañas encerraban por todas partes aquel valle, formando en él una especie de an-

teatro, tanto mas bello cuanto que lo habia construido la mano de la naturaleza. Segun las tradiciones antiguas, una numerosa falange de hadas y de encantadores y de bulliciosos duendecillos se reunia en él una vez al año y pasaba allí todo el intervalo de una larga noche. Aquel pueblo fantástico congregado desde todos los puntos del universo, venia á entregarse á sus variados y misteriosos juegos.

Tenian los duendes sus actores, sus bailes, sus cantos y otras m.l diversiones. Magníficos espectáculos, de que ningun mortal habia sido testigo jamás: pero los aires llevaban hasta muy lejos sus gritos de su descompasada alegría.

A la hora señalada se reunian viniendo allí desde veinte leguas en contorno y las gentes del pais los escuchaban atentamente, no sin una mezcla de terror y de espanto; pero como toda emocion tiene su encanto que solo sabe apreciar el que la siente, aquellos buenos montañeses sentian un verdadero placer en el mismo miedo que les acongojaba.

bre la pila. Si alguno llegase á faltar á la observancia de este precepto; si por efecto de su mala memoria, de un olvido imperdonable, los rayos del sol naciente llegaban á penetrar hasta el agua de la pila, una horrible catástrofe debia confundir para siempre á la culpable, á su familia y á la comarca entera.

Entre las sencillas y alegres jóvenes que venian por las tardes á sacar agua á la fuente, cantando las coplas melodiosas y entonando canciones del pais, se distinguia la bella Norah, cuyos negros cabellos se recogian graciosamente bajo una corona de fresno entrelazada de frescas y olorosas flores. Los jóvenes la admiraban, y sus compañeras la amaban tanto que de buen grado le perdonaban hasta su extrema y encantadora hermosura.

La casa en que habia nacido Norah, en la que vivia aun con sus ancianos padres, cuyo orgullo consistia en su hermosa hija, era, aunque muy sencilla, la mas elegante de todo el pueblo. Y aquella elegancia no provenia seguramente de su riqueza, sino del aseo y

turas en los combates. No hizo mas que presentarse el bizarro jóven, y su gallardo aspecto quedó grabado en la mente de la sensible Norah.

El corazon de la jóven no pudo defenderse, no pudo luchar con esta fuerte impresion, y hubo de entregarse al fin. Cuando llegaba la hora de ir á la fuente, ya no era sola Norah la que se dirigia á aquel sitio. Ovael la seguia al principio desde lejos; pasados algunos dias la seguia mas de cerca, y por último iba á su lado, y no pocas veces se sentaban juntos en el camino, para descansar y conversar amigablemente.

Los padres de Norah no aprobaban de modo alguno el amor de su hija. Oian siempre con desagrado las relaciones é historietas del soldado, en tanto que Norah las escuchaba entusiasmada, y que todas estaban llenas de atractivos para ella. Reprendieron severamente á su hija, y la prohibieron ver en adelante al objeto de su cariño.

Anegada en lágrimas, Norah prometió obedecer á sus padres, y para evitar una entrevista con el soldado, aquella tarde se dirigió á la fuente por un camino desconocido, y cuando llegó á ella se sentó sobre la piedra, despues de haberla levantado. Las lágrimas corrian en abundancia por sus mejillas. Así pasaban las horas insensiblemente, y las estrellas reflejaban ya su rutilante luz sobre las aguas de la pila.

Sumergida en este profundo letargo, no habia notado hasta que ya no pudo evitarla, la repentina aparición de su amante.

—¡Oh! ¡no vengais aquí! gritó Norah; ¡alejaos pronto de este sitio! ¡yo no debo veros! ¡Dios mio! ¡porqué me he detenido yo tanto en esta triste soledad! Alejaos, Ovael, os lo repito; así me libertaréis de temblar en vuestra presencia ya que me habeis hecho derramar tantas lágrimas, porque vos sois, vos tan solo, quien me ha enseñado á llorar.

—Por piedad, no me hableis así, mi querida Norah; venid, venid conmigo; volvámonos juntos á la aldea.

—¡Nunca! respondió la jóven con aire de entereza, levantándose vivamente de la piedra, ocultando mal la dolorosa opresion de su alma. Yo, que siempre he cumplido religiosamente mis promesas, la he violado en este instante, y vos solo teneis la culpa. Yo habia jurado no veros jamás, y ahora mismo os estoy mirando.

Diciendo esto echó á correr con la velocidad del rayo. Ovael la seguia y logrando alcanzarla, tomó sus manos entre las suyas procurando calmar su inquietud.

Un terrible y siniestro pensamiento cruzó en aquel instante por la mente de Norah.

—¡La fuente! ¡la fuente! exclamó: he olvidado poner la piedra de la fuente, pero aun no es de día: aun puedo llegar á tiempo.

Y corriendo con la velocidad del rayo estaba ya en la esplanada que conducia á la fuente de que tanto se habia alejado en su agitada carrera, gritando sin cesar ¡la fuente! ¡la fuente!

En este instante percibió una rojiza claridad que teñia de vivo color la cumbre de la montaña vecina.

—¿Es esa la luz del alba Dios mio? preguntaba Norah con angustioso afán, ó son ya los rayos del sol?... «No, el sol no puede salir aun: todavía podré llegar á tiempo.

Habia dado algunos pasos mas internándose en el valle, cuando apareció á su vista la fuente.

A su aspecto quedó Norah enteramente inmóvil; sus ojos perdieron el movimiento de sus órbitas; una de las manos quedó clavada en su frente en señal de desesperacion, y la otra estendida señalando á la fuente. Al verla en aquel estado de terror y de anonadamiento se hubiera creído que era una estatua; en la que por un prodigio singular, se habia trasladado al mármol la espresion del dolor mas vivo. ¡Ay! los ojos de Norah acababan de ver el sol, el sol de un día claro y hermoso, en que ninguna nube venia á interceptar su claridad refulgente. Los rayos del sol daban en aquel instante sobre la pila de la fuente, que esparcía sus aguas por el valle en levantadas y espumosas ondas, que lo inundaban con el horrisono estruendo de un torrente desbordado.

Los aldeanos acudieron en numeroso tropel; pero nada bastaba á reanimar á Norah; ni los gritos de los hombres ni el estrépito de las aguas. Su mano señalaba siempre á la fuente y parecia ignorar el riesgo que la amenazaba; porque las aguas llegaban ya cerca de sus pies; Norah permanecia en el mismo estado de inmovilidad é indiferencia. Ovael llegó en este momento á su lado y la tomó en sus brazos. Norah volvió en sí con aquel brusco y repentino movimiento.

—¡Salvad á mi padre! ¡salvad á mi madre! gritó con voz trémula y suplicante. Dejadme á mi para que muera en este sitio.

Pero Ovael, animado con su preciosa carga, subió rápidamente la montaña que rodeaba el valle.

El agua le seguia con estrépito, como amenazándole con la venganza.

Cuanto mas subia Ovael, mas se aumentaba la crecencia de las aguas.

Cuando llegó á la cumbre de la montaña se detuvo lleno de terror y de espanto.

Puso á su amada en el suelo y miró en derredor suyo.

¡Horrible espectáculo!

El valle habia desaparecido completamente.

El pequeño espacio en que se encontraban no formaba mas que un islote en medio de un lago inmenso como el mar, y aquel islote se iba disminuyendo por instantes.



Norah.

En el centro del valle de Killarney habia una sencilla fuente, cuyas aguas, puras y cristalinas, despues de correr sobre una arena de oro, venian á parar á una pila de purísimo mármol blanco. Cuando caian allí no volvia á salir jamás, ni rebotaban por los bordes ni se salian por abertura alguna; y sin embargo, la pila no era muy larga ni muy profunda.

Estos misterios dieron origen al nombre que se le puso denominándola la fuente encantada. Una piedra le servia de cobertera, que aunque muy pesada en la apariencia, podia sin embargo levantarse fácilmente.

Referíase desde mil años atrás en la comarca que una hada protectora de la fuente permitia á las jóvenes de la vecina aldea sacar durante la noche toda el agua de la fuente que necesitasen para el uso de sus casas; pero bajo la espesa y rigurosa condicion de que volverian á colocar cuidadosamente la piedra so-

limpieza debidos á los cuidados de Norah; de suerte que hasta la madre-selva que crecia delante de su puerta, entrelazando con ella sus verdes ramas, parecia mas verde, mas fresca y mas lozana, porque Norah la cultivaba con sus lindas manos.

Norah se hubiera guardado muy bien de olvidar el terrible precepto de la hada, dejando de colocar la piedra sobre la pila despues de sacar el agua. Practicada, pues, esta importantísima ceremonia, se volvia sin dilacion, siempre cantando, bailando y riendo, sin abrigar en su pecho el menor disgusto ni el mas leve cuidado que pudiese alejar el sueño de su lecho.

Tanta y tan envidiable dicha, tan pura y serena felicidad, no podian durar mucho tiempo en el corazon de una niña. El amor debia venir alguna vez, y vino al fin con un jóven y valiente soldado, que vestia un lujoso traje militar, que se llenaba de orgullo al referir sus brillantes hechos de armas, y sus aven-

Lo mismo sucedía con las demas montañas.

Sus cumbres presentaban otras tantas islas esparcidas sobre el lago; pero menos altas que aquella en que Ovael se había refugiado buscando un asilo momentáneo, se sumergieron antes que la suya, que fué la última en sumergirse, para que el suplicio fuese todavía mas imponente, mas doloroso y mas horrible.

—«Oh mi único amor! ¡mi Norah! dijo Ovael besando la frente pálida de su amante. ¡Que no pudiera yo transportarte hendiendo los aires! ¿No habrá ya esperanza de vida para nosotros?

—¡Mi padre! ¡mi madre! respondió ella con el acento del dolor mas profundo, ¡todos han perecido! y es mi desobediencia la que les ha dado la muerte.

—¡Pobre Norah!...

—¡Desgraciado Ovael!...

En los brazos uno de otro, los dos amantes esperaban allí su inevitable muerte. Las aguas van subiendo poco á poco: muy pronto la isla no forma ya mas que un punto, y en breves instantes aquel punto se ocultaba bajo las aguas...

El horrible suplicio de los culpables, y sus cuerpos flotando sobre las aguas aplacaron al fin la inexorable hada: su venganza quedó satisfecha y la inundación cesó. Pero el valle no ha vuelto á parecer jamás desde ese día: ha quedado oculto para siempre en el fondo del lago de Killarney.

La tradición irlandesa cuenta que todos los años en el aniversario de este funebre acontecimiento un raro y hermoso pájaro viene á entonar su canto dulce y melodioso sobre el sitio en que se ahogaron el soldado Ovael y la bella pastora Norah, como para renovar en aquel instante su triste memoria.

Estos dulces y lastimosos cantos vienen á ser un epitafio viviente que cada año se renueva sobre la tumba de los desgraciados amantes.

EL CASTILLO DE DUNSTAN.

CRÓNICA ESCOCESA.

Sobre las cimas de las escarpadas rocas se descubren apenas los últimos rayos del sol poniente. El valle empieza á cubrirse de sombras y de oscuridad bajo el espeso manto de la noche. La voz del labrador cesa ya de oírse: al bullicio y la animación del día sucede el silencio y reposo de las tinieblas. Un viento frío y húmedo agita la superficie de las aguas, y mueve con violencia las copas de los árboles.

Un denso vapor se eleva sobre el lago á manera de un velo que lo envuelve y que vá subiendo poco á poco hasta la cumbre de la montaña.

Al pié de ella y sobre una pequeña esplanada cubierta de escarcha, ¿no veis ese antiguo edificio, cuyas ennegrecidas torres se elevan en la oscuridad como fantasmas gigantescas? Pues hace muy poco tiempo que todo en él respiraba placer y regocijo, apenas pasaba un día sin que el eco de las montañas repitiese el confuso murmullo de las armas, de los caballos y de los perros de caza.

En el día está abandonado, y vamos á referir la desastrosa causa de este abandono.

Hacia algunos días que el señor de Dunstan habitaba solo el castillo. Este señor, lleno de orgullo, dotado de un corazón inflexible, pero cuyas costumbres severas servían de ejemplo á los demas, estaba solo durante la ausencia de su mujer Olivaya, que había sido llamada junto al lecho de su madre moribunda, y había salido con un numeroso acompañamiento y con toda la pompa correspondiente á su clase. El baron tenía un hijo; pero Roberto, ansioso de gloria, había seguido á Ricardo en Palestina, donde se hallaba combatiendo bizarramente por la fé.

Daba el reloj las diez cuando el anciano baron, despues de haber concluido su cena rodeado de un corto número de sus vasallos, y de haber rezado sus oraciones, se volvía poco á poco hacia su chimenea, donde ardía un vivo fuego, porque la noche era fría en extremo, y el viento azotaba con violencia los vidrios de las grandes claraboyas.

Tristemente sentado en un gran sillón bajo el dosel que designa y distingue á los gefes de la familia, dirige sus pensamientos hacia los pasados y venturosos años de su larga vida. Piensa en que mañana se cumplen los doce lustros de su existencia, y que por la primera vez en su vida no se verá rodeado de su esposa, de su hijo, de su familia y de sus nobles vecinos en semejante día; que la sala de los festines no resonará con los gritos de los convidados, ni circularán por la mesa las copas llenas de exquisitos licores.

Oyese de pronto en lo alto de la torre el silbido del enano, y los buhos asustados responden con sus lúgubres chillidos á este ruido inesperado.

—¿Qué es eso, page? gritó el baron.

—Es un mensaje, señor, de vuestro fiel escudero Wiberto.

—¿Id pues.

La fisonomía del baron no experimentó la menor alteración; leyó con aparente indiferencia aquel mensaje que le causaba el golpe mas funesto y mas doloroso que había recibido en su vida; porque una larga experiencia le había enseñado á dominar sus emociones. Las horas pasaban, y permanecía sentado en su sillón con aire melancólico y sombrío y la vista fija en el suelo, como uno de los antiguos retratos colgados

en las paredes de su castillo. Meditaba la manera de vengar un ultraje.

Bien pronto se oyeron sonar las cadenas: el puente levadizo se baja rechinando, y una gran cabalgata penetra en el interior del pórtico. Era Olivaya que volvía con su numerosa comitiva.

Dunstan la recibió fijamente, porque entre su esposa y él estaba el mensaje fatal.

—Y bien, Wiberto, gritó el baron en su impaciencia cuando quedó solo con el escudero, ¿es cierto todo esto?...

—Si, señor. Hace ya cinco días que un caballero con armadura negra, sin divisas, y con la visera siempre calada, se ha unido á la escolta de mi noble señora, y desde ese momento parece ser el objeto de su particular favor. A veinte millas de aquí, en el castillo del conde Olbrigde, donde hemos descansado esta noche, la mayor parte de ella la ha pasado en su misma habitación.

—¿Pérfido!... Pero ¿dónde está?

—Aquí.

—¿En mi castillo?

—En lo mas alto de la torre, sobre la habitación de la baronesa.

—¿Aquí mismo! ¡En mi castillo!... No volverá á salir de él.

Cansada de un viaje largo y penoso, Olivaya se retiró á su habitación, y mientras las mugeres que la sirven la desnudan, ella les refiere las fiestas del día siguiente, la vuelta de Roberto y la sorpresa agradable que prepara á su esposo.

De repente se oyó un ruido extraño debajo de sus ventanas. El baron entra en su aposento, una risa infernal vaga en sus labios: con mano convulsa agarra la de Olivaya y la arrastra con violencia hacia el balcón, desde donde á la claridad de las antorchas que habían llevado al efecto le muestra con el dedo los restos sangrientos de un hombre horriblemente destrozado.

—¡Dios mio! esclama Olivaya cayendo sin sentido al pié de la ventana, ¡Roberto! ¡nuestro hijo Roberto!!!

Un estremecimiento convulsivo agita instantáneamente todo el cuerpo del anciano.

—¡Nuestro hijo Roberto! ¡Nuestro único hijo! esclama; y sintiéndose próximo á desfallecer ordena á sus criados que le conduzcan á su régio sillón.

La ira y el remordimiento, el furor y la venganza, el dolor y la rabia se sucedían sin intervalo de reposo en el angustiado corazón del conde. Sin tener en cuenta que su indisculpable ligereza, que sus infundados celos fueron la causa de aquella horrible desgracia, ordena que sufra Wiberto el mismo castigo que su delación había hecho sufrir á su desventurado hijo.

Pero este doble crimen solo venia á aumentar la desesperación del conde y á acrecentar su remordimiento.

Pálido y desencajado, impresas en su semblante las señales del dolor, el aspecto del conde infundía en aquellos instantes compasión y tristeza.

Temeroso en la rectitud de su conciencia de no poder soportar la presencia de una mujer virtuosa á quien había vituperado hasta creerla capaz de mancharse con un crimen abominable, se negó á ver al único objeto de amor que le quedaba sobre la tierra, la que hubiese podido restituir la calma á su corazón y la paz á su agitada conciencia.

El estado del conde se agravaba de día en día. Solo en su oscura y silenciosa habitación, separado del trato de todo viviente humano, se negaba las mas veces hasta á tomar el alimento, y pasaba noches enteras sin poder conciliar el sueño. Despues de permanecer largas horas en el sillón con la vista fija en el suelo, se levantaba de pronto y comenzaba á pasear agitadamente por su estancia, haciendo los mas descompasados y grotescos ademanes. Las fuerzas se debilitaban por instantes, y en el espacio de quince días se hubiera creído reconocer en él el trascurso de veinte años de pesares y de largos padecimientos.

La infeliz Olivaya espiaba á todas horas los momentos de acercarse á él y de prodigarle sus consuelos. Había descubierto la causa de aquella horrible desgracia, á cuyo autor perdonaba en el fondo de su alma, invocando para él en sus oraciones la clemencia divina. Pero sus tentativas eran inútiles. Las puertas de la habitación del baron no se abrían nunca para ella.

Había trascurrido un mes. Era una triste y silenciosa noche de diciembre y acababa de sonar la hora de las doce, cuando se oyó el silbido del enano desde lo alto de la torre, á que respondieron las aves nocturnas con su siniestro canto.

En medio del profundo silencio de la noche aquel ruido hizo en el ánimo del baron una impresion profunda. El mensaje de Wiberto, la llegada de su esposa, la muerte de su hijo, se retrataba en su imaginación con vivos y horribles colores.

Aquel nuevo mensaje anunciaba á Olivaya la muerte de su madre, á quien había dejado en un intervalo de aparente y notable mejoría.

Traspasada con este nuevo dolor, se dirigió sin vacilar al cuarto del baron, y logró penetrar en él para prepararlo poco á poco á esta triste noticia.

Pero el baron se hallaba en un estado de fiebre mortal. La emoción que acababa de experimentar era superior á sus fuerzas. Debilitado por el insomnio y la falta de alimento, pálido y horriblemente desfigurado, yacía en un estado de postración profunda. En vano se le prodigaron todos los remedios y los auxilios del arte.

—¡Roberto!... ¡Olivaya!... ¡Roberto!... mi hijo Roberto!! tales fueron las últimas palabras que pronunció en aquel estado de desfallecimiento y de agonía. Pocos instantes despues dejaba de existir.

A los quince días de este lamentable suceso, Olivaya se había retirado con toda su comitiva á una casa de campo distante diez leguas del castillo.

Desde entonces la soledad y el silencio reinaron siempre en torno de esta triste y desconsolada mansión.

Pero la tradición escocesa cuenta que durante las largas noches del invierno, y por lo regular en los meses de diciembre y enero, cuando el viento azota con furia las ventanas del castillo y resuena con espantoso ruido entre sus desahajadas viviendas, se oye de cuando en cuando un silbido semejante al del Enano, á que responde la triste canción del buho solitario; y entonces se percibe el eco de una voz lastimera que grita con tristísimo acento. ¡Roberto!... ¡Roberto!...

A.

LA PASCUA DE RESURRECCION (1).

Al santo tiempo de abstinencia y contemplación cristiana, que comprende la cuaresma, sigue el de la pascua, en que los fieles celebran la gloriosa resurrección del Salvador del mundo. La palabra hebrea *Pessar*, que significa pasaje, indica que los hijos de Israel pasaron de la esclavitud á la libertad, alcanzando su independencia; razon por lo que se instituyó entre ellos una fiesta nacional, en la que no podían tomar parte los extranjeros que no habían adquirido carta de naturaleza y de religiosidad. En esta fiesta se pintó el carácter del pueblo hebreo, que celebraba religiosamente los beneficios de la tierra y de su fecundador, así como de la libertad y de la ley; fuentes de vida de una sociedad bien constituida. Los sabios hebreos dispusieron la celebración de su pascua en aquella época en que los trabajos agrícolas se suspenden en cierto modo, con el fin de que sin perjudicar á la agricultura, que produce la verdadera riqueza, se hiciesen todos los actos cívicos y políticos que exigía la forma de su gobierno y de sus creencias, de suerte que á la vez que celebraban sus actos de piedad y civiles, satisfacían á sus deseos por medio de sus divertidas fiestas. La pascua entre los judíos empezaba el primero de abril, que era el de su año, y concluía el siete, el que, así como el primero, consagraban al descanso.

Todas las costumbres de los judíos, todas sus ceremonias en esta época, recordaban su salida de Egipto. Por esta razon, en la víspera del día primero se gustaba yerba amarga empapada en vinagre, para simbolizar la amargura de la esclavitud; se recordaban cantando las diez plagas de Egipto, y comían el cordero pascual en pie y con el báculo en la mano, manifestando en esto hallarse prontos á partir. El segundo día, el sumo pontífice ofrecía un puñado de espigas, haciéndolas dar vueltas en su mano, para indicar la hora en que ya no se prohibía comer pan ó granos de la nueva cosecha, preparados de diversos modos, no debiéndose admitir en los mas suntuosos banquetes sino un pan sin levadura, ó sea pan de esclavitud, para espresar el que sirvió de alimento á los judíos en la esclavitud de Egipto; este pan sin levadura debía comerse los siete días de la pascua, cuyos panes se denominaron *ázimos*.

Los cristianos establecieron despues la pascua en celebridad de la resurrección de Jesucristo, verificándose en los primeros siglos de la iglesia en la misma época que la de los judíos, razon por la que conservó el nombre. Siendo la resurrección de Jesucristo el fundamento de nuestra fé y esperanza, debieron los apóstoles celebrar su aniversario con gran cuidado, y de ellos proviene sin duda el origen de esta festividad. En los antiguos tiempos recibían en la pascua los catecúmenos el sacramento del bautismo, los obispos ordenaban á los nuevos sacerdotes, se daba libertad á los esclavos; y desde que el cristianismo triunfó en Europa del gentilismo, ha sido costumbre poner en libertad á los presos de causas leves; uso que todavía se practica en España en la visita de cárceles que hacen el Sábado Santo.

Disminuido con el tiempo el fervor de los fieles, tuvo necesidad la iglesia de obligarles á recibir una vez al año, la santa Eucaristia que recuerda la celebración de la cena del cordero Pascual del Señor con sus apóstoles; por eso en esta época se verifica el cumplimiento de iglesia ó la comunión de todos los fieles, que acuden, despues del Sacramento de la Penitencia, á recibir el pan de gracia de manos del sacerdote. Los niños de ambos sexos son llevados al templo, y en particular por sus padres y tutores, ya en comunidad con sus discípulos por sus maestros, vestidas de blanco las doncellas y todos coronados de rosas blancas, símbolo de su pureza é inocencia, y allí reciben la vez primera este augusto sacramento. Los enfermos é impedidos que no pueden por sí mismo ir en esta época á cumplir con el santo precepto son visitados en sus propias casas; y de aquí nacen las solemnes procesiones que hacen en esta época las sacramentales de todas las parroquias de España para llevar á los enfermos y encarcelados el Santo Viático.

La iglesia de Oriente celebraba la Pascua el mis-

(1) La abundancia de materiales impidió que tuviese cabida este artículo en el número anterior.

mo día que los judíos, y la mayor parte de las de Occidente en el domingo siguiente al aniversario de la resurrección, pero esta variación solo duró hasta el año de 325, en que el concilio de Nicea decidió que se celebrase la pascua el domingo siguiente al 14 de la luna de marzo, de suerte que sujetándose ambas iglesias á esta decisión, solo han variado alguna vez por el falso cálculo de las fases de la luna. A este efecto en la célebre escuela de astronomía de Alejandria se fijaba el día de la Pascua cada año, lo notificaba al papa el patriarca de aquella ciudad, para que la indicase á todas las iglesias del Occidente, haciéndolo él en las de Oriente, y desde entonces se denomina Semana de Pascua el tiempo que media entre el domingo llamado así y el de Cuasimodo.

La católica España desde el principio del cristianismo solemnizó religiosamente la pascua, aniversario de la resurrección del hijo de Dios. El pueblo, que después de llenar sus deberes piadosos en el templo, festeja á impulso de su natural jovialidad, todas las solemnidades con prácticas exteriores, ha inventado en esta, como otras fiestas, el modo de expresar su alegría simbólicamente, y de estas prácticas vamos á hacer una relación sucinta.

El Miércoles de Ceniza queda enterrada la sardina en Madrid á las márgenes del pacífico Manzanares, y pendiente de decapitación y de cuarteo á la vieja cuaresma que ha ido perdiendo sus siete piernas en cada una de las siete semanas de este tiempo santo.

Por lo que respecta á la pobre vieja, diremos que era costumbre hasta no hace muchos años, el que después de echar las campanas á vuelo el Sábado Santo para celebrar la resurrección, en todas las casas se descolgaba la vieja, símbolo de la cuaresma, hecha de cartón ó de papel, y entre la algazara y alegría de las familias se la cortaba la cabeza. Los moros para mayor diversión sacaban un pelele ó maniquí en forma de vieja á la plaza pública, y después de hacer con ella mil jugaretes la cortaban la cabeza y encendiendo una hoguera al anochecer, la quemaban bailando á su alrededor, interviniendo en muchos pueblos la justicia á la fiesta para evitar desórdenes, y en no pocos el cura del pueblo que echaba la bendición á los fieles. Como en alguno de estos grotescos actos hubieron de ocurrir lances impíos en que se escarneciese á los ministros del culto, si estos no guardasen la debida compostura á la gravedad de su carácter, en 1531 hallamos un bando en que por el corregidor de Madrid, con anuencia del Santo Oficio, se prohibía esta costumbre, imponiéndose penas á los eclesiásticos que asistiesen á la ceremonia de *partir la vieja*; pero como las leyes suelen durar poco cuando se oponen á la costumbre, debió caer en desuso la prohibición, cuando en 1582 se volvió á recordar el bando, y por escasos cometidos en la vieja de 1696, se formó una causa por el Santo Oficio que por este hecho entró en una ruidosa y larga competencia con el supremo tribunal del consejo de Castilla, que puso en gran conflicto al místico rey Carlos II, que decidió á favor de la Inquisición. Después de esta época hemos leído relaciones de esta fiesta de los últimos años de Felipe V, y hemos presenciado la quema de la vieja en un pueblo de la provincia de Madrid en 1819, siguiéndose aun entre algunos cristianos rancios la costumbre de cortar la cabeza á la vieja que los sirve de termómetro en la cuaresma.

Enterrado el pedazo de tocino llamado la *Sardina*, el Miércoles de Ceniza, bajaban, hasta hace pocos años, los alegres madrileños á desenterrarla el Domingo de Pascua por la tarde cargados con rollizos cabritos bien asados y sendas botas de vino, y reuniéndose en la pradera llamada hoy del Canal, bailaban alegremente descansando de la diversión tan solo para comer. El último plato había de ser precisamente de sardinas; pero antes de comerlas era de reglamento entre los bulliciosos jóvenes el verificar el desentierro de la de tocino que consistía en un buen pernil que ocultaban en un hoyo sacándolo después para devorarlo en medio del bullicio y de la algazara.

Concluye la fiesta enterrando en el espresado hoyo los huesos de los cabritos mezclados con las espigas de los peces.

La vuelta á Madrid la hacia el pueblo, cantando picares y graciosas seguidillas al compás del alegre panderillo y de la sonora guitarra. Los dos primeros bandos citados anteriormente se refieren tambien en su prohibición á esta costumbre, que algunos recuerdan aun, bajando á pasear y merendar á la pradera del Canal el Sábado Santo y los días de pascua.

Los valencianos y en particular los de la villa del Grao, asisten con sus mogigangas y disfraces el día primero de pascua á la procesión del Santo Viático que se lleva á los impedidos y enfermos, á cuyo efecto van con sus banderas blancas las compañías de soldados vestidos á la romana. Después vuelve á salir de la parroquia en procesión, á aparecerse á la Virgen, que escoltada por una compañía de los referidos soldados con su música á la cabeza, le sale al encuentro: en este acto se sueltan multitud de palomas y de pájaros para manifestar la libertad que nos alcanzó el Señor con su pasión y muerte: volviendo al templo las dos procesiones reunidas, se termina el acto religioso con el santo sacrificio de la misa y el pueblo se entrega después á la alegría y á la diversión.

Si bien en muchos pueblos de España se celebra la procesión simbólica de la aparición de Jesucristo á la Virgen después de su resurrección, en parte ninguna se verifica como en la ciudad de Tudela de Navarra, en su extraña ceremonia de la *bajada del ángel*,

que se verifica del modo siguiente. Sale la procesión de la catedral el Domingo de Pascua, y dirigiéndose á la plaza del mercado, se coloca enfrente de la casa del ayuntamiento, en la que se vé en un balcón una especie de tabernáculo cerrado, y en otro un pulichinela ó maniquí que á merced de sus goznes y de un torno que le dá movimiento, dá mil vueltas excitando por sus extrañas posturas la risa de los espectadores. Al entrar en la plaza la procesión, sale por la parte opuesta una cofradía conduciendo sobre andas á una imagen de la Virgen, cubierta con un velo negro; y al encontrarse ambas procesiones, se abre el referido tabernáculo del balcón de ayuntamiento, símbolo del cielo, y aparece un niño como de doce años vestido de ángel. Desciende el ángel hacia la Virgen sostenido por cables ó cuerdas que lo sujetan á unas nubes. Lleva el ángel en la mano un hachón de cera encendido con el que rocía al que á su paso no baja la cabeza ó se pone fuera de tiro, y haciendo cortesías á la Virgen, la descubre quitándole el velo que la oculta. Entonces se echan á vuelo todas las campanas de la ciudad, el concurso prorrumpe en gritos de alegría, y el maniquí se agita extraordinariamente hasta el punto de destrozar sus vestiduras. Verificado este acto, los de la casa del ayuntamiento tiran de las cuerdas y vuelven el ángel al tabernáculo cuyas puertas se cierran tras él. Seguidamente las procesiones vuelven á la catedral por distinta carrera.

En la iglesia antigua era costumbre darse la paz los fieles en la Pascua, es decir, que haciendo tregua á todas sus discordias generales ó de familia, amigos y enemigos se besaban al encontrarse, recordándose mutuamente la santidad del día; pero esta costumbre cayó en desuso y solo queda de ella alguna reliquia en Rusia, en cuyo imperio es aun costumbre abrazarse y besarse los amigos y conocidos el domingo y lunes de Pascua diciendo: *Christos loskress* (Cristo ha resucitado). De esta festividad se originan tambien los huevos llamados de Pascua que hasta hace poco se vendían en estos días, y se venden aun en algunos pueblos de España y de Francia.

Todavía se conserva entre nosotros el uso de regalar tortas, llamadas *monas*, en las que se incrustan huevos cocidos con su cascara. Tiene esto su origen en la rigurosa abstinencia que antiguamente se observaba en la cuaresma, por cuya causa el Sábado Santo se bendecían todos los huevos que se habían recogido durante la misma, y se distribuían entre los parientes y amigos el día de Pascua, costumbre de los que quedaban rezagados en nuestros pueblos, en que se hacen todavía regalos de este género. En algunos países se pintaban los huevos de amarillo, encarnado ú otro color; y de aquí el nombre que se les dió en Francia de huevos rojos ó de Pascua, siendo costumbre presentar al rey unas pirámides de huevos dorados, que el rey distribuía en seguida entre los grandes de su corte. Segun algunos escritores, el nombre de *monas* que se dió á estas tortas, se tomó de la figura que tenían; pero en la mayor parte de España, en particular en Castilla la Nueva, se denominan hornazos y roscones de Pascua, de los cuales vienen á Madrid de los pueblos vecinos una buena porción en clase de regalo, que la generosidad de los que reciben suele pagar á muy buen precio para que no quede desmentido nuestro antiguo proverbio de: *regalito de aldea, Dios se lo dé al que lo desea*.

R. S. CASTELLANOS.

EL DUENDE DE MADRID.

Poco afecto el rey Felipe V al gobierno de tan dilatada monarquía, que miraba como carga insoportable, á causa de la natural melancolía que le aquejaba de continuo, encomendó el cuidado de todos los negocios á sus favoritos, que eran los que gobernaban el reino á su gusto y albedrío, atendiendo muchas veces, mas á sus fines é intereses particulares, que al bien del estado.

Uno de estos favoritos era don José Patiño, ministro de Estado, Marina y Hacienda, á quien Ortiz en su compendio de la Historia, llama el dechado de ministros y el Colbert de España, y que sin duda alguna prestó eminentes servicios; pues sin el auxilio de su gran capacidad y de su actividad extraordinaria hubiera corrido el rey un riesgo inminente durante las guerras de sucesión y de Italia.

Pero todas estas buenas prendas se oscurecieron algun tanto con la elección de las personas que habían de auxiliarse, porque dejándose llevar de su amistad é inclinaciones particulares elevó á personas de baja esfera á los principales destinos; desacato imperdonable en aquella época en que se atendía mas al nacimiento que al mérito, y lo que es peor aun, consintió que cometieran diversos abusos y notables prevaricaciones que ocasionaron graves daños.

Este proceder y algunas negociaciones políticas le grangearon enemigos, y uno de ellos, deseando hacer públicos y notorios todos los desmanes que causaban los afiliados de la corte, y queriendo censurar al mismo tiempo los preliminares que ocultamente se examinaban entre varios gabinetes para asegurar la paz; no pudiendo hacerlo descubiertamente, porque ni había periódicos en que estampar sus ideas, ni tampoco podía publicar folleto alguno sin espocision de su libertad y aun de su vida, toda vez que siendo ilimitado el

poder de los que mandaban, no se sufría oposicion alguna, determinó aparecer de una manera misteriosa, dándose al mismo tiempo toda la importancia posible, porque de ello dependía la mayor publicidad, colocando al efecto el jueves 8 de diciembre de 1735 en el bolsillo de la casaca del rey el primer papel en que anunciaba su aparición y que debía salir todos los jueves, escribiéndolo en verso para que tuviera mayor amenidad. Al principio tanto Patiño como los demas palaciegos, lo despreciaron abiertamente, atribuyéndolo á desvarios de los que pululaban por la régia estancia, y que aspiraban tal vez á una posición mas ventajosa, pero cuando se exasperaron de todo punto, y cuando conocieron que aquellas líneas estaban escritas por una mano decididamente enemiga, fué cuando leyeron el papel de 29 de diciembre que trascribimos á continuación para que se vea el lenguaje atrevido que usaba el duende.

En tanto que el duende espera á ver si purga el enfermo, ó si terco en sus manías no obedece á los remedios,

Por divertirse las pascuas, como es alegre y travieso, en el desvan de los duendes ha puesto su nacimiento.

Lo mas especial que tiene, á mas de ser todo nuevo, es, que sacó de palacio las figuras y los gestos.

Fué lo primero que hizo portal del palacio viejo, y niño del cardenal arzobispo de Toledo (1).

De su padre (2) el San José, que si no miente el comento, él tiene todas las señas aun de celos y recelos.

Virgen no se halló en palacio figura que pueda serlo, y pidió prestada una, que servia en un convento.

Del Patriarca, la mula por herencia del empleo; el buey, del marqués Scoti con licencia de su dueño.

De unas camaristas hizo los ángeles que dijeron, gloria á Dios en las alturas, y paz al hombre en el suelo.

No se metió con las damas, que el duende es muy caballero, y ni aun en chanza les falta á las damas al respeto.

No porque no haya materia, que tiene el palacio dentro algunas damas y grandes propias figuras del tiempo.

Para los simples pastores ó bobos de nacimiento, en las reales covachuelas halló todo el surtimiento.

No encontró que desechar, y así los fué repartiendo con tan propia simetría, que el verlos era un contento.

Los unos guardando cabras, los otros cebando puercos, y parecia que estaban todos hechos para ello.

Entre otras cosas graciosas, un gran tribunal burlesco al lado derecho estaba, con un presidente tuerto.

En una danza de monos estaban de cuerpo entero, un duque, cuatro marqueses, dos condes y Montenegro.

Y para la adoración de los reyes, ha dispuesto hacer de los reyes reyes, que reyes hay para ello.

Desde el momento en que se leyó esta entrega se dieron las órdenes oportunas para sorprender el jueves siguiente al que colocara el papel en la casaca del rey, que era donde había aparecido hasta entonces; mas no se pudo hacer con tanto secreto que no llegara á noticias del duende, el cual varió desde entonces de albergue y no tuvo ya mansion fija; pues unas veces estaba en el bufete de la reina, otras en el del cardenal Molina, en la casaca del ministro, y hasta en el guarda joyas de S. M. No había en fin lugar alguno, por recóndito, que fuese impenetrable para el que se había propuesto cansar y mortificar á los palaciegos.

Irritado Patiño porque no se podía encontrar al autor de tales anónimos que descubría hasta sus mas íntimos pensamientos, dispuso que se tomaran medidas activas y se procedió á la prision de los dependientes de los reyes, que inspiraban desconfianza; se creía fueran los auxiliares del duende; pero cuando ya se consideraba consumada la obra y cuando se juzgaba que todos los desvelos y fatigas iban á producir un éxito feliz;

(1) El infante don Luis nombrado cardenal á los 8 años de edad.
(2) El rey.

ion al
eriosa,
posible,
olocan-
5 en el
en que
los los
mayor
demas
buyén-
gia es-
on mas
unto, y
escritas
cuando
ibimos
trevido

volvía á aparecer de nuevo el papelito, se aumentaba la confusión, era necesario redoblar la vigilancia, continuar las pesquisas, poner en libertad á los encarcelados, buscar otros nuevos, y por último resultado no saber que providencia se había de tomar.

Este modo extraordinario é incomprensible de aparecer, que propiamente le caracterizaba de duende y el empeño tan decidido que se manifestaba de encontrarle, contribuyeron á que tuviese la publicidad que él anhelaba; porque se compraban á buen precio las copias de sus sátiras y se circulaban por todas partes á pesar de las diligencias que se hacían para impedirlo; todo lo cual escitaba de un modo visible el furor del ministro; habiendo llegado á su colmo un jueves en que figurándose el rey que tardaba demasiado en aparecer el papelito, le preguntó con su acostumbrada calma; ¿Patiño, ha venido la Gaceta?...

De este modo continuó nuestra héroe en campaña venciendo obstáculos y dificultades que parecían insuperables, introduciendo la desconfianza entre todos los que asistían á palacio, pues cada uno creía verle en aquel con quien conversaba ó que le estaba mirando, y haciendo sufrir y mortificando á los palaciegos y empleados; hasta que se despidió en 10 de mayo de 1736 con ánimo de no volver á escribir, porque ya le habían cogido; diciéndoles por complemento que gobernaban sin Dios, sin ley, y sin rey.

Efectivamente, en 30 de abril habíase desterrado á Talavera de la Reina, de orden de su general, Fr. Manuel de San José, carmelita descalzo, que era el verdadero duende, y pocos días después se le mandó volver á Madrid y le constituyeron en estrecha prisión en su mismo convento formándole la correspondiente causa.

Era este Fr. Manuel un caballero portugués de ilustre nacimiento, que se llamaba en el siglo don Manuel Fraila de Silveira, y había venido á España mandando una compañía de dragones, cuando el ejército de Portugal vino á reforzar el de los aliados de la casa de Austria. Disgustado del mundo y deseando una vida tranquila y pacífica, dejó el ejercicio de las armas en cuanto se firmó la paz en el congreso de Utrecht y entró en los estrechos claustros del Carmen en uno de los conventos de Navarra, donde permaneció algunos años hasta que obtenida licencia de sus superiores, se trasladó á la provincia de Castilla la Nueva estableciéndose en Madrid. Poco después de su llegada á esta corte empezó á manifestar los vastos conocimientos que poseía, y en breve fué universalmente conocido como gran orador y como persona capaz de manejar los negocios mas difíciles, no solo en materias de religion, sino tambien en política y diplomacia, lo que le granjeó el aprecio de varios magnates y de sus superiores, que le juzgaban digno de toda consideración por los beneficios que podía producir á la orden.

En vista de esta aceptación, no dudó el definitorio general de su orden confiarle una comisión grave é importante para cuyo desempeño era preciso pasar á Portugal y detenerse en Lisboa algunos meses. Llevóla á cabo á satisfacción de sus superiores; y obtuvo en aquella corte el mismo aplauso que había merecido en la nuestra.

Nada de esto es vituperable y antes bien por el contrario es muy digno de elogio que solo por su aventajado talento y esclarecidas prendas hubiera conseguido entrada hasta en los palacios y que por do quiera que se presentara se le tributase veneración y respeto; pero lo que no podemos menos de censurar, es que se encargara de negociaciones que no convenían á su estado, como era el casamiento de la única hija del conde de Villanueva con el segundo de la casa de Veraguas, que al cabo no se llevó á efecto por las comunicaciones que dirigió él mismo al rey don Juan de Portugal, y lo que todavía es mas reprensible, que olvidándose durante su permanencia en el país natal, de que en la España se le había elevado á la esfera en que se encontraba, se encargara de ser espía en esta corte de nuestro gobierno, y comunicar á aquel gabinete todas las noticias que pudiera adquirir.

Esta adquisición fué sumamente ventajosa para los portugueses porque no era fácil sospechar que un religioso, que debía dedicarse con especialidad á la vida contemplativa, se dedicara á investigar los actos políticos y negociaciones diplomáticas y tampoco se encontraba otro alguno capaz de cumplir exactamente con mision tan delicada, puesto que tenía entrada franca en palacio y continua comunicación con los ministros.

Vuelto á Madrid no dejó nada que desear á sus comitentes, pues con extraordinario celo proporcionó dinero al embajador de Portugal cuando fué despedido por no poder cumplir las órdenes del gobierno á causa de la falta de metálico, y burló de este modo las esperanzas de la reina y de Patiño, que creían sacar un partido ventajoso de esta falta de cumplimiento; y mas adelante, cuando se empezaron los preparativos de guerra con motivo de la retirada del embajador, avisó á Portugal que se había determinado tomar el importante puerto de Peniche, el cual dejaba libre la entrada en Lisboa y que con tal objeto se preparaba una escuadra en Cádiz; con este aviso, se reforzó la guarnición de aquel punto, y se inutilizaron todos los planes de los españoles.

No contento todavía con ocasionar tan graves perjuicios y desempeñar un papel tan ageno de su ministerio, quiso dar la última prueba de fidelidad á los que le ocupaban, desacreditando al ministro enemigo de su nación y no encontrando medio mas á propósito que el

de propalar las atroces invectivas que contenía el *Duende* y descubrir los defectos de todos los que rodeaban al valido. Pero el general de su orden, fray José del Espíritu Santo, amigo íntimo de Patiño, llegó á conocer que era el autor de las sátiras, y le desterró, como hemos dicho, comunicando su resolución al ministro que decretó su prisión, enviando inmediatamente un correo para que se verificara á la mayor brevedad.

Registrada su celda mientras se realizaba su traslación á la corte, se encontraron varias sátiras sin concluir y un papel cuyo título era *Consejos saludables al Duende de Madrid*, que estaba enmendado en varias partes por mano de Fr. Manuel y en el que se decía al Duende que no escribiese mas, porque debía acordarse que había una Alhambra en Granada y cuál había sido el resultado de la sátira de fray Pablo; aludiendo sin duda á que el anterior general de la misma orden había muerto en Granada, á donde había sido confinado de orden del gobierno, á consecuencia de una sátira que había escrito.

Se hallaron tambien una carta de su puño y letra, escrita en francés, en la que se discurría largamente acerca del estado de la España, y se daba cuenta de mil particularidades del ejército y marina, la que sin duda alguna estaba escrita con objeto de remitirla á Portugal. Pero como estos documentos no producían cargo, y como el presunto reo estaba constantemente negativo, no era posible adelantar cosa alguna; así era que trascurriendo días y días se llegó al término de nueve meses, y en cuyo tiempo cansado ya Fr. Manuel de estar tanto tiempo encerrado, determinó fugarse y lo verificó de una manera muy ingeniosa, el día 17 de marzo de 1737.

Se había proporcionado, no sabemos como, una llave con la que se abría perfectamente la puerta de la celda donde se le tenía en prisión; pero de nada le servía por sí sola; puesto que la mayor dificultad era la de atravesar el convento sin ser conocido, y la de evitar que se supiera instantáneamente su evasión: para lo cual era necesario proporcionarse otro trage que el que usaba, lo que no pudo conseguir por mas esfuerzos que hizo, ni tampoco alcanzaba el medio de impedir que se penetrara en la celda en cuanto él se marchara.

Preocupado con esta idea, y discurriendo sin cesar de qué manera había de vencer estos obstáculos que parecían insuperables, concibió por último un proyecto que le pareció seguro y no dudó un momento en ponerle en ejecución; y al efecto pidió un ropón de un lego, con pretexto de abrigo y le cosió dos cruces blancas, una en el escapulario y otra en el hombro, en la misma forma que los llevaban los religiosos del Divino Pastor; después hizo un agujerito en el marco de la puerta por donde pudiera pasar un cordón y al amanecer del día 17 emprendió su fuga atando al tiempo de salir el cordoncillo al cerrojo, introduciéndolo por el agujero á fin de cerrar la puerta por fuera; y para que no pudiera conocerse á primera vista de qué medio se había valido, quemó el hilo, y la puerta quedó cerrada por dentro. Atravesó después los claustros con paso firme y osado y llegó hasta la calle sin que nadie le opusiera resistencia y sin que los soldados de la guardia que se había establecido á la puerta del convento le opusieran resistencia alguna.

Libre ya de su prisión, le asaltaron nuevos sustos y temores, porque era preciso buscar un albergue donde no pudiera ser descubierto por los agentes del gobierno y donde le fuese fácil preparar todo lo necesario para emprender su viaje; pues conocía desde luego que no le era posible vivir con sosiego en España y tenía que restituírse á su patria: y creyendo que el refugio mas á propósito sería otro convento distinto, porque no se dirigirían allí las pesquisas, fué á implorar el auxilio de sus amigos en los conventos de San Juan de Dios y Agonizantes, sin conseguir el asilo que anhelaba, porque temerosos los que habían de prestarle, le rechazaron; prometiéndole únicamente guardar sigilo y aparentar que ignoraban su fuga.

Al salir de esta última casa se encontró con uno de los dependientes del señor Quineoces, juez de su causa, que le desconoció solo por el disfraz del hábito, pero que sin embargo le estuvo mirando bastante tiempo, y este acontecimiento le determinó á no perder ocasión de ausentarse lo mas pronto posible, y se decidió á hacer el último esfuerzo, presentándose en casa de un compatriota suyo que se había refugiado en este corte, huyendo de Lisboa para librarse del castigo que merecía por el asesinato de su esposa; y que se había sostenido todo el tiempo que estaba ausente de su patria con los socorros que le prodigaba Fr. Manuel; y no solo se llenó de regocijo cuando le vió, sino que se prestó á proporcionarle con eficacia todos los medios de asegurar su completa evasión ofreciéndose á acompañarle.

Salieron en efecto bien armados, y noticiosos de que se habían dado estrechas órdenes para custodiar la frontera y reconocer á todos los que transitaran, se dirigieron á Guadalupe, á esperar momento oportuno de atravesar la raya y ponerse completamente en salvo; dándose á conocer como comerciantes que esperaban la llegada de sus géneros que habían de venir del otro reino.

A pocos días de su estancia en aquel pueblo, hicieron amistad con algunos religiosos, y uno de ellos, amigo del comandante de una de las partidas que recorrían por aquellos puntos para examinar á los viajeros, los recomendó con interés, lograron vencer todos los obstáculos, y pisaron en breve el territorio de

Portugal, donde tambien hallaron partidas destinadas á protegerlos, porque ya se sabía allí su fuga, y no dudaban que se dirigiera á aquella corte.

A su llegada á Aldea Gallega, encontró fray Manuel á un enviado de S. M. F.; este le hizo presente que no convenia á los intereses del rey que se le diese albergue en su reino contra la voluntad del gobierno español, y que podía trasladarse á Italia, donde se le asistiría con una pensión, y después de convenir en lo que se ordenaba, solicitó el perdón de don Alejandro, pues así se llamaba el que con tanto denuedo se espuso á sufrir los riesgos que le amenazaban, y en cuanto lo consiguió se retiró á Florencia, donde permaneció hasta la muerte de Felipe V.

Volvió después á Portugal, y por convenio de ambas cortes se restituyó á un convento de su orden en Vitoria, donde permaneció hasta su muerte, separándose enteramente de toda ocupación política y consagrándose á los ejercicios devotos y literarios, habiendo conseguido tambien que le declararan buen religioso, digno del aprecio y consideración de la orden.

SEMANA MOSAICO.

DELICIAS DE UN RETRATISTA.

Vamos á dar á nuestros lectores una idea, aunque imperfecta, de las angustias íntimas que sufre por lo común un pintor de retratos; absteniéndonos de comunicarles las contradicciones y diferentes matices que ofrece desde luego la posición social y la educación del modelo, porque ese asunto peca en mas delicado, y no es nuestro ánimo abandonar el ancho círculo de las vulgaridades impertinentes que se repiten todos los días, con harto desconsuelo de los retratistas presentes, pasados y futuros.

Figurémonos, porque esto es convencional, que el modelo es una señora á la moda, y que el pintor se dispone á comenzar su obra con esa sublime paciencia que hizo célebre á Job.

—Caballero, ¿estoy bien así?
La señora toma una posición ridículamente afectada.

—Si señora; pero estareis mejor en una actitud natural.

—Creo, sin embargo, que esta postura no es vulgar ni adocenada.

—Perdonad, señora. No es eso lo que quiero decir; deseo únicamente que tomeis la posición que os sea mas habitual, porque yo pinto lo que veo y es indispensable que la persona que va á retratarse procure parecerse á sí misma.

La señora dice para sí que la advertencia del pintor no viene al caso, y toma una posición erguida y amenerada; alza los ojos al cielo ó los cierra con languidez, aprieta los labios para achicar su boca, y siendo risueña naturalmente, imprime á su fisonomía un aire severo y magestuoso.

El pintor empieza su bosquejo.

—Decid, caballero, ¿no estoy mejor así?

La señora toma otra postura.

—No señora, estais mejor del otro modo.

—Pues creo que así haria mas efecto.

Y en seguida se coloca en otra posición diferente de las dos primeras, sin dejar por eso de ser menos afectada que las demás.

El pintor borra su bosquejo, y en el instante de empezar el segundo.

—Decididamente teneis razon, esclama la señora, vale mas la primera postura.

Y el desgraciado artista vuelve á comenzar lo que había borrado.

—Os recomiendo sobre todo el color de mis ojos: tengo vanidad en ellos; ya se vé, cuando una cuenta tan pocas cosas notables....

—Sois demasiado modesta, señora, vuestra figura es eminentemente distinguida y....

En este momento la señora cambia de actitud.

¿Teneis la bondad de colocaros una vez en vuestra posición habitual?

—Es que así estoy incomodada.

—Pues bien, sentaos de modo que no lo esteis y permaneced tranquila, porque de lo contrario me obligais á deshacer mi trabajo.

—Entonces voy á ponerme como cuando estoy sola, ¿qué tal? ¿os parece bien?

—Muy, bien, con tal que no os movais.

—Juana, (llamando).

Entra la cocinera, que hace de doncella de la señora.

—Juana, trae mi joyero.

Joyero es una palabra desusada entre la señora y la sirvienta, de que aquella se sirve para dar al retratista una brillante idea de su distinción.

—¿Cómo habeis dicho, señora?

—La caja de mis joyas, imbécil.

Juana trae una caja.

—Esperad, caballero, ¿qué collar y qué pendientes me aconsejais que me ponga?

—Los que mas os agraden, señora.

—Un pintor debe tener sobre esto mejores ideas.

—A mí me agrada el coral.

—¡Ah! el coral, solo lo usan las morenas, yo soy

blanca en extremo: digo, me parece que la blancura de mi cutis no pue' disputarse.

—Os juro que no he visto nada igual.

—Voy á ponerme mis diamantes.

Juana.

—Señora.

—¿Has avisado al peluquero para esta noche?

—No señora.

—¿De qué sirve, entonces, que yo mande las cosas? Marcha á llamarlo en seguida.

—¡Ah! caballero, ¡qué desdicha tan grande es tener criados! ¡Cuántas veces envidio la posición independiente de un artista que atiende por sí mismo á su servicio!

—Me veo obligado á quitáros esa ilusión, señora, porque aquí donde me veis, no soy tan dichoso que pueda yo mismo dar lustre á mis botas; pero tened la bondad de volver la cabeza un poco á la derecha.

—¡Dios mío! no sé en qué consiste que nunca me han retratado parecida. Tengo dos retratos y los dos son horribles; sobre todo el segundo tiene una boca.... ¡Oh! miedo causa el mirarla: os recomiendo la boca, caballero: en este deseo no hay ninguna pretensión vanidosa: tengo ya una hija de cuatro años (la niña cuenta nueve), y cuando una es madre de una hija de cuatro años, se vé precisada á renunciar á todos los favores: mi marido está hechizado de mi boca, y os juró que viviría desesperado si la encontrase demasiado grande en el retrato.

—La pintaré tan pequeña como queráis.

—Sobre todo, caballero, os advierto que no quiere estar lisonjeada; yo no soy como esas necias mugeres que exigen se dé á sus retratos todos los encantos de que carecen los modelos. He mandado á llamar al peluquero, porque debo ir á un baile esta noche, y no creais por eso que me agraden las reuniones, todo al contrario; pero en la posición que ocupo, no puedo librarme de los deberes exigentes de la sociedad. Además, mi marido que me adora infinitamente, no quiere que me pudra en la soledad y.... os aseguro que no sé qué ponerme esta noche, me da miedo pensar en el traje....

—A la verdad, señora, que no deja de ser grave el compromiso.

—¿Crecis que me sentará bien el color azul?

—¡Oh! creo que habeis de estar hechicera.

—Pues sin embargo de vuestra lisonjera opinión, voy á llevar un vestido de crespon color de rosa. ¡Ah! reparad que tengo la nariz bastante delicada; es quizá la única cosa notable de mi figura.

—¡Oh! señora, vuestra modestia....

—¿Permitís que vea lo que va pintado?

—Os advierto que no hay mas que perfiles.

—Es igual.... ¡Oh! qué cosa tan linda.... pero decidme, ¿tengo yo el cuello por ventura tan azul como el retrato?

—No os alarmeis, son las sombras que se indican de esa suerte.

—Es que todo el mundo dice que mi cuello es blanco como la nieve, y os confesaré que es una de mis pretensiones.

—Yo veo mejor que nadie, señora, que vuestro cuello es de una blancura resplandeciente; mas ya he tenido el honor de deciros que las sombras se indican de esa suerte, y además eso no quedará así.

—Si es como lo afirmáis...

—¿Teneis la bondad de volver á vuestro puesto?

Escenas de la vida positiva.



—¿Quiere vd. darme esa flor? Carolina.

—Si vd. me promete conservarla, Ricardo...



—¿Y la flor que te di? Ricardo.

—¡Ay! Carolina.... se ha marchitado.

—Con mucho gusto: ¿estoy bien así?

—Estais seductora de todos modos; pero si preferís ahora esa posición será necesario que empecemos de nuevo. La cabeza un poco á la derecha, bajad un poco los ojos.

—¿Pues qué no los tenia elevados al cielo?

—No, señora.

—Lo extraño mucho, porque ese movimiento me es habitual.

—La dirección de las miradas se cambia fácilmente. En este momento entra un desconocido; este desconocido es un corredor clandestino, á quien la señora decora con el enfático título de agente de cambio.

—Mirad, don Diego, ¿qué os parece el capricho de mi marido? ¿pues no se ha empeñado que me retrate otra vez?

—Nunca podrá reproducirse lo bastante ese rostro encantador.

—Vamos á ver, don Diego, ya sabéis que me horrozan los cumplidos, ¿estoy parecida?

—En verdad, la obra de este caballero no puede ser mas bella.... diré, mas.... no puede ser mas artística; pero vos sois mas hermosa que todo esto.

El pintor se vuelve para hacer observar al conoedor que el retrato no es mas que un bosquejo, pero se detiene por respeto, y su pensamiento se deja ver en sus labios por una sonrisa irónica.

El conoedor continúa.

—Hay aquí, ó mas bien, no hay... un no sé qué.... en fin, caballero, yo quisiera ver en los ojos un poco mas de.... ya comprendéis.... y en la frente también, cierta expresión....

—Y, añade la señora, ¿no encontráis el cuello un poco oscuro?

—Ya he tenido el honor, dice el artista impaciente, de asegurar á la señora, que su retrato sin sombras, tendría la forma cadavérica de una silueta.

Fijad vuestra observación y percibireis sombras en todo lo creado.

—Si, eso es, replica el conoedor, el caballero tiene razón, esas son las sombras; con los pintores no se puede disputar acerca de las sombras.... son una imperfección conocida, pero no pueden prescindir de ellas; el arte tiene sus límites: este es mi parecer; las vírgenes de Rafael no muestran quizás tantas sombras como el retrato de este caballero, pero las tienen, y eso basta.

El desdichado artista se levanta dominándose por esta vez, y anuncia que volverá al día siguiente: en ese día le obligan á esperar dos horas; la señora no está ya por llevar diamantes y ha variado su tocado.—Preocupada siempre con las sombras de su cuello, se decide por fin á quitar clandestinamente el azul que ha colocado el pintor en su paleta, y el infeliz retratista acaba por desesperarse y dar al diablo sus modelos.

Zaragoza 10 de marzo de 1830.

F. SEPULVEDA.

SUEÑOS CÉLEBRES. Septimio Severo sucede á Pertinax, despues de haber soñado que montaba en el caballo que acababa de tirar á este emperador: Hécuba, preñada del famoso París, sueña llevar en su seno una hacha que incendiaría á Troya. Amilcar, sueña que comería al otro día en una ciudad que tenía sitiada, y entra como prisionero de guerra. Constantino triunfa con el modelo de un estandarte sagrado que se le había presentado en sueños.

Gaceta devota de la capital.

Lunes 8. San Dionisio, obispo de Corinto, santa Concesa, san Alberto el Magno, san Airates, solitario, san Edesio, mártir de Alejandria, san Perpetuo, obispo de Tours, san Redempto, idem de Toscana, san Amancio, obispo, y el beato Julian de san Agustín.—En la real iglesia de santo Tomás, prosigue la gran solemnidad al Santísimo, celebrándose hoy al sagrado corazón de Jesús, la que terminará mañana. En la parroquia de san Andrés, se harán los sufragios semanales acostumbrados por las benditas ánimas del purgatorio. En la bóveda de san Ginés, tanto este día, como el miércoles y viernes, se practicarán los respectivos ejercicios de instituto, por la noche.—Cuarenta horas hoy y mañana, en dicha iglesia de santo Tomás.

Martes 9. Santa Maria Cleofé, santa Casilda, virgen y mártir, abogada de los flujos de sangre, santa Vaudrudis, virgen, san Próculo, diácono de Antioquia, san Euxiquio, mártir de Cesarea de Capadocia, y san Acacio, obispo de Mesopotamia.—En la iglesia del colegio de portugueses, el obsequio acostumbrado á san Antonio, su titular, solo por la mañana.

Miércoles 10. Santos Daniel y Ezequiel, profetas, san Andrés de Montebello, santos Terencio, Pompeyo, y compañeros mártires de Africa, san Urbano, abad del orden de san Benito, en el obispado de Astorga, san Macario, obispo de Antioquia, san Apolonio, presbítero, y otros compañeros mártires de Alejandria.—En la iglesia del convento de don Juan Alarcon, comenzará la anual y solemne novena á la beata Maria Ana de Jesús, por mañana y tarde. En la capilla del Monte de Piedad, por la tarde, los ejercicios de la escuela de Maria, y en san Isidro el Real, todos los días, se dirán las horas canónicas (por mañana y tarde). Cuarenta horas hasta el día 18 inclusive.

Jueves 11. San Leon, primer papa, y doctor, san Juan Calavita, san Felipe, obispo de la isla de Candia, san Antipas, mártir de Pérgamo, san Barsanufio, anacoreta de Palestina, san Jacinto, compañero de santo Domingo de Guzman, y el

beato Benenuto de Estivolo, religioso francisco. En las parroquias de santa Cruz, san Ginés, santa Maria, san Justo, san Lorenzo, san Pedro, y san Isidro el Real, la renovación semanal de sagradas formas, por la mañana. En la de señoras Descalzas reales, el mensual culto á Maria Santísima del Milagro, por la mañana con función, y por la tarde con ejercicios. En Italianos, por la noche, los ejercicios diarios acostumbrados.

Viernes 12. Santos Victor y Zenon, mártires, san Justino, doctor y mártir, san Damian, obispo de Candia, san Constantino, obispo y confesor, san Julio, papa, santa Susana, virgen y mártir, y el beato Angel de Clabosio, religioso francisco. En la iglesia de Jesús Nazareno, se hará el culto de costumbre por mañana y tarde á su divino titular. En la parroquia de san José, seguirá el setenario al Santísimo Cristo del Desamparo, como el viernes anterior, solo por la tarde. En las del oratorio de Cañizares y bóveda de san Ginés, ejercicios al toque de oraciones. En la de Trinitarias, por la tarde, los establecidos en honor de los sagrados corazones de Jesús y Maria, y en la de Arrepentidas y Servitas, por la tarde, la visita de cruces.

Sábado 13. San Hermenegildo, rey de Sevilla, y mártir, santa Ida, condesa, san Urso, obispo de Ravena, y la beata Margarita de Castelo, tercera de la orden de santo Domingo. En la iglesia de san Antonio del Prado, dará principio al anual novenario á la Divina Pastora, siendo por mañana y tarde. Se celebrará á la Santísima Virgen Maria, en las iglesias de religiosas mercenarias, santo Tomás, Carmen, Desamparados, Atocha, Recogidas, escuelas Pías, Rosario, santa Maria, y Nuestra Señora de Gracia. En la de san José (antes Carmen Descalzo), se festejará al glorioso san Hermenegildo, por el capítulo de caballeros de la misma orden. Y en la del hospital de Monserrat, por la tarde, será la duodena mensual á san Antonio de Padua.

Domingo 14. Santos Tiburcio y Valeriano, mártires, san Aloito, obispo y confesor, san Pedro Gonzalez Telmo, santo Tomás, mártir de Alejandria, san Abundio, sacristan de la iglesia de Roma, san Lamberto, obispo y confesor de Leon de Francia, san Fronton, abad de Alejandria, san Andalon, cómico y mártir, santa Donnina, virgen y mártir, y la beata

Maria de la Encarnacion, fundadora de Carmelitas Descalzas.—En las iglesias de san Isidro, Encarnacion, Palacio, Buen Suceso, Retiro, Carmen, Santo Tomás, parroquias, y otras, misas mayores. En la de san Martín, el obsequio que todos los meses á Nuestra Señora del Destierro (en su misma capilla). En el oratorio del Espíritu Santo, seguirá el setenario de dones á su divino titular, por la tarde. En Nuestra Señora del Rosario, y en santo Tomás, procesion con el niño Jesús, como todos los segundos domingos de cada mes (por la tarde). En las de san Millán, Servitas, Arrepentidas, caballero de Gracia, y Olivar, por la tarde, ejercicios espirituales de dominica. En las del Carmen, Galera, y escuela Pia de San Fernando, idem los acostumbrados mensualmente.

Nota. Hoy se administrará la sagrada comunión pascual á los impedidos feligreses de las parroquias de san Sebastian, san Ildefonso, san Justo el Salvador, y santa Maria.

Funciones de iglesia fuera de la corte.

Día 9. A la gloriosa santa Casilda, en la ciudad de Toledo, y a san Hermenegildo, en Sevilla.

Nota. En ninguna otra parte se celebran fiestas en la presente semana.

SOLUCION DEL LOGOGRIFO INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

DURANTE LA NAVEGACION DE AGATOCLO A CARTAGO TUVO LUGAR UN HORROROSO ECLIPSE DE SOL.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.